



HQN™

UN SOMBRERO EN EL CORAZÓN

Beatriz Manrique

UN SOMBRERO
EN EL CORAZÓN

Beatriz Manrique

Editado por Harlequin Ibérica.
Una división de HarperCollins Ibérica, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

© 2016 Beatriz Manrique Martín

© 2016 Harlequin Ibérica, una división de
HarperCollins Ibérica, S.A.

Un sombrero en el corazón, n.º 109 - febrero 2016

Todos los derechos están reservados incluidos los de reproducción, total o parcial. Esta edición ha sido publicada con autorización de Harlequin Books S.A. Esta es una obra de ficción. Nombres, caracteres, lugares, y situaciones son producto de la imaginación del autor o son utilizados ficticiamente, y cualquier

parecido con personas, vivas o muertas, establecimientos de negocios (comerciales), hechos o situaciones son pura coincidencia.

® Harlequin, HQÑ y logotipo Harlequin son marcas registradas propiedad de Harlequin Enterprises Limited.

® y ™ son marcas registradas por Harlequin Enterprises Limited y sus filiales, utilizadas con licencia. Las marcas que lleven ® están registradas en la Oficina Española de Patentes y Marcas y en otros países.

Imágenes de cubierta utilizadas con permiso de Fotolia.com y Dreamstime.com

I.S.B.N.: 978-84-687-7822-8

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

[Portadilla](#)

[Créditos](#)

[Índice](#)

[Dedicatoria](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Epílogo](#)

[Nota aclaratoria de la autora](#)

[Notas](#)

[Si te ha gustado este libro...](#)

A mis padres,
Papá, te añoro a diario, estás en mi corazón
siempre.
Mamá, gracias por todo, gracias por ser mi
“mamá”.
Os quiero.

Capítulo 1

Viernes, 4 de junio de 1875

Calle de las Botoneras, Barrio de Sol, Madrid

Lena volvió a abrir los ojos. Creyó haberlo soñado, pero el extraño sonido se repitió. Prestó atención pensando que quizá procediese de la habitación de sus hermanas. Nada. Escuchó unos segundos más. Silencio. Entonces bostezó y cerró los ojos mientras se abrazaba de nuevo a la almohada. ¿Qué hora sería? Era bastante tarde cuando se había retirado a dormir, no sin antes cerciorarse, de que todo rastro de fiebre hubiese desaparecido del cuerpo de su hermana. Tras obligar a Valeria a tomar unas cucharadas de sopa de acedera, administrarle los específicos y acostarla, había trabajado algunas horas más en el taller de costura... Ese insólito ruido de nuevo. Lena se sentó

en la cama inquieta. En esta ocasión estaba segura de no haberlo imaginado. Prendió el quinqué, que había dejado sobre la mesita horas antes, y salió de su habitación caminando con sumo cuidado. Llegó hasta el dormitorio de sus hermanas y las observó. Ambas dormían. Se acercó y posó la mano en la frente de Valeria. No presentaba síntomas de calentura y respiraba con normalidad. Salió de la habitación... Otro crujido. ¿Habría dejado alguna ventana abierta? Bajó las escaleras traseras que separaban la planta superior de la casa con el taller y la trastienda. Se dirigió a la sombrerería, revisó la puerta en primer lugar para después hacerlo con las ventanas. Respiró con alivio al comprobar que todo estaba bien cerrado. Se volvió y entró en la trastienda... Sin previo aviso, una enorme mano cubrió su boca dejándola sin aire.

—No voy a hacerle daño —Lena se debatió—. Señorita, créame... —murmuró un hombre con voz jadeante—, solo necesito...—inesperadamente él la liberó, tras lo cual se desplomó sobre el suelo con las palmas de las manos en alto—, descansar unos minutos, por favor... por favor.

Lena se retiró cuanto pudo del hombre para

recuperar el aliento.

–Salga de aquí –ordenó con un hilo de voz lleno de pavor.

–Si la puerta tiene... un cerrojo, échelo –musitó él sin levantar la vista–. He forzado... la cerradura.

–Márchese o juro por lo más sagrado...

La amenaza quedó suspendida en el aire mientras sus ojos buscaban cualquier cosa que pudiera utilizar como arma, percatándose con incredulidad, del quinqué que aún sostenía en su mano derecha.

–Nos matarán... ¡Eche el puñetero cerrojo!

Lena corrió hasta la puerta del taller y obedeció sin saber muy bien porqué. Ante el temblor de sus manos sujetó con más fuerza de la necesaria el quinqué pensando, que en un momento dado, podría arrojarlo... claro que si hacía eso también corría riesgo de prender fuego a la trastienda.

–¿Quién es usted? –inquirió cogiendo con disimulo unas tijeras que había dejado sobre unos telares.

–Apártese de la... entrada –susurró el hombre con una mueca de dolor–, y no haga ruido.

Lena mantuvo la boca cerrada al escuchar el sonido de unos acelerados pasos en el callejón. Cuando

alguien se paró junto a la puerta e intentó abrirla, ella contuvo un grito mirando al desconocido. Este puso un dedo sobre sus labios instándola al silencio. Unos segundos más tarde, los pasos se alejaron con la misma premura.

–Gracias –musitó el hombre desde el suelo–. Siento... haberla asustado –dijo aflojándose la corbata–. ¿Le importaría... acercarme la lámpara? –preguntó sin apenas mirarla.

–¡Claro que sí! –él jadeó al intentar desprenderse de la manga izquierda–. ¿Está herido? –ignoró su pregunta–. ¡Maldito sea, responda! ¡Ha entrado en mi taller de madrugada, me ha dado un susto de muerte y Dios sabe por qué razón aún no le he clavado estas tijeras! –gritó en voz baja perdiendo los nervios.

–Señorita, necesito... ver el corte... de mi pierna –murmuró con voz débil.

Lena lo observó con recelo, pero si estaba perdiendo sus fuerzas tenía que deshacerse de él cuanto antes.

–Mire... quien quiera que sea la persona que lo perseguía ya se ha marchado. Lo ayudaré a salir –él volvió a ignorar sus palabras mientras cerraba los ojos

y apoyaba la cabeza en la pared—. ¿Acaso no me ha escuchado? —continuó acercándose—. No puede quedarse aquí —protestó—. Lo llevaré hasta la puerta —susurró arrodillándose junto a él—. ¿Oiga? ¿Me escucha? ¡Despierte! —lo zarandeó—. ¡No se atreva a desmayarse aquí! ¡Maldito sea su pellejo, abra los ojos!

—¿Lena?

—¡Jesús, María y José! —exclamó llevándose la mano al corazón—. ¿Qué haces aquí, Nora? Vuelve a la cama. Ahora —ordenó en voz baja.

La niña se acercó para contemplar al desconocido desobedeciendo a su hermana.

—¿Ha perdido el conocimiento? —preguntó.

—¡Dame eso! —exigió Lena al descubrir el cuchillo que portaba—. Por Dios, ¿qué pensabas hacer con esto? —inquirió alarmada.

—¡No lo sé! Creí que quería asaltarte y me asusté —se defendió la niña entregárselo—. No te ha hecho daño, ¿verdad?

Lena negó con un rápido movimiento de la cabeza.

—Apenas podía mantenerse en pie —aclaró—. ¿Dónde está Valeria?

—En la cama. Dormida como un ternero recién

amamantado.

Lena estuvo tentada a sonreír ante su respuesta.

—¿A quién le has escuchado eso?

—A doña Enriqueta, la mujer del barbero. Ayer le dije a doña Francisca, la de la tienda de botones, pero a la de los botones bonitos, que su marido dormía como un ternero recién amamantado cuando bebía más de tres vasos de vino seguidos... ¿Lena?

—¿Sí?

—Tiene sangre en la ropa.

—Lo sé.

—¿Va a morir?

Lena lo observó durante unos segundos. Al escuchar su voz le había parecido más joven de lo que era, y aunque su rostro difícilmente se distinguía bajo la espesa barba que lo cubría, su cabello, más largo de lo habitual, estaba ribeteado de numerosas hebras blancas.

—No lo dejaremos. Ve a la cocina mientras lo instalo en el camastro del taller, pon agua a hervir y busca una barra de jabón limpia —ordenó con decisión.

—¿Jabón?

—Para limpiar las heridas. ¡Apresúrate!

Nora desapareció con ligereza mientras ella cogía al desconocido por los pies. A pesar de su delgada complexión pesaba más de lo que aparentaba, por lo que le costó arrastrarlo por el suelo.

—¿Qué voy a hacer contigo? —se quejó en voz alta.

—Ya he puesto al fuego un puchero con agua — anunció la niña asomándose por la puerta que comunicaba el taller con la trastienda—, y aquí está el jabón —dijo posándolo sobre una mesa.

—Bien... ayúdame a subirlo.

Lena medio lo incorporó, mientras Nora empujaba desde abajo sujetándolo por los pies. Después de varios intentos cargados de empeño consiguieron acomodarlo en el camastro. Luego, Nora se sentó en el suelo para recuperar el aliento observando a su hermana.

—Lena, estás temblando —susurró con preocupación.

—Estoy algo nerviosa —sonrió a la pequeña para tranquilizarla—, así que voy a necesitar que me ayudes, ¿de acuerdo?

La niña asintió irguiéndose.

—¿Qué más puedo hacer?

–Busca paños limpios, creo que ayer puse unos cuantos en el armario de la despensa, una palangana con agua fría, corta una sábana vieja para hacer vendas... y vuelve cuanto antes.

Su hermana volvió a asentir antes de desaparecer con celeridad tras la puerta. Lena contempló el temblor de sus manos, ella no poseía la templanza de la niña, así que decidió tomarse unos segundos para respirar hondo y recuperar el ánimo, entonces acercó el quinqué y lo posó a los pies del camastro para ver lo que hacía. Había mucha sangre en la ropa. Le quitó los zapatos, pero titubeó al llevar sus dedos al botón superior del pantalón. Aquello era lo más violento que había hecho en toda su vida, sin embargo no tenía alternativa. Bajó los pantalones a lo largo de las piernas y al ver el calzoncillo de pernera se ruborizó. Gracias al cielo él estaba inconsciente.

«Céntrate, Lena», se dijo cogiendo las tijeras.

Las sostuvo con firmeza, se situó a los pies del hombre y comenzó a cortar la pernera izquierda a la altura de la rodilla, que si bien estaba manchada de sangre, no presentaba herida alguna. Palpó la pierna para asegurarse, pero no encontró nada. Se disponía a

hacer lo mismo con la derecha cuando vio un jirón de tela asomando por el interior del muslo. Olvidada ya la vergüenza cortó la prenda con rapidez. La herida, de corte alargado y profundo, tenía mal aspecto. Examinó el resto de la pierna encontrando un par de cortes más sin importancia.

—Ya estoy aquí —dijo la niña acercándose con la palangana—. Cuánto pelo —arrugó la nariz en un gesto de desagrado al ver las piernas masculinas—. Falta el puchero de agua caliente, pero he traído todo lo demás —continuó una vez satisfecha su curiosidad por las piernas del hombre.

—Yo lo traeré. Quédate con él.

Lena cogió una aguja, la enhebró con hilo negro y se dirigió con premura hasta la cocina donde la dejó caer en el agua a punto de hervir. Esperaba que eso sirviese para esterilizarla... Entonces recordó una conversación mantenida con su amiga Mercedes meses atrás. Mercedes era la única hija del barbero del barrio, pero tenía cuatro primos a los que su padre consideraba sus hijos después de que su tía enviudase a temprana edad. De hecho, la conversación versó sobre el mayor de ellos, Paco. Ese día Mercedes

estaba especialmente contenta puesto que su tía había recibido una carta de él. En su misiva, Paco le relataba a su familia cómo varios de sus compañeros habían sobrevivido a una de las batallas contra los carlistas[1], en gran medida, gracias a la extraña praxis de un médico que no dudaba en aplicar miel en todos los cortes, roces y quemaduras cuando escaseaban los antisépticos. Incluso cubría las heridas de bala con vendas impregnadas en la melaza, una vez extraídos los plomos. El médico les aseguraba a los heridos que el uso de miel, como medida preventiva contra las infecciones, tenía un alto porcentaje de efectividad, así como el consumo de un vaso de agua templada con una cucharada del mencionado alimento y un poco de zumo de limón para una desinfección interna. Recordaba con claridad todos los detalles de la conversación porque le había parecido insólito el tratamiento de miel en heridas de guerra, sin embargo... no se le ocurría nada mejor que hacer en esas circunstancias por el hombre que permanecía en su taller.

«Tendré que poner a prueba sus afirmaciones», pensó.

—Creo que tiene un disparo —anunció Nora desde la puerta de la cocina.

—¿Dónde? —preguntó abriendo los ojos con sorpresa.

—En el hombro izquierdo.

—Coge el bote de miel que hay en la despensa. Te sigo enseguida.

Lena aguardó unos minutos, cogió el puchero, atravesó la cocina, recorrió el estrecho pasillo que llevaba a la trastienda, la cruzó y cuando llegó al taller lo posó en el suelo junto al camastro, se arrodilló de inmediato, levantó un poco el hombro del hombre y respiró aliviada al descubrir un orificio al otro lado. El plomo no había quedado incrustado en la carne. Sin duda era algo bueno; no tendría que sacarlo. Solo debía limpiar la herida, aplicar miel y vendarla, no obstante el corte de su pierna era otro cantar. Con dedos torpes aflojó la corbata, desabotonó el chaleco y después la camisa teñida de color carmesí. Entonces se fijó en los innumerables cardenales de su estómago. Si él tenía una contusión interna, ¿cómo se curaba eso? es más, ¿cómo lo sabría?

«¡Basta! Mantén la calma», se reprendió

escuchando los acelerados latidos de su corazón.

Cortó la tela del chaleco y la camisa, echó un poco de agua caliente en la palangana de agua fría, humedeció un paño limpio, frotó la barra de jabón sobre él y comenzó a limpiar la herida.

Alguien estaba a su lado. Quiso cerrar los ojos de nuevo, pero la desconocida voz insistió. Era irritante, lo instigaba sin cesar, pero él apenas la entendía. Quiso decirle que lo dejara en paz, pero su boca se negó a pronunciar las palabras. Se sentía extenuado y dolorido. Pestañeó varias veces para ahuyentar los borrosos contornos de la habitación y entonces la imagen de una joven que le hablaba con excesiva obstinación se hizo más nítida. Notó la frialdad del borde de un vaso junto a sus labios y los abrió por instinto. Solo en ese momento, cuando bebió algunos sorbos del líquido agridulce, ella pareció apaciguarse, ya que su voz fue perdiendo fuerza hasta convertirse en un suave susurro. Por fin lo dejaba tranquilo. Cerró los ojos y dejó que la oscuridad se apoderase de él.

Lena contempló al hombre. Cuando le pasó la toalla

húmeda por el rostro, el cuello y los brazos él se removió inquieto, pero no despertó. Volvió a refrescarle la cara antes de tomar un paño seco, mojarlo en agua fría y posarlo sobre su frente. Su piel ardía en fiebre.

–Descanse –musitó mientras él murmuraba algo ininteligible y ella cubría su torso desnudo con la sábana.

Luego se dirigió a la mecedora que había bajado del aposento de su madre con ayuda de Nora, la arrastró junto a la cama y se sentó cerrando los ojos con la firme intención de descansar solo unos minutos. Ya no sabía que más hacer por él. En unas horas amanecería, tendría que preparar el desayuno de sus hermanas, abrir la sombrerería como cada día... y además, seguir ocupándose del febril mentiroso que se hallaba frente a ella. Solo esperaba no estar salvando la vida de un miserable, peor, de un asesino, pensó cogiendo del suelo la peluca y la falsa barba con las que el hombre había envejecido su aspecto.

–Valeria... ¡Valeria, despierta!

–¿Qué quieres, Nora? –preguntó Valeria adormecida.

–Ya ha llegado. Está aquí.

–¿Quién? –masculló.

–El hombre de tu visión.

–¿Qué? –la niña se sentó de golpe en la cama mirando a su gemela–. ¿Está herido?

–¡Sí!

–¿Y Lena?

–En el taller. Lo hemos instalado en el camastro que utilizaba madre para dormir cuando se quedaba a trabajar hasta tarde –explicó en susurros–. Está inconsciente.

–¿Cómo es?

–Desde luego no como dijiste. Es viejo; tiene canas y barba, aunque acertaste en que es delgado.

–Quizá no se trate de él.

–Pero llegó en plena noche, herido y precisando ayuda –musitó bostezando.

Valeria frunció el ceño. A veces sus predicciones eran algo inexactas incluso para ella.

–Entonces solo nos resta esperar.

–Eso parece –dijo Nora metiéndose en su cama.

Una hora después Valeria se levantó, encendió el candil que Nora había apagado al acostarse, abrió el armario, cogió el mantón que le había regalado su madre antes de fallecer y bajó las escaleras traseras que comunicaban las estancias privadas del hogar con la cocina, el excusado, la trastienda y el taller. Lena dormitaba en la mecedora mientras sostenía entre sus manos lo que parecía ser pelo encanecido. Entonces miró al desconocido de cabello oscuro y fisonomía delgada.

Era el hombre de su visión.

Cubrió con el mantón a su hermana y salió del taller caminando de puntillas. Al llegar a su habitación miró a Nora que yacía despatarrada en su cama. Sabía que no serviría de nada arroparla, así que buscó en la mesita un pañuelo y se sonó la nariz. Nora era la única que sabía de su don, y aunque Valeria confiaba en Lena, prefería que nadie más lo conociese. No se consideraba una mentirosa, no gozaba de una desmedida imaginación, ni estaba loca... sin embargo, eso era precisamente lo que temía que su hermana pensara de ella. Había sabido del abandono de su padre mucho antes de que sucediera, había visto la

muerte de su madre cuando esta enfermó, y varias semanas atrás, había soñado con la llegada de ese hombre. Tosió un par de veces y se sonó la nariz por enésima vez. Odiaba estar acatarrada. Odiaba tener visiones. Odiaba los dolores de cabeza que le provocaban y ante todo, odiaba acertar. Cerró los ojos y se acomodó en su cama. Estar enferma era agotador, molesto y...

Era de noche, no obstante se veía con claridad. Miró hacia el cielo oscuro y contempló la luna más enorme y hermosa que hubiese visto jamás. La tierra bajo sus pies era dura y árida. La vegetación, escasa. Miró a su alrededor, pero excepto la luz de una hoguera a lo lejos, no vio nada. En la inmensidad de ese desierto el extraño aullido de un animal que no llegó a identificar le resultó aterrador. Caminó con rapidez hacia la luz del fuego. Al aproximarse divisó la figura de un hombre que se hallaba sentado al abrigo de una pared de piedra roja embellecida con pinturas de animales, figuras humanas, espirales y otros dibujos geométricos. De sus labios brotaban

plegarias y rezos en una lengua desconocida. Se detuvo indecisa, pero tenía frío y el lugar estaba deshabitado. El hombre levantó las palmas de sus manos al calor del fuego sin abrir los ojos ni abandonar su cántico. Su aspecto era muy peculiar. Jamás había visto a nadie como él. Era robusto, no podía decirse que de tez morena puesto que su piel era aún más oscura, llevaba el largo cabello recogido en una cola y vestía una camisa de algodón azul. De su cuello colgaba un cordón de cuero con numerosos objetos de metal, entre ellos una cruz. Sus pantalones eran oscuros y sus botas de piel estaban desgastadas. En el suelo se posaba un sombrero que había visto tiempos mejores, las alforjas de un caballo que no veía y un cinturón con cartuchera de la que sobresalía un arma de fuego. Al otro lado, y apoyado en la pared junto a él, había un rifle. Ella se acercó lo suficiente para entrar en calor. Al cabo de unos minutos incluso se sentó cruzando las piernas de la misma forma que él. De repente, el hombre dejó de cantar y la miró. Ella contuvo el aliento. Sus ojos eran tan oscuros como una noche

sin estrellas, sin embargo no sintió miedo alguno.

–Has tardado mucho –se quejó. Ella lo miró a su vez con asombro, ya que hablaba su lengua a pesar de hacerlo con un extraño acento–. Hoy ha llegado a tu hogar un hombre medicina. He de pedirte que lo protejas, pues salvará la vida de una persona a la que le debo la mía. No temas su presencia.

Ella parpadeó confundida.

–¿Protegerlo? ¿Cómo?

–El Gran Espíritu te ha bendecido con el poder de la visión –el hombre sonrió dejando al descubierto una dentadura perfecta, abrió las alforjas y cogió un saquito del que sacó unas pequeñas plantas de color verde azulado y forma redondeada que exhibió sobre la palma de su mano–. Esto es peyote –explicó mostrándoselas–, la Madre Tierra y el Padre Sol nos proveen de medios para comunicarnos con el Gran Espíritu. Cuando necesito su consejo lo tomo y mi mente se centra en él con humildad, respeto y paciencia. El Gran Espíritu ha decidido responder mis preguntas cruzando nuestros caminos. Eres fuerte y tu don

firme, no luches contra él –continuó guardando las plantas de nuevo–. Es hora de que regreses –añadió sin más.

–Pero...

–Hasta que nos volvamos a ver –la interrumpió–, que tu Dios y el Gran Espíritu guíen con sabiduría tus pasos.

–¡Espere! Su nombre –acertó a decir.

–Levi.

Valeria abrió los ojos de par en par. Notaba sus extremidades entumecidas y la cabeza cargada. Aspiró con fuerza para tomar aire y durante unos minutos permaneció inmóvil.

«Esto no ha ocurrido», se dijo con escepticismo escuchando el galopar de su corazón.

–¡Nora, Nora, Nora...! –gritó a media voz.

Su gemela despertó al instante ante la alarma de su VOZ.

–¿Qué pasa, Valeria? ¿Te encuentras mal?

–No vas a creer lo que me ha sucedido.

Martín abrió los ojos. Sentía la garganta seca y la lengua pesada. Al advertir una persistente punzada en la pierna recordó la herida. Apenas podía moverla, y si lo intentaba, la punzada dejaba de serlo para convertirse en un auténtico martirio. Tragó con dificultad el sabor amargo de su boca y abrió los ojos observando la habitación a través de la tenue luz de una lámpara que comenzaba a extinguirse. Miró a su lado y vio la dormida figura de una joven que, envuelta en un mantón de manila, se acurrucaba en una mecedora situada junto a la cama. Se apoyó sobre el codo con la intención de verla mejor, pero entonces un lacerante dolor lo dejó sin aliento durante unos segundos antes de que se mordiera la lengua para contener el grito que pugnó por salir de su boca. Maldijo varias veces en silencio mientras tocaba su hombro cubierto por lo que parecía ser una venda...no recordaba esa herida. Se sentía fatal, tenía calor y cada respiración le dolía como si le estuvieran clavando un millón de alfileres por el cuerpo. En ese momento mataría por un poco de láudano, mejor aún, mataría a los desgraciados que lo habían llevado a ese estado... si pudiese moverse. Se frotó la mejilla

percibiendo la incipiente barba. La peluca también había desaparecido. Sonrió con incredulidad.

Buen Jesús, cómo le dolía todo.

Capítulo 2

Martín despertó sintiendo que su cabeza iba a estallar. Se obligó a abrir los ojos, y durante un instante, observó la tenue luz que penetraba por una de las ventanas.

—¿Cómo se encuentra?

La decidida voz lo sorprendió. Al encontrarse a dos niñas idénticas que lo observaban desde una puerta parpadeó varias veces. Sí, no cabía duda, eran dos. Dos pelirrojas de cabello rizado, piel clara y grandes ojos oscuros que compartían un rostro angelical, por lo que le fue imposible deducir quién había hablado. La única diferencia entre ellas radicaba en el color de sus vestidos, no obstante, la del vestido azul lo miraba con franca valentía mientras que la del vestido color verde lo hacía con una cautelosa curiosidad.

—Bien —mintió.

—Lena cosió su pierna lo mejor que pudo —comentó la del vestido azul—. Lena es mi hermana, la mujer a la que por poco mata de un susto la otra noche —Martín arqueó una ceja. Ahora entendía la constante tirantez que percibía—. Se acuerda usted, ¿verdad? Rompió la puerta de nuestro taller —le reprochó antes de seguir con su diatriba—. Mi nombre es Nora, de Eleonora —aclaró—, y ella es mi hermana Valeria. ¿Cómo se llama usted?

—Martín... y no rompí la puerta, solo la forcé —explicó cerrando brevemente los ojos—. ¿Dónde están vuestros padres? Necesito hablar con ellos.

Los rostros de las niñas se ensombrecieron.

—Somos huérfanas —explicó la que decía llamarse Nora.

—¿Y vuestra hermana?

—Se ha quedado dormida en la mesa de la cocina. Hace dos días que apenas duerme por su culpa —respondió de nuevo la niña.

—¿Dos días? —preguntó con incredulidad mirando a las gemelas. La del vestido verde asintió. Martín intentó ponerse de costado para verla mejor—. ¿Eres muda? —preguntó señalándola.

—Claro que no —la niña del vestido verde pestañeó confundida ante su intento de chanza—. Son las siete y media de la mañana. ¿Tiene hambre? —pensar en comida lo mareó—. Podría traerle una taza de chocolate.

Martín percibió las espasmódicas protestas de su estómago. Vomitaría la bilis si alguien le acercara alimento en aquel momento. Estaba convencido.

—Lamento rehusar su invitación, señorita, pero sigo algo indispuerto —contestó con amabilidad.

De repente, la niña del vestido azul agrandó sus, ya de por sí, enormes ojos.

—¿Es usted rico?

Él sonrió ante la pregunta.

—No.

Nora codeó a su hermana levantando una ceja.

—Dijiste que lo era —siseó.

—Dije que veía riqueza a su alrededor —susurró Valeria en su oído.

Martín las observó cuchichear sin entender lo que decían.

—¿Está casado? —preguntó otra vez Nora.

—No.

La niña volvió a codear a su gemela.

–Dijiste que estaba casado.

Valeria negó con la cabeza.

–Dije que veía una feliz pareja junto a él. Siempre malinterpretas a tu gusto lo que digo –musitó molesta antes de toser.

–¿Tiene hijos? –volvió a preguntar.

–No... que yo sepa –añadió observándolas entre divertido e intrigado.

En esa ocasión, Nora miró significativamente a Valeria y esta resopló.

–Iremos a despertar a Lena –anunció de pronto—. Como hoy es domingo[2], además de abrir la tienda tenemos muchas cosas que hacer, ¿sabe? Hacer la colada, limpiar la casa, ir a misa...

Martín se pasó una mano por la frente, y antes de que pudiera reaccionar, las dos niñas se desvanecieron. Entonces intentó ver la herida de su pierna, pero debido a la herida del hombro no pudo incorporarse por completo. Seguía pensando en la forma de poder examinarse sin ayuda cuando, minutos más tarde, una joven que portaba un vaso entre sus manos apareció por la puerta; la misma por la que

habían desaparecido las gemelas. Al acercarse reconoció a la mujer que lo había ayudado. Vestía un sobrio vestido con decoración estampada en color burdeos y escote redondo adornado con un tableado en organza de seda. La falda era larga, con poco vuelo y se adornaba de una estrecha cinta de raso del mismo color al final. Por su aspecto despeinado y la fatiga de su mirada parecía ser cierto que se había quedado dormida en la mesa de la cocina. Observó su rostro en el que se apreciaban los mismos y enormes ojos marrones de las niñas, aunque la mayor tenía más curvas de lo que recordaba y su cabello, en lugar de rojo, era de un suave castaño. Unos pocos mechones se rizaban alrededor de su rostro de mentón ovalado, tez morena y nariz respingona... Sí, a pesar de no compartir los rasgos de piel y cabello el parecido con las gemelas era notable. La joven se colocó frente a él con decisión.

—Mis hermanas dicen que se llama Martín —inesperadamente ella posó la mano en su frente—. Le ha bajado la fiebre. Es un alivio. Durante sus delirios llegué a pensar que no despertaría nunca.

—¿He estado delirando?

–Sí –contestó ella acercando el vaso a sus labios.

–¿Qué es eso?

–Agua con limón y miel –lo ayudó a incorporar la cabeza–. Beba –ordenó.

Martín tragó un poco del contenido con reticencia. Cuando notó que su estómago lo toleraba, sin rebelarse en demasía, tomó el resto en pequeños sorbos.

–Gracias. Tenía más sed de lo que creía –musitó.

–¿Cómo se siente? –preguntó ella sentándose en la mecedora.

–Mal, aunque la pierna es lo peor –confesó haciendo una mueca de malestar.

–Lo sé. Tuve que coser la herida...

–Me gustaría verla –la interrumpió con hosquedad.

Lena se mordió la lengua ante su áspero tono de voz. Estaba agotada y lo mínimo que esperaba de ese mastuerzo era que agradeciera sus desvelos en lugar de poner en duda sus cuidados.

–No creo que deba hacer esfuerzos... innecesarios –lo retó a contradecirla con la mirada–, además hay limpiar y vendar sus heridas de nuevo –Martín quiso protestar, aunque no estuviese en disposición de hacerlo. Ante su silencio ella se irguió–. Iré a calentar

agua.

–Señorita...

–Villalba –le indicó evidentemente molesta–.

Malena Villalba.

–Señorita Villalba –carraspeó–, si no es molestia me gustaría... necesito aliviarme.

Ella se sonrojó al instante, se arrodilló junto a la cama, sacó un orinal de porcelana blanca y lo colocó sobre la mesilla que había improvisado al lado del cabecero.

–¿Precisa ayuda? –murmuró tan incómoda como nerviosa.

Martín estuvo tentado a decirle que sí solo para mortificarla, pero cuando el leve sonrojo de su rostro se volvió escarlata, se apiadó.

–Creo que podré hacerlo solo.

–¡Gracias a Dios! –exclamó ella llevándose una mano al corazón mientras se apresuraba a marcharse.

–¿Señorita Villalba?

Ella se volvió con el rostro tenso y un extraño recelo en su mirada.

–¿Sí?

–Aún no he tenido la oportunidad de agradecerle

todo lo que ha hecho por mí.

—Más que su agradecimiento espero una explicación —dijo ella con brusquedad antes de desaparecer tras la puerta con rapidez.

Martín alargó la mano, cogió la bacinilla, se las arregló para desaguar y volvió a colocarla sobre la mesilla, no sin voluntad. Habría sido humillante volcar el contenido sobre sí mismo cuando había asegurado poder hacerlo solo. Gracias al cielo la mesita estaba a su altura y convenientemente cerca de su brazo.

—¡Jesús! —jadeó dejándose caer de nuevo sobre la cama. Se sentía débil y el menor movimiento provocaba dolor, pero al menos tenía la cabeza más despejada. Entonces recordó los rostros de los canallas que lo habían acorralado. En circunstancias normales, es decir uno contra uno, no habría tenido problema alguno, pero sin previo aviso apareció un gorila que consiguió retenerlo el tiempo suficiente para que el otro aprovechara su ventaja. Había tenido suerte de escapar...

Observó su cuerpo bajo la liviana sábana. Las manchas de sangre seca resaltaban sobre la blancura de las vendas y los calzoncillos. Descubrió varios

cardenales en el estómago y los inspeccionó antes de que el cuello se negara a seguir soportando semejante esfuerzo, por lo que tuvo que contentarse con poder levantar el brazo derecho y estudiar alguna que otra magulladura sin importancia. No descartaba la posibilidad de otros hematomas en la espalda y podía notar la inflamación de una de sus mejillas. El hombro le molestaba, pero no como debiera... al menos mientras no hiciera movimientos bruscos. Hasta cierto punto, la ausencia de dolor en el hombro era tranquilizador, o al menos, la falta de dolor tal y como él lo entendía, pero la pierna... sin lugar a dudas su mayor preocupación seguía recayendo en ella. No podría examinarla sin ayuda, así que debía esperar la llegada de la señorita Villalba para que lo ayudara a incorporarse del todo, entonces podría darle instrucciones para limpiar y tratar los puntos, también necesitaría un espejo para ver la herida del hombro y jabón para asearse un poco. Suspiró con impaciencia. Era un pésimo paciente y lo sabía. Verse impedido, al cuidado de los demás y sin otra cosa que hacer que resignarse agriaba su humor de un modo insoportable. Cogió el paño húmedo que había sobre la mesilla y lo

colocó sobre su frente. Al menos podría combatir la fiebre, pensó con frustración. Ese pequeño gesto lo hizo sentirse un poco mejor hasta que clavó la mirada en la bacinilla donde reposaba su orina. Hizo una mueca de disgusto apartando la vista. A pesar de estar habituado a ver las miserias de otras personas a diario, imaginar a esa mujer viendo las suyas, de pronto, lo violentó de una forma incomprensible. Apestab a sudor y sangre, y aunque él estaba acostumbrado a esos tipos de olores, era natural que para una joven como ella fuesen intolerables...

Al oír un leve sonido, Martín abrió los ojos para verla llegar con un enorme delantal cubriendo su vestido. La luz de la habitación era diferente por lo que dedujo que habían transcurrido algunas horas. Miró hacia la mesita de inmediato. La bacinilla había desaparecido y en su lugar había una toalla, varios paños, un trozo de jabón, vendas limpias y un cuenco con un unguento que no alcanzó a distinguir.

—Cuando volví dormía de nuevo —dijo ella posando en el suelo la palangana de agua caliente que llevaba—. Parecía tan relajado, por primera vez, que no quise despertarlo.

–¿Qué hora es? –preguntó con voz ronca.

–Las once y media.

–¿Y las gemelas?

–Atendiendo la sombrerería. Si entra alguien me avisarán. Más tarde iremos a misa, como de costumbre.

–Señorita Villalba...

–Lámeme Malena. En esta situación la formalidad es inútil –le aconsejó remangándose las mangas de su vestido.

–Tenemos que hablar –soltó de golpe.

–Antes limpiaré sus heridas, ¿de acuerdo?

–Como prefiera.

–Empezaré por el hombro –anunció ayudándolo a ponerse de costado—. La bala atravesó la carne –comentó mientras quitaba la venda con cuidado.

–No recuerdo el disparo.

–Pues le aseguro que es una herida de bala –Lena dejó caer las vendas sucias en una vasija.

–¿Sería posible que me trajera un espejo para verla?

–Quizá en la próxima cura –dijo ella mojando el paño en el agua y frotando la barra de jabón—. No se

mueva.

Martín apretó la mandíbula con fuerza para impedir sus protestas cuando ella comenzó a lavar la herida. El contacto del agua y el jabón con la carne lo hicieron sisear.

—¿Duele?

—Es soportable. ¿Hay costras?

—Si me pregunta si hay costras de sangre reseca, la respuesta es sí.

—¿Y purulencia? —inquirió él con interés.

—¿Purulencia?

—Sí... me refiero a si la herida supura —aclaró.

—De momento, no. Solo costras de sangre reseca.

—Bien. Mantenga unos segundos el paño húmedo sobre la herida para reblandecer el tejido antes de limpiar —Malena apoyó el paño en la herida arqueando un ceja con curiosidad—, ¿qué hay en el cuenco?

—Miel.

—¿Miel?

—Para las heridas.

—¿Me está curando con miel?

Malena respiró hondo ante el tono de desaprobación que detectó en su voz.

–¿Alguna objeción?

Martín resopló. Definitivamente era un milagro que estuviese vivo.

–Algunas –recalcó.

–Pues le aconsejo que se las ahorre. Hasta ahora la miel ha evitado la infección... al menos la de su hombro –especificó con reticencia–, y ayuda a la cicatrización.

–¿De dónde ha sacado eso?

–¿A qué se refiere?

–A que la miel evita las infecciones.

–Me lo dijo un médico –mintió ella.

–Un médico, ¿eh?

–Así es –lo acicateó Lena sabiendo que él lo era.

Silencio. Si en realidad ese hombre también ejercía la medicina, ¿por qué no lo decía? Tal vez tuviese que ver con la peluca y la falsa barba que utilizaba para envejecer su aspecto, pero de cualquier forma, no entendía su reserva al respecto.

–¿Un médico o un curandero de poca monta? –preguntó en tono escéptico al cabo de unos minutos–. ¿No cree que si la miel evitase las infecciones no habría delirado de fiebre durante dos días? –continuó.

Malena respiró para mantener a raya su impaciencia.

—Si va a abrir la boca con la única intención de criticar mis métodos de curación, le sugiero que se calle —siseó molesta—. Veamos su pierna —dijo cuando hubo acabado de vendar el hombro.

—¿Me ayudaría a incorporarme? —preguntó con un tono de voz hostil ante el regaño de ella.

—No.

Martín se mordió la lengua con irritación ante la firme respuesta, pero por alguna extraña razón se negó a decirle que él sabría mejor que ella qué hacer con su maldita pierna. Lena bajó la sábana con dedos temblorosos. Aquella situación era, ya de por sí, bochornosa, no obstante curar su hombro había sido un juego de niños en comparación con la tarea que se le presentaba en ese momento... sus manos trataron de alejarse todo lo posible de sus partes bajas, pero aun así, era terriblemente indecoroso tocar de ese modo a un hombre, sobre todo cuando el hombre en cuestión permanecía consciente. Cuando Lena levantó la mirada y sus ojos se cruzaron, un suave rubor cubrió sus mejillas haciendo que se sintiese más mortificada

aún... si eso era posible. Martín habría sonreído de no ser por la propia vergüenza que experimentó. Ella pasó su brazo con cuidado por debajo de la pierna para mantenerla suspendida sobre la cama mientras le quitaba el vendaje. Entonces Martín frunció el ceño y miró hacia la pared en un intento de disimular su turbación. Esa situación no debería ser violenta para él, sin embargo lo era, y no entendía por qué. A lo largo de los años había visto, tocado y estudiado todo lo que tenía que ver con el cuerpo humano y sus miserias. En su profesión el pudor no era una opción... y para él jamás un problema. La desnudez rara vez lo impresionaba, menos aún, mostrar su propio cuerpo cuando se encontraba impedido. Además, aún llevaba puestos los calzoncillos, aunque ella los hubiese cortado a la altura de sus ingles...

—¿Duele? —se atrevió a preguntar Lena cuando dejó la pierna sobre la cama.

Al mirarlo vio que permanecía con el rostro vuelto hacia la pared y los ojos cerrados.

—Sí —fue su escueta respuesta.

—Lo siento. Trataré de ser más cuidadosa.

Él abrió los ojos, pero no la miró.

–¿Qué pinta tiene?

–Horrible. Hay costras de sangre y pus... pero la pus tiene mejor aspecto que ayer.

Él medio sonrió.

–¿Pretende consolarme?

–¿Lo he conseguido?

–No –en esta ocasión fue ella la que, sin proponérselo, sonrió–. Aplique la miel sin limpiar la herida. Este tipo de lesiones deben mantenerse secas.

–De acuerdo.

–¿La limpió antes de coser? –se interesó.

–Sí.

–Bien –masculló mientras ella comenzaba a aplicar la miel con una gasa.

–Soy médico –confesó él entre dientes.

–Lo sé.

–¿Lo sabe? –preguntó arrugando la frente con extrañeza.

–Mientras atiendo la sombrerería mis hermanas se turnan para cuidarlo. Al parecer lo dijo en mitad de uno de sus delirios cuando Valeria lo vigilaba.

–¿Valeria es la parlanchina? –preguntó posando su antebrazo sobre sus ojos cerrados.

Lena lo miró observando el sufrimiento que se reflejaba en su rostro. Durante la cura del hombro él se había quejado varias veces, pero en esta ocasión resistía con la mandíbula y los labios apretados.

—No, esa es Nora.

—Intentaré recordarlo.

—No se preocupe, a veces incluso para mí es difícil distinguirlas... a menos que hablen, claro.

—¿Ha terminado?

—Casi. Tenga paciencia, vendaré enseguida.

—No apriete demasiado la venda. Eso impediría la circulación de la sangre y podría originarse gangrena.

¿Malena?

Ella levantó la vista sorprendida. Era la primera vez que escuchaba su nombre en sus labios y, por alguna razón, ese simple hecho provocó que un extraño hormigueo se asentase en su estómago.

—¿Sí? —preguntó comenzando a vendar como le había especificado.

—¿Podríamos hablar más tarde? Estoy exhausto.

—Lo dejaremos descansar, pierda cuidado —comentó ella terminando de vendar.

—Si notase que alguien las sigue o las vigila, me lo

hará saber, ¿verdad? –inquirió con preocupación.

–Se lo haré saber –prometió cubriéndolo con la sábana y cogiendo la vasija de vendas sucias y ensangrentadas.

–Bien –repitió él cerrando los ojos.

Lena se tomó unos minutos para apoyarse en la pared junto a la puerta de la trastienda. Desde donde estaba podía escuchar la conversación de sus hermanas, sin embargo no les prestó atención. El pulso le latía acelerado. Tomó aire y respiró despacio para serenarse. Fuese quien fuese aquel hombre tenía que irse de su casa cuanto antes. Había sido sencillo cuidarlo cuando estaba inconsciente. Levantar su muñeca y encontrar su pulso lento y estable. Posar la mano sobre su pecho y percibir el latido de su corazón. Contemplantarlo dormir respirando despacio y rítmicamente cuando dejaba de delirar. Sí, había sido fácil... atrayente, en ocasiones fascinante, pero ahora estaba despierto, se había establecido entre ellos una inexplicable tensión y, a veces, cuando sus miradas se cruzaban por más de un par de segundos sentía que

algo ocurría. Su único consuelo era que él parecía sorprenderse tanto como ella.

Capítulo 3

–¿Don Martín? –susurró Nora dejando sobre la mesa el plato que llevaba—. ¿Duerme?

–Ahora no –contestó abriendo los ojos.

–Siento haberlo despertado, pero es hora de almorzar y creo que debería comer. Si no come no recuperará las fuerzas y no mejorará, ¿verdad? ¿Usted qué piensa? Lena me ha ordenado dejarlo descansar si seguía dormido, aunque ya que está despierto, ¿qué le parece si lo ayudo a comer?

Martín sonrió ante el monólogo de Nora. Sin duda era ella.

–Me parece que tienes razón, sin embargo no sé cuánto alimento podré ingerir. ¿Qué hay ahí? –señaló el plato que había dejado sobre la mesa.

–Sopa de ajos. Lena dijo que debía comer algo que no tuviese que masticar mucho, así que Valeria

propuso la sopa de ajos. Espero que le guste, a mí no me gusta demasiado, aunque mi hermana me obliga a tomarla cuando me tengo que recuperar de algún resfriado. Usted no se está recuperando de un resfriado, pero seguro que le ayuda a sanar.

—Nora... ¿siempre hablas tanto?

La niña sonrió un poco avergonzada.

—La verdad es que sí. Valeria dice que es una costumbre horrorosa y Lena que debo intentar no decir todo lo que se me pasa por la cabeza siempre. ¿Usted qué cree?

Martín la miró intrigado.

—¿Sabes qué creo?

—No, ¿qué? Seguro que está de acuerdo con ellas. Todo el mundo dice que debería ser más callada.

El hombre sonrió.

—No estoy de acuerdo, si lo hicieras perderías tu encanto.

Nora le devolvió una sonrisa llena de picardía.

—Eso pienso yo. ¿Cree que está preparado para empezar a comer?

—Sí —Martín dobló la almohada para mantener el rostro incorporado—. Cuando usted quiera, enfermera —

dijo guiñándole un ojo para quitar importancia a la mueca de dolor que hizo al moverse.

Nora se sentó en la mecedora, cogió el plato y acercó la primera cucharada a sus labios.

–Usted me gusta. Al principio, no. Cuando creí que quería hacerle daño a mi hermana le habría clavado el cuchillo sin pensar –aclaró.

Martín se atragantó con el primer bocado.

–¿Habéis ido a misa? –murmuró tosiendo.

–Sí, aunque ir a misa es muy aburrido –se quejó la niña–. Lena insiste en que es de buenas cristianas ir a los servicios y confesarnos... para que nuestras almas no ardan en el infierno y todo eso.

Martín volvió a atragantarse, en esta ocasión, por la carcajada que surgió de su garganta.

–Cuidar nuestras almas es importante –comentó controlando la risa, más por el malestar que provocaban en su cuerpo que por deferencia a la niña.

–Supongo que sí. ¿Usted suele asistir a misa?

–Menos de lo que debiera –contestó sin pensar.

–¿Por qué? –preguntó ella con renovado interés.

Martín razonó su respuesta antes de hablar. No podía decirle a la niña que jamás pisaba una iglesia a

menos que fuese estrictamente necesario, ni que estaba más interesado en el bienestar del cuerpo que en el del alma. Decidió que una verdad a medias era mejor que una descarada mentira.

–Porque mi profesión me roba casi todo el tiempo.

–¿Es un buen médico? –preguntó la niña acercando de nuevo la cuchara a sus labios.

–Lo intento –dijo antes de abrir la boca para recibir una nueva cucharada.

–Valeria ha estado enferma. Ya está casi recuperada. Solo fue un catarro, pero Lena se preocupa mucho. Mamá no se recuperó bien de un catarro y tiempo después enfermó hasta morir. Cada vez que nos resfriamos Lena se pone muy quisquillosa, ¿sabe?

Martín tragó con mirada seria.

–Entiendo. ¿Cuándo falleció vuestra madre?

–Hace dos años.

La niña guardó silencio mientras acercaba otra vez la cuchara a sus labios.

–¿Y vuestro padre? –preguntó al ver llegar a Lena, quién ante su pregunta, se apoyó en el umbral de la puerta a la espera de la respuesta de su hermana.

—Nos abandonó. Un día se fue y no regresó. A veces pienso que mamá enfermó por su culpa. Ella se quedaba a trabajar hasta tarde aquí. Ahora lo hace Lena. A veces la veo llorar a escondidas... No le diga que se lo he dicho —pidió con rapidez.

—Tranquila, no lo mencionaré —aseguró cruzando una mirada con la joven que permanecía junto a la puerta evidentemente inquieta con el rumbo de la conversación.

—Se ha puesto muy serio. Quizá no debería hablar de estas cosas. Ni Lena ni Valeria lo hacen. No les gusta hablar de ellos, pero a mí no me importa demasiado. Quiero decir que los echo de menos. ¿Cree que hago mal?

—No, Nora... Las personas nos enfrentamos al dolor por la ausencia de nuestros seres queridos de diferentes formas.

La niña sonrió con timidez.

—Me gusta hablar con usted.

Él le devolvió la sonrisa, pero al mirar hacia Lena fue consciente de su incomodidad, ya que esta fijó la mirada en el suelo incapaz de levantar la vista.

—Y a mí tener una enfermera con tan buena

disposición a alimentarme. No obstante me temo que por hoy es suficiente –aseguró para poner fin a la conversación.

–¡Pero si no se ha tomado ni la mitad del plato!

–Supuse que estaba usted despierto al ver que Nora no volvía –dijo Lena fingiendo llegar en ese momento.

–Mira, Lena, ha comido menos que un pajarillo.

Lena observó el plato y después se fijó en él. Tenía la piel pálida, la mejilla inflamada y un rictus de dolor en torno a los ojos y la boca que no terminaba de desaparecer aunque él se empeñase en ocultarlo.

–Bueno, don Martín es médico, así que si decide que ya es suficiente lo dejaremos estar.

Nora arrugó la frente.

–Pues comiendo así no se levantará de esa cama jamás –refunfuñó poniéndose en pie.

–Prometo esforzarme cada día más, Nora –musitó él.

–Eso espero... si no, yo misma lo cebaré como si fuera un pollo.

Martín sonrió ante la amenaza de la niña.

–Si necesitase algo estaremos en la cocina –

anunció Lena dejando sobre la mesa una pequeña campanilla.

—Señorita Villalba... —carraspeó—, la sopa estaba muy buena —murmuró en un intento de disculparse por devolver el plato casi intacto.

Solo en ese momento una chispa de diversión apareció en los ojos de la joven.

—No es a mí a quien debería dar las gracias, sino a esta pequeña cotorra —explicó pasando su brazo por el cuello de la niña con afecto—. Es ella quien ha heredado el buen hacer de mi madre en la cocina.

Martín la miró sorprendido.

—¿De veras?

Nora asintió con alegría.

—Me gusta cocinar, ¿sabe? Incluso los platos que detesto... ¡Lena! —dijo de pronto con un entusiasta tono de voz—, ¿podría coger el libro de madre? Se me ha ocurrido que podríamos idear una dieta de comidas que ayuden a don Martín a recuperarse.

—Está en la cómoda de mi habitación. Valeria podría ayudarte a escoger las recetas.

—Voy a buscarlo... ¡ya verá qué pronto lo curamos don Martín! —exclamó saliendo de la habitación de

inmediato.

–No lo molestamos más –acertó a decir Lena al verse de súbito a solas con él.

–No son una molestia –aseguró fijando sus ojos en los de ella. Mirada que ella se apresuró a eludir con discreción cogiendo el plato de la mesa ante el incómodo silencio que se estableció... aunque no cualquier silencio, sino ese silencio envuelto en aquella tensión tan peculiar y desconocida. Inquieta, se atrevió a mirarlo para cerciorarse de que él no se había dado cuenta. Eso parecía.

–Descanse, dicen que el sueño también cura... –balbuceó–. Volveré más tarde.

Él le dirigió una extraña mirada... quizá de desconcierto por su pronta marcha, no podía saberlo.

–Espere.

–¿Sí?

–¿Ha notado algo fuera de lo habitual desde que estoy aquí?

–No, de lo contrario se lo habría dicho.

–Bien –dijo cerrando los ojos poco a poco. Era asombroso lo rápido que volvía a sentirse exhausto después de permanecer despierto un intervalo tan

corto de tiempo.

—Me gustaría... —él abrió los ojos para prestarle atención—. Le agradezco su amabilidad para con mi hermana —dijo al fin—. A veces habla en exceso, como habrá observado —dijo dibujando una sonrisa para expresar su gratitud sin advertir cómo se extendía hasta su mirada.

Entonces él asintió sin contestar y ella aprovechó el momento para marcharse.

Martín cerró los ojos de nuevo pensando en su sonrisa. Había experimentado una extraña turbación ante ella. ¿Por qué le había parecido tan genuina y distinta a la de otras mujeres? Durante unos segundos toda la zozobra de su rostro se había esfumado tras esa cálida sonrisa y su mirada... sin duda su mirada lo había inquietado, cuánto menos. ¿Qué demonios le estaba sucediendo? La muchacha no despertaba su deseo; en su estado actual sería difícil sentir nada, sin embargo, no podía negar la existencia de cierto interés... ¿Tal vez curiosidad?, ¿Atracción quizá?, ¿O admiración por lo que estaba haciendo por su persona? No estaba seguro... ¿Cuánto hacía que no yacía con una mujer? Hacerse esa pregunta hizo que arrugase la

frente con recelo. No se consideraba un célibe, más bien era la prudencia la responsable de que nunca estableciese una relación permanente con una mujer... además era cierto que la pasión con la que ejercía su profesión le restaba mucho tiempo a su vida social. Por consiguiente, si ignoraba las insinuaciones de ciertas mujeres respetables, algunas de las cuales eran esposas de conocidos e incluso pacientes, y tampoco hacía uso de los favores de las pobres mujeres de la calle. ¿Cuánto tiempo hacía que vivía como un ermitaño? ¿Casi medio año? ¿Más? Sin duda esa era la razón por la que se sentía de ese modo. El motivo de ese súbito interés por la joven no podía ser otro... al fin y al cabo era un hombre. Se frotó los ojos. Estaba demasiado agotado. Sus pensamientos no tenían sentido. ¿Por qué se hacía semejantes preguntas?

«¡Por las barbas de Cristo! Recupérate y sal de aquí », se ordenó.

Y eso haría. Había estado pensando en la forma de ponerse en contacto con su sobrino sin que ello supusiera un peligro para Malena y las niñas, pero Alonso se había trasladado junto con su esposa a la finca que poseía a las afueras de Madrid. Charlotte

estaba teniendo un embarazo complicado y él mismo había sugerido un entorno más apacible para los últimos meses de gestación... Entonces pensó en Manuel, la mano derecha de Alonso, más complicado sería ponerse en contacto con este, puesto que nunca sabía dónde encontrarlo... ¿Carlos? Imposible. Había partido hacia Edimburgo dos semanas atrás y poco se sabía de su vuelta. Solo quedaba James, pero... ¿cómo podría ponerse en contacto con el conde de Valdetorres sin llamar la atención? Además, su ilustrísima era un hombre que jamás pasaba desapercibido, muy a su pesar. Apretó la mandíbula con frustración. Entonces se le vino a la cabeza el rostro de una mujer. ¡Por supuesto! Madeline. Sabía por Charlotte que tenía la intención de trasladarse al barrio de Salamanca, pero si aún no lo había hecho, y esperaba que así fuese, sería fácil hacerle llegar una misiva a través de Malena. Esperanzado por haber encontrado una posible solución al fin se dejó llevar por el sueño.

Hacia dos días que observaban el barrio y la calle

sin cesar. La pista del viejo se perdía allí. Sospechaban que alguien le había procurado ayuda... pero, ¿quién? Los comercios prestaban sus servicios, como de costumbre, ajenos a su vigilancia. Nada sucedía fuera de lo usual. La barbería, la cordonería, la sombrerería, así como las múltiples botonerías, abrían sus puertas a las ocho de la mañana para recibir clientes a lo largo del día... ¿quién podría ocultar a un hombre malherido tras sus muros entonces? ¡Asqueroso bastardo! ¡Tenían que encontrarlo! No solo porque ese hijo de puta había escuchado sus planes sino porque además podría reconocerlos. Durante la pelea había perdido su maletín, pero en su interior solo hallaron botes de específicos, instrumentos de medicina y algunos reales... nada que los ayudara a identificarlo. ¡Nada sobre su identidad! ¡Nada que les permitiera localizarlo! ¡Condenado viejo! Quizá hubiese fallecido, pero en cualquier caso, ¿dónde? No. Un cadáver no habría pasado desapercibido en el barrio. Estaba allí. Lo sabía. Tarde o temprano sucedería algo que los llevaría hasta él. Solo tenían que tener paciencia. Ya estaba todo planeado. Llegado el momento se desharían de él y silenciarían para siempre a las

personas que lo estuviesen socorriendo.

«Una pena», pensó con indiferencia.

Uno de sus hombres le hizo un gesto al otro lado de la calle para relevarlo. Ese domingo estaba siendo harto peculiar por su tranquilidad, muchos parroquianos paseaban observando los escaparates o atravesaban la calle para ir a misa. Él devolvió el gesto asintiendo imperceptiblemente.

«Infelices... ¿quién de vosotros lo esconde?».

Caminó con lentitud por la calle fingiendo leer el periódico. Ni siquiera miró a su hombre cuando pasó a su lado. Él regresaría al anochecer... Tal vez esa noche tuviesen más suerte.

Malena cogió el plato que acababa de servir para dirigirse al taller. Nora se había apresurado a ofrecerse para darle la cena al hombre y ella había aceptado con gusto, en realidad con alivio, mientras Valeria susurraba que se retiraba a dormir. Al entrar en la estancia sus suaves ronquidos la hicieron sonreír. Él había dormido toda la tarde sin que la fiebre hiciera acto de presencia. Gracias a Dios la clientela había

sido escasa a partir de las seis y ella misma había podido descansar un par de horas en la trastienda mientras las niñas vigilaban la sombrerería.

—¿Don Martín? Don Martín, despierte. Es hora de cenar —dijo Nora dejando el candil que portaba en la mesa.

Él abrió los ojos con pereza.

—¿Qué hora es?

—Casi las nueve —respondió Nora acercando la mecedora a su rostro.

—¿Tan tarde es ya? —preguntó contemplando la penumbra del taller antes de toparse con la mirada de la niña.

—Sí. Ha dormitado todo el día, ¿sabe? Lo hemos estado vigilando y ni una sola vez ha despertado.

—¿Cómo se siente? —preguntó Malena hablando por primera vez.

—Algo mejor... o eso creo —contestó intercambiando una esquivada mirada con la joven—. ¿Cuál es el plato de esta noche enfermera? —preguntó de pronto en tono burlón a la niña—. Huele de maravilla.

—Sopa de cebollas. A Valeria le ha gustado mucho

—aclará sentándose en la mecedora y posando el plato sobre sus piernas—. Está caliente, pero no quema, así que abra la boca.

Malena se acercó en ese momento para ayudarlo a incorporarse con la ayuda de un cojín que trajo de algún lugar que no alcanzó a ver. Luego desapareció por la puerta que conectaba el taller con la trastienda dejándolo a solas con la niña.

—¿Dónde está Valeria?

—Se ha retirado a dormir, aún moquea un poco y tiene tos —explicó la niña acercando la cuchara a su boca.

Martín saboreó la sopa. Sabía bien.

—¿Le gusta?

—Sí, tienes unas manos envidiables para la cocina
Nora.

La niña lo miró con sorna.

—Esta vez ha cocinado Lena.

Él puso los ojos en blanco haciendo que la niña riera divertida.

—¿Habéis tenido mucho trabajo en la tienda?

—No, ha sido un día tranquilo. Solo tres ventas, la recogida de cinco arreglos y el encargo de otros dos

para mañana. Lena está en la trastienda preparándolos. En ocasiones es más difícil renovar un sombrero que crearlo, ¿sabe? A Valeria y Lena les resulta más fácil que a mí —añadió acercando otra vez la cuchara a su boca.

—¿Por qué?

—Porque odio coser. Me cuesta mucho permanecer sentada con aguja e hilo y carezco de creatividad —se lamentó—. Así que mientras ellas cosen yo me dedico a las labores de la casa o la cocina.

—Parece un buen arreglo.

La niña acercó otra cucharada de sopa a sus labios.

—A mí me lo parece. Antes de que mi madre falleciera ayudaba a la señora Carmen en la cocina, así que no me resultó complicado seguir haciéndolo después de su marcha.

—¿La señora Carmen?

—Era nuestra cocinera. Me enseñó muchos trucos de repostería. De vez en cuando viene a visitarnos en su día libre.

—¿Por qué se fue?

Otra cucharada.

–Porque Lena no podía seguir pagando su salario. Cuando mamá murió las ventas descendieron y Valeria y yo tuvimos que dejar el colegio para ayudarla con la tienda.

–Entiendo –dijo frunciendo el ceño con preocupación.

–Pero ahora todo va mejor. Lena cose tan bien como mamá, así que los pedidos de arreglos han ido aumentando en estos meses.

Otra cucharada.

–Ya es suficiente, Nora.

La niña lo miró enfurruñada.

–Aún no se lo ha comido todo –protestó con la cuchara encima del plato–. ¿Tres más?

Martín sonrió.

–Una, ¿de acuerdo?

–Está bien. Abra la boca –le ordenó la pequeña–. Pero mañana tendrá que esforzarse más con el desayuno.

–Lo prometo.

En ese instante Malena volvió a entrar en el taller portando un sombrero en una mano y diversos abalorios en la otra.

–¿Ha comido? –preguntó a Nora como si él no estuviera presente.

–Un poco más que a medio día.

–Bien.

–Buenas noches, Lena –dijo la niña poniéndose en pie.

–Buenas noches –respondió Malena agachándose para besar una de las mejillas de su hermana.

–Buenas noches, don Martín –murmuró antes de alejarse.

–Buenas noches –dijo observando cómo Malena tomaba asiento en la mecedora para dejar sobre la mesa el montón de encajes, flores y cintas que llevaba.

–Tenemos que hablar –dijo de pronto ella fijando sus ojos en los de él con seriedad.

–Pregunte cuanto quiera saber –contestó con cierto recelo.

–¿Por qué llevaba postizos para envejecer su aspecto?

–Para ocultar mi identidad.

–¿Por qué?

Martín esperó unos segundos antes de responder.

–Porque atiendo a los más adinerados de la

ciudad... y también a los más pobres –Malena lo observó confundida–. Cuando visito los barrios más desfavorecidos oculto mi aspecto bajo peluca y barba. Le sorprendería la cantidad de gente que prescindiría de mis servicios si se descubriera que atiendo a los menesterosos.

Era una explicación plausible, sin embargo, Malena lo miró con desconfianza.

–¿Quién lo atacó y por qué? –ella enarcó una ceja con suspicacia.

–La noche que me agredieron volvía del barrio de Huertas[3] cuando paré a cenar en una taberna de mala muerte –ella lo miró con asombro–. Tengo varias enfermas allí –aclaró intencionadamente–. A la salida escuché algo que no debía... y qué duda cabe de mi estupidez al creer que esos hombres no se percatarían de mi presencia.

Malena esperó a que él añadiera algo más, pero él se limitó a mirarla en silencio.

–¿Qué escuchó?

–Baste decir que lo que escuché puso mi vida en peligro.

–Eso ya lo sé. ¿Qué escuchó? –repitió dispuesta a

no dar su brazo a torcer.

—Malena —suspiró con fatiga—, no diré nada más que pueda comprometerla a usted o las niñas.

—Pero...

—Por favor, confíe en mí —la interrumpió. Ella resopló con disgusto y, a continuación, cogió el sombrero para comenzar a desgarrarlo—. ¿Qué está haciendo?

—Arreglar un sombrero, ¿no lo ve? —Martín la observó quitar abalorios, flores descoloridas, y cintas estropeadas con cierta agitación—. ¿Cómo puede pedirme que confíe en usted? —preguntó de pronto—. ¡Por lo que sé podría mentirme en todo! ¿Realmente es médico? ¿Es cierto que se hallaba en las Huertas para atender a esas... mujeres? ¡Disculpe, pero en ese punto discrepo, aunque no es de mi incumbencia! ¿Tan buen samaritano es? —lo miró brevemente—. ¿Y qué puede ser tan grave como para que intenten matarlo?

Martín contuvo una sonrisa a duras penas.

—Malena, juro que cuanto he dicho es cierto... ¿No sería más fácil hacer eso mañana? ¿De día?

—¡Me importan un pimiento sus juramentos si es capaz de insinuar que mis hermanas están en peligro

pero no cómo puedo protegerlas! –masculló con franqueza—. ¡Y sí, claro que sería más fácil a la luz del día, pero no he tenido tiempo y tiene que estar preparado mañana! ¿Por qué sonrío? ¿Le parece gracioso?

Martín debió morderse la lengua, pero no lo hizo.

–Bastante.

Ella levantó los ojos de lo que estaba haciendo para lanzarle una mirada cargada de indignación.

–Es usted insufrible. ¿Se lo han dicho alguna vez?

Martín fingió pensarlo unos segundos.

–No. Jamás.

Malena quitó con rabia los últimos adornos del sombrero para comenzar a cepillarlo por todas partes con un pequeño cepillo apto para tales menesteres. Martín la contempló divertido, sin embargo cuando ella volvió a mirarlo él le devolvió una mirada llena de inocencia.

–Si descubro que me miente, estaré encantada de ponerlo de patitas en la calle –amenazó señalándolo con el cepillo.

–No miento... lo que me recuerda que he de pedirle un favor.

–¿Qué? –ella levantó la vista un instante mientras seguía trabajando.

–Necesito que le haga llegar una nota a una amiga –ella cesó de cepillar el sombrero para prestarle atención–. Se llama Madeline. Es dueña de la sombrerería *Mrs. Esterly* en el pasaje del Comercio[4].

Malena accedió sin pensarlo demasiado. Si llevarle una nota a esa mujer suponía la pronta marcha de Martín de su taller y su vida. Que así fuese. Cuanto antes mejor. Se levantó y rebuscó en uno de los cajones del mueble que había junto a la máquina de coser hasta que encontró lo que buscaba.

–Aquí tiene –dijo entregándole papel, lápiz y un pequeño sobre–. ¿Puede escribir?

Martín la observó con hosquedad al ser el objeto de su fría cortesía, de nuevo. ¡Tan fría que cogería un catarro si seguía recibéndola!

Malena volvió a su trabajo con el sombrero mientras él apoyaba el papel en la mesita para escribir. Ella parecía haberse molestado por su comentario, interesante cuánto menos y del todo incomprensible.

–¿Qué he dicho para disgustarla de ese modo? –

preguntó al cabo de unos minutos.

—Nada. Es solo cansancio. Disculpe mis modos — respondió sin mirarlo.

Martín la contempló en silencio. El centelleo de la luz de la lámpara bailoteaba sobre su cabello arrancándole destellos dorados mientras permanecía con el rostro inclinado y una expresión de atención en la labor. Había notado las ojeras alrededor de sus ojos y la fatiga de su mirada. Por su causa estaba atrasada con el trabajo, y ese pensamiento, lo hizo sentirse culpable mientras observaba como la aguja aparecía y desaparecía una y otra vez por la piel del sombrero con precisos movimientos. Después desenrolló varias tiras de cinta de tul de diferentes colores, las extendió sobre la mesa, eligió una de color beige y enhebró la aguja de nuevo.

—¿Cree que el color le irá bien? —preguntó levantando la vista al percibir su mirada.

—Sí, creo que sí —respondió él observando el sombrero.

—¿No escribe?

Sus ojos eran marrones, del color de los granos del café tostado: grandes y rodeados de espesas pestañas.

—Estoy pensando en la forma más adecuada de expresarme. No quiero asustar a Madeline.

Ella comenzó a coser la cinta sin decir nada, de modo que él cogió el lápiz y empezó a escribir. Malena observó por el rabillo del ojo cómo escribía de forma fluida, con trazos firmes y elegantes. Observó su mano; grande, de dedos largos y uñas cuidadas. Las suyas eran pequeñas, de dedos finos e igualmente alargados. Durante un absurdo segundo se preguntó cómo sería sentir su mano encerrada en la suya. Distracción que provocó que se pinchara con la aguja. Entonces se llevó el dedo a los labios y lo chupó sin percatarse de la mirada del hombre que, de súbito, había dejado de escribir.

«¡Por el amor de Dios!», pensó Martín al sentir una leve tirantez en sus partes bajas.

Cuando ella lo miró, él volvió a la escritura esquivando su mirada.

Malena lo observó de reojo al notar su agitación. Parecía turbado... quizá la tarea de escribir le estuviese resultando harto difícil, mas él no se había quejado. Volvió a dar unas puntadas al sombrero consciente de su respiración; que lejos de calmarse

siguió aumentando. Quizá debería haberse ofrecido a redactar la misiva.

—¿Se encuentra bien?

—¿Qué? —preguntó él sin dejar de escribir.

—Que si se encuentra bien... He notado que respira más fuerte. Si le supone un esfuerzo enorme escribir podría dictarme la carta.

«¡Por las barbas de Cristo! ¿Tan inocente eres mujer?».

La miró y sí... al parecer lo era. Por la expresión de su rostro, en la que se adivinaba algo similar a la preocupación, era improbable que intuyese si quiera, la clase de pensamientos que su gesto habían suscitado en él... pensamientos que lo habían impresionado notablemente, por otra parte.

—Estoy bien. Un poco fatigado, pero puedo terminar la carta —mintió intentando recuperar la normalidad o la formalidad, que en ese caso eran lo mismo.

Ella volvió a su tarea satisfecha con su respuesta y él se obligó a dominar su respiración retomando la escritura.

«Madeline, por favor, sácame de aquí», pensó como si la mujer a la que escribía estuviese frente a él

y pudiese rescatarlo de sus propios pensamientos.

Malena cortó otra hebra de hilo con los dientes y él se distrajo contemplando sus labios. Tenía una boca grande en forma de corazón y cuando sonreía dos pequeños hoyuelos se formaban en sus mejillas.

«¡Maldito seas Martín! ¿Qué crees que estás haciendo?»

Sin embargo, siguió observándola con disimulo. La vio examinar la prenda con actitud crítica antes de comenzar a inspeccionar los abalorios que había sobre la mesa y decidirse por unas flores de diversos tamaños que comenzó a coser sobre la cinta. Admiró su gusto para escogerlas, le maravilló la presteza de sus puntadas y le cautivó su gesto de concentración. Se preguntó si habría cosido la herida de su pierna con la misma habilidad con la que lo hacía con las flores. ¿Le habría disgustado hacerlo? ¿Le habría repugnado la sangre? ¿Le desagradaría curarlo? Olía a enfermo, sin embargo allí estaba, cosiendo junto a él cuando podría hacerlo en la trastienda.

—¿Qué piensa? ¿Le gusta? —preguntó sacándolo de su ensimismamiento. Ella levantó el sombrero y se lo enseñó. Martín lo observó con atención. Era

asombroso lo cambiado que estaba; su aire anticuado había desaparecido y ahora parecía más fino. Malena solo había hecho un par de cambios, aunque con un exquisito gusto, eso era innegable.

—Precioso.

Ella lo miró y le dio vueltas, contemplándolo desde todos los ángulos, hasta que sonrió.

—Sí, no parece el mismo, ¿verdad? —preguntó orgullosa de su trabajo—. ¿Ha terminado?

—¿Qué? —él pestañeó con confusión.

—Que si ha terminado de escribir la carta.

—Deme unos minutos —pidió cogiendo el lápiz de nuevo.

Malena aprovechó para mirarlo a placer. Tenía el pelo oscuro, desaliñado por los días que llevaba en la cama, pómulos pronunciados, nariz aguileña y un obstinado hoyuelo en la barbilla que le parecía de lo más interesante. Necesitaba un buen afeitado, sin embargo la incipiente barba no afeaba su rostro. Sus ojos eran de un extraño verde ambarino que cambiaban de tonalidad según su humor. Nunca había visto unos ojos así. En ese momento fruncía el ceño mientras sus dedos escribían con agilidad. Y su boca...

Malena apartó la vista para posarla sobre el sombrero en un intento por permanecer impassible. Un minuto después, sus ojos parecieron tener voluntad propia; volvió a pasear la vista por sus brazos, el cuello y su torso semidesnudo. No quería hallarlo tan atractivo, pero sin duda lo era. Ni tan masculino, ni tan atrayente...

—¿Malena?

—¿Qué? —ella lo miró sobresaltada.

—Aquí tiene —anunció ocultando la carta en el interior del sobre—. ¿En qué pensaba? Parecía abstraída —agregó entregándoselo.

—En nada en particular —dijo ella con premura tomando la carta—. ¿Necesita algo más?

—La bacinilla —respondió con cierto pudor.

—¡Oh, por supuesto! —exclamó ella con arrobó.

Malena se agachó y dejó la bacinilla en la mesa junto al quinqué. Después se sonrieron avergonzados.

—Nora me ha dicho que Valeria aún tiene tos y mucosidad —comentó de pronto para obviar el momento de apuro—. ¿Sigue tomando el específico?

—No, se acabó ayer —contestó cogiendo el sombrero y los abalorios que quedaban sobre la mesa.

–¿Tiene hojas de laurel y canela?

–Sí.

–Al amanecer hágale a Valeria una infusión con un par de hojas y aromatícela con canela. Sería conveniente que la tomara en ayunas. Una infusión de tomillo serviría igualmente. Es mano de santo para la mucosidad. También debería aspirar el vapor de hojas de eucalipto durante un par de días antes de irse a la cama. La tos remitirá.

–Gracias.

Él sonrió con desgana.

–Solo son remedios caseros...

–Por preocuparse –lo interrumpió ella.

Martín la miró, ella le devolvió la mirada y durante unos interminables segundos el mundo se detuvo.

–Buenas noches, Martín –susurró marchándose.

–Buenas noches, Malena.

Capítulo 4

Madeline observó con curiosidad a la joven y a las dos niñas que la acompañaban. La joven vestía un conjunto de cuerpo y falda en seda labrada de color celeste con motivos florales bordados a cadeneta en diferentes tonos de azul y marrón. La parte superior se componía de una chaqueta a la cadera muy entallada, con mangas al codo rematadas en la bocamanga con cinta color marrón y puntilla blanca de encaje de imitación. El escote era discreto; cerrado y en pico por delante, rodeado del mismo encaje, más estrecho. El delantero abierto totalmente en el centro, se cerraba con doce botones forrados y se ajustaba al cuerpo con pinzas del bajo al pecho en cada hoja. La terminación inferior era de forma redondeada con el centro más pronunciado por delante, y por detrás se alargaba hasta originar dos haldetas con adorno de lazada. Alrededor

del contorno llevaba los mismos adornos de cinta y encaje. Por detrás, el vuelo se distribuía con tablas y frunces, que terminaba en una cola formada por tres volantes estrechos y plisados. El polisón se unía a la cinturilla e iba todo drapeado, terminando igualmente en cola y rodeado por la misma cinta. El conjunto se acompañaba de un mignon[5] a juego. Era de fieltro con bies de faya alrededor, de unos veinte centímetros de ancho plegado en tres pliegues: se adornaba de una guirnalda de pluma que rodeaba además la copa, y un lazo de tul azul y faya con hebilla, que sujetaba una rosa y un sprit. ¡No sería muy caro, pero era fantástico!

Las niñas vestían igual; un vestido de algodón verde, talle bajo y mangas al codo rectas con lazos y encaje en la bocamanga. El escote era redondo a la caja con cuello cuadrado por detrás y bieses muy estrechos por delante rodeado de tul bordado. En el lado izquierdo se ocultaba el cierre de botones forrados y ojales de la misma tela. Por detrás iba entallado con costura central y dos en cada costadillo. La falda iba tableada y llevaba adornos superpuestos de tablas muy menudas. En la unión del talle con la falda llevaba una

franja ancha de raso verde y una gran lazada delante y detrás. Sobre sus cabezas llevaban una capota[6]; un modelo sencillo de copa redonda y caída vertical hacia la nuca del mismo tono del vestido, con frunces abullonados alrededor. Se anudaba en el cuello con cinta de seda y llevaba un gran lazo en la parte superior.

Vestían adecuadamente, sin embargo era evidente que no pertenecían a la clase alta de la ciudad. En ese momento Rosario, una de sus chicas, se acercó a atenderlas.

—Aquí tiene doña Enriqueta —comentó ella entregando la caja que contenía el lujoso sombrero—. El miércoles tendrá preparados los otros dos.

—Gracias —dijo la anciana observando por encima del hombro a la joven que acababa de entrar—. Mandaré a recogerlos a primera hora. Espero que sean de mi gusto —añadió sacando tres pesetas y dos reales de su bolso. Adiós Mrs. Esterly... Por cierto —dijo volviéndose—, tengo entendido que se traslada.

—Así es.

—Hágalo pronto. Este tipo de clientela —señaló a la joven y las niñas con disimulo—, no es conveniente para

su negocio –susurró.

–Así lo haré. Pierda cuidado –siseó manteniendo la compostura. Sabía que debía aceptar ese tipo de comentarios con estoicidad, pero... ¡Dios, cuánto le costaba morderse la lengua ante ellos!

–Hasta pronto.

–Adiós, señora –dijo con amabilidad.

Madeline observó a la anciana hasta que salió seguida de la doncella que portaba la enorme caja.

–Doña Madeline –dijo Rosario acercándose a ella–, la joven quiere hablar con usted.

–¿Conmigo?

–Eso ha dicho.

–Está bien. Yo la atenderé. Ve al taller y comienza con los sombreros de doña Enriqueta. Ya has oído que los quiere pasado mañana *a primera hora* –musitó imitándola.

Rosario sonrió divertida antes de desaparecer tras la cortina que llevaba al taller. Entonces la joven y las niñas se acercaron a la parte del mostrador en la que ella se hallaba.

–Buenos días, la dependienta me ha dicho que es usted Mrs. Esterly.

—Así es, ¿en qué puedo ayudarla?

—¿Podría hablar con usted en privado? Es muy importante...

—Señora, no haga como que se sorprende —dijo una de las niñas interrumpiendo a la joven—. Tenemos a don Martín herido en nuestra casa —soltó de golpe. Madeline la miró atónita—. ¡No deje de sonreír!

—¡Nora! —la reprendió Lena escandalizada.

—¡De acuerdo! —exclamó Madeline con nerviosismo componiendo una sonrisa a duras penas—. Pasad. ¡Rosario! —gritó.

—¿Sí, doña Madeline? —preguntó la chica regresando a la tienda.

—Tengo que hablar con esta joven. Encárgate de la tienda mientras estoy con ella en el taller —dijo antes de acompañarlas con premura al interior.

Lena paseó la mirada por la habitación atestada de diversos abalorios, cintas, lazos de mil colores, encajes, flores artificiales, plumas, telas y pieles de la mejor calidad. Durante unos segundos sintió cierta envidia pues en su sombrerería escaseaban muchos de esos abalorios desde hacía tiempo.

—Siéntense, por favor —indicó Madeline

acercándose a una mesa ovalada con cuatro sillas que se encontraba en un rincón de la estancia—. Explíquese —añadió con gesto adusto una vez que la joven y las niñas hubieron tomado asiento.

Lena sacó un sobre de su pequeño bolso de raso beige, luego tomó una cadena de plata de la que colgaba una cruz de Caravaca y se la cedió a la mujer.

Madeline cogió la cadena y observó la cruz. Sin duda era como la que Martín solía llevar colgada al cuello, aunque su recelo no disminuyó.

—Tenga —dijo la joven entregándole el sobre.

Madeline lo abrió y desdobló el papel con dedos ansiosos. Entonces el recelo dio paso a una profunda inquietud al reconocer la caligrafía de Martín. Lena la observó con atención; era una mujer de belleza exquisita, de rasgos finamente cincelados... Se preguntó qué clase de relación la uniría al hombre puesto que su grado de preocupación por él aumentaba mientras sus ojos leían la carta con avidez.

Madeline, no te asustes, soy Martín. Necesito que te pongas en contacto con James cuanto antes

y le entregues estas palabras. Hace un par de días escuché algo de alto interés para la corona y temo que la información que obra en mi poder os ponga en peligro, por lo que te ruego que seas muy cautelosa. Gracias a la joven que está junto a ti sigo con vida, ya que me acogió en su casa prestándome una ayuda impagable. Es imprescindible que a la marcha de Malena y sus hermanas actúes como siempre, pues sospecho que mis agresores puedan estar siguiéndolas. Cualquier pista sobre mi presencia en su hogar debe ser desechada. Insisto en la importancia de seguir realizando tus quehaceres diarios sin más. El próximo sábado es la verbena de San Antonio [\[7\]](#) y creo que sería una buena oportunidad para que James se encontrara conmigo en su sombrerería. Espero estar más recuperado de mis dolencias para entonces. Es indispensable que vista ropas que oculten su rango social. (Sé que te resultará difícil hacerlo James, pero no te lo pediría si no fuese estrictamente necesario. Te lo explicaré todo en su momento). Preciso mudas limpias y también que le hagáis creer a mi mayordomo que he tenido

que marcharme de la ciudad para atender a Charlotte (con toda seguridad estará angustiado por mi ausencia). Decidle que me encontraré fuera de la ciudad varios días más y que deberá derivar mis pacientes al Doctor Arnús, si estos fueren niños deberá enviarlos a la consulta del Doctor Mariano Benavente (en el primer cajón del escritorio de mi despacho se encuentran sus direcciones). Por lo pronto nada más.

Agradecido por tu ayuda, Madeline.

James, te espero. Es urgente.

Martín Melgar de Alcázar

—¿Cómo está? La verdad —exigió Madeline al ver titubear a la joven.

—Tiene varias heridas. Una de bala en el hombro que está cicatrizando, otra de navaja en la pierna que comienza a mejorar... y algunos hematomas en el estómago —concluyó sin añadir nada más al observar cómo empalidecía la mujer.

—¡Dios mío! —susurró doblando la carta.

—No se preocupe señora. Duerme mucho, pero ya

no tiene fiebre ni delira –dijo de pronto una de las niñas antes de toser.

–¡Santo Dios! –volvió a murmurar Madeline levantándose con nerviosismo–. ¿Cómo le ha sucedido esto? –preguntó tomando asiento de nuevo.

–No sé mucho más de lo que él le ha explicado en la carta –dijo la joven.

–¿Cómo se llama?

–Malena Villalba. Ellas son mis hermanas, Nora y Valeria O'Brien –continuó presentándolas.

–Es un placer conocerlos. Disculpad mis modales, pero no esperaba esta noticia. Yo me llamo Madeline. Madeline Esterly –agregó.

–Habla usted raro.

–¡Nora! –la reprendió Malena por lo bajo.

La mujer sonrió ante la indiscreción de la niña.

–Será porque soy inglesa. Nací en un pueblecito del condado de Leicester, por eso mi español tiene este acento, supongo que te refieres a eso.

–Sí, señora. A eso me refería –contestó la niña–. Nuestro padre era irlandés. También tenía ese acento raro...

–Le ruego dispense a mi hermana. Tiene la mala

costumbre de hablar demasiado –la interrumpió Lena algo avergonzada.

–No se apure –dijo restando importancia al comentario de la niña–. Yo aprendí vuestra lengua de niña. Mi abuela era española y en casa solo permitía que nos dirigiéramos a ella en castellano. Cuando me mudé a Madrid fue una bendición poder entenderlo casi todo... pero volviendo a Martín –continuó guiñándole un ojo a la niña–. ¿Está siendo muy quisquilloso?

Entonces fue Lena quien sonrió.

–Un poco –respondió manteniendo la sonrisa en sus labios–, sobre todo durante las curas. Le malhumora no poder hacerlo él mismo.

–Y con las comidas es muy testarudo –agregó Nora–. Esta mañana solo ha consentido en tomar un poco de agua con zumo de limón y miel.

La sonrisa de Madeline se desvaneció.

–¡Oh, no se alarme! –se apresuró a tranquilizarla Lena–. Es cierto que aún no come demasiado, pero le aseguro que su estado mejora cada día.

–¿Podría entregarle una nota?

–Por supuesto, pero debemos marchar ya. He de

abrir la sombrerería.

Madeline se apresuró a escribir unas líneas en un papel que le entregó de inmediato. Después, se levantó y guardó en una bolsa varios trozos de piel, cintas, encajes, plumas y flores de diversas formas y tamaños.

—Durante el camino asegúrese que las niñas saquen algunas cosas simulando querer verlas. Si es cierto que las están siguiendo, creerán que ha venido a comprarlas.

—Pero no puedo aceptar todo esto sin pagarlo — protestó Lena.

—Claro que sí. Es lo menos que puedo hacer en compensación por lo que está usted haciendo por Martín. Acéptela, por favor.

Lena dudó unos segundos antes de coger la bolsa que la mujer le tendía.

—Gracias.

—Gracias a usted, Malena. Dígale a Martín que hoy mismo le entregaré la misiva a James.

—Así lo haré.

—Y vosotras —dijo dirigiéndose a las niñas—, no dejéis que se salte ni una sola comida más.

—No se preocupe, doña Madeline, lo cuidaremos

bien –dijo Valeria antes de toser de nuevo.

–Deberías inhalar vapor de eucalipto para esa tos. ¿No te lo ha dicho Martín? –preguntó extrañada.

La niña sonrió.

–Anoche se lo dijo a mi hermana.

–Pues toma los vapores sin falta.

Valeria asintió sacando un pañuelo para sonarse la nariz.

–Mi sombrerería se encuentra en la calle Botoneras –dijo Lena–. Es la única de la calle, dígaselo al tal James, por favor.

Madeline asintió poniéndose en pie para acompañarlas a la salida.

–Descuide –dijo–. Ahora marchad con mis mejores deseos hacia Martín. Os devolveré la visita cuanto antes.

–Hasta pronto, doña Madeline –corearon las niñas.

–Adiós, Mrs. Esterly –dijo Lena imitando a sus hermanas.

Martín respiró con alivio al escucharlas llegar. Había estado terriblemente intranquilo, pero hasta ese

momento no había sabido cuánto. Minutos después la puerta se abrió y vio a Nora entrar con un pequeño cuenco entre las manos.

—Por Dios, Nora, ¿por qué os habéis retrasado tanto? Estaba a punto de levantarme de esta cama y salir a buscaros —exageró.

La niña se sentó en la mecedora sonriendo.

—Dispense si lo hemos preocupado, pero a la vuelta nos paramos en el mercado a comprar hojas de eucalipto y legumbres.

—¿Qué traes ahí? —preguntó arrugando la nariz.

La niña lo miró con seriedad.

—Es un huevo pasado por agua con pan. Es uno solo, así que se lo tiene que comer todo. Esta mañana no ha desayunado.

Martín observó la decisión que revelaba la expresión de su rostro. Realmente lo cebaría si fuese necesario... y lo cierto es que tenía algo de hambre.

—¿Qué hora es?

—Las nueve y media. Abra la boca.

—¿Qué te parece si intento comer solo? —preguntó mientras doblaba la almohada para apoyarse—. Creo que podría sostener el cuenco sin ayuda.

—De acuerdo —dijo la niña entregándoselo—. Pero no me iré hasta que se lo coma.

Martín sonrió tomando el primer bocado.

—¿Y tus hermanas?

—Lena está atendiendo la sombrerería y Valeria en la cocina aspirando el vapor de las hojas de eucalipto. Odia tener tos.

—¿Le habéis entregado la carta a Mrs. Esterly?

—Sí... estaba muy preocupada por usted, ¿sabe? ¿Por qué no nos dijo que era inglesa?

Martín tragó antes de responder.

—No se me ocurrió. ¿Es importante?

—Claro. Podríamos practicar el idioma con ella.

Martín enarcó una ceja.

—¿El idioma?

Nora rio con picardía.

—Nuestro padre, el de Valeria y el mío, era irlandés. Hablábamos inglés con él.

—¿Vuestro padre y el de Malena no es el mismo? —preguntó con curiosidad antes de llevarse a la boca otro bocado.

—No, su padre falleció cuando ella era pequeña. Años después mamá se casó con papá y nacimos

nosotras.

—Ahora entiendo lo del color de vuestro pelo — comentó tirando de una de sus coletas rojas con simpatía.

—Mrs. Esterly nos ha contado que su abuela era española, aunque no nos ha dicho de qué ciudad, por eso habla castellano de esa forma tan peculiar.

Martín sonrió.

—Su abuela era vallisoletana... ¿Qué más os ha contado Mrs. Esterly? —preguntó entregándole el cuenco.

Nora lo observó arrugando la frente.

—No mucho más, teníamos que regresar para abrir la tienda... aún queda un trozo de pan y huevo —le regañó.

Martín puso los ojos en blanco antes de abrir la boca para recibir el bocado de manos de la niña.

—Eres una enfermera terrible —dijo una vez que hubo tragado.

—Ahora descanse. Lena vendrá más tarde para hacer las curas. ¿Necesita algo más?

—Un vaso de agua —dijo con rapidez.

—Ahora se lo traigo don Martín.

–Eres muy amable, Nora.

Estaba seguro que eran más de las ocho de la noche y ella aún no había aparecido. De hecho, no había vuelto a verla desde el amanecer. Martín se sentía extrañamente irritado y cuánto más tiempo transcurría más aumentaba su irritación. ¿Lo hacía aposta? Porque comenzaba a creer que su ausencia era deliberada. Durante el almuerzo Valeria le había comentado que Malena estaba muy ocupada en la sombrerería, pero ni una sola vez pasó por el taller para darle la nota de Madeline o para ver cómo se encontraba... al menos durante los intervalos de tiempo que había permanecido despierto. Cada vez que la puerta se había abierto durante el día, había esperado verla, y darse cuenta de eso, había hecho que su frustración creciese de forma desmedida en cada ocasión. Posó el antebrazo sobre sus ojos en un gesto de disgusto.

«Maldita sea», pensó.

–Siento no haber venido antes para las curas –dijo ella de pronto apareciendo por la puerta seguida de las

niñas—. Ha sido un día muy ajetreado en la tienda.

Malena posó la palangana de agua tibia sobre la mesa mientras las niñas hacían lo mismo con el jabón, las vendas y un cuenco que sin duda contenía la miel.

—No se preocupe —murmuró con gesto serio.

Ella lo miró con brevedad antes de desaparecer de nuevo tras la puerta.

—Lena regresará con su cena. Nos gustaría ayudarla con las curas, pero dice que no es apropiado —dijo Nora.

—Y es cierto, Nora. ¿Te han ayudado los vapores de eucalipto, Valeria?

—Sí, don Martín. Me encuentro mucho mejor.

—Vuelve a tomarlos antes de irte a la cama y todos los días hasta que la tos remita por completo.

—Así lo haré... Espero que mañana usted también amanezca mejor. Buenas noches, don Martín.

—Que descanse, don Martín —dijo Nora despidiéndose.

—Buenas noches niñas —murmuró viéndolas salir de la estancia.

En cuestión de minutos, Malena apareció con un plato entre las manos que dejó a un lado de la mesa.

Martín se permitió mirar su cuerpo de arriba abajo mientras ella organizaba las vendas y humedecía un paño. A pesar de la expresión de frialdad de su rostro, de la sencillez del corte de su vestido y de la simplicidad de su recogido, permanecer en la misma estancia que ella le suscitó un efecto inquietante.

—¿Le ocurre algo? —preguntó ella mirándolo de soslayo.

—No... ¿por qué?

—Parece molesto.

—No lo estoy.

Malena lo miró a los ojos frunciendo el ceño. Estaba molesto. Muy molesto. Se había dado cuenta de cómo paseaba su mirada sobre ella con gesto hosco, pero decidió ignorarlo.

—¿Le gustaría cenar antes de las curas?

—No, las curas primero.

—Como quiera.

Malena se acercó para ayudarlo a incorporarse. Luego comenzó a quitar la venda de su hombro y cuando la hubo quitado, sacó un pequeño espejo de uno de los bolsillos de su vestido para entregárselo.

—Gracias —dijo él antes de comenzar a observar la

herida a través del cristal—. Está cicatrizando bastante bien.

—Sí —afirmó ella antes de frotar el jabón sobre uno de los paños y posarlo sobre la herida—. ¿Me va a decir qué le sucede?

—No es nada.

—Si no quiere compartirlo conmigo, está bien... pero no intente engañarme —agregó.

Martín resopló. ¿Qué podía decirle? ¿Que la ausencia de su presencia lo había perturbado de una forma incomprensible a lo largo del día? ¡Claro que no!

—Estoy cansado de permanecer en la cama. Eso es todo.

—Si sigue comiendo como lo ha hecho en el almuerzo, podrá levantarse de esta cama pronto —Martín hizo una mueca cuando ella comenzó a limpiar la herida—. Páseme la miel.

Él obedeció sosteniendo el cuenco para que a ella le resultara más fácil coger la melaza.

—¿Es suficiente?

—Sí, ahora las vendas.

Martín se las pasó mirando a través del espejo cómo vendaba.

–¿Está bien así? –preguntó ella al notar que no la corregía.

–Sí –contestó él.

–Veamos su pierna –murmuró cuando hubo terminado.

Martín permaneció sentado mientras ella levantaba su pierna con cuidado. Entonces volvió a coger el espejo para examinar el corte.

–Es necesario quitar los puntos –musitó él con seriedad–. Esterilice unas tijeras y cortemos el hilo.

–¿Ahora?

–Sí –contestó sin mirarla.

–Bien –dijo ella dejando la pierna sobre el camastro con cuidado–. Vuelvo enseguida.

Martín se echó sobre la almohada esperando su vuelta. Se sentía avergonzado. Ella se sentía avergonzada. Cuanto antes cicatrizara la herida de su pierna antes podrían superar esa situación de bochorno que se establecía entre ellos.

–La he sumergido durante unos minutos en agua hirviendo –anunció a su regreso.

–Eso bastará. Sostenga mi pierna mientras corto el hilo.

Martín se concentró en la tarea ignorando el dolor. Cuando hubo retirado el hilo él mismo cubrió la herida con miel y la vendó con lentitud.

–Ha dejado de supurar –susurró con cansancio echándose sobre la almohada mientras cerraba los ojos–. Es una buena señal.

–Sí... –murmuró ella en tono queda dejando la pierna sobre la cama y cubriendo con la sábana su cintura–. ¿Se encuentra con fuerzas para cenar? –preguntó con las mejillas encendidas.

–Deme unos segundos.

Malena observó el gesto de sufrimiento de su rostro con preocupación.

–Quizá debería haber esperado unos días más para retirar los puntos.

–No... –dijo abriendo los ojos e incorporándose de nuevo–. Si tiene la amabilidad de sostener el plato yo mismo cenaré.

Malena se sentó en la mecedora para acercar el plato a su rostro.

–Si se ha enfriado demasiado puedo volver a calentarla.

Martín probó un poco de la sopa de arroz.

—No se preocupe, así está bien... Esta vez, ¿a quién debo agradecer la excelente habilidad culinaria? ¿A usted?

Malena sonrió.

—A Nora.

—Algún día acertaré —dijo esbozando una pequeña sonrisa.

Malena lo observó con curiosidad mientras él seguía comiendo en silencio. ¿Qué le sucedía? Al principio la había mirado con enfado, después con recelo, durante las curas, al igual que ella, con zozobra... sin embargo, en ese momento eludía cualquier contacto visual. Lo cierto era que ella también había evitado su presencia a lo largo del día. ¿La razón? Ni ella misma la sabía... solo había esperado reunir el valor suficiente para enfrentarse a las alocadas sensaciones que él le provocaba. Era consciente del desasosiego que experimentaba cada vez que entraba en el taller, y en esta ocasión, no había sido diferente. Irónicamente, alargar la espera para verlo había acentuado su ansiedad.

—Ya es suficiente —susurró él dejando la cuchara sobre el plato.

Malena observó la pequeña cantidad que había dejado. No lo atosigaría; había comido todo el puchero del almuerzo y por la tarde, Nora lo había obligado a tomar una manzana. Echó las vendas sucias en la palangana de agua tibia y salió del taller. Al cabo de unos minutos regresó con una bacinilla que depositó sobre la mesa. Bajo su atenta mirada acercó la lámpara para que a él le resultase más fácil apagarla, cogió el cuenco de miel, el plato semivacío y esperó unos segundos a que dijera algo, pero no lo hizo... o no quiso hacerlo.

—Aquí tiene la nota de Mrs. Esterly —musitó entregándosela después de sacarla del bolsillo de su delantal—. Buenas noches.

—Buenas noches. ¿Por qué no ha venido a verme en todo el día? —preguntó él de pronto en tono acusador.

—Vine dos veces, pero en ambas ocasiones dormía —mintió antes de alejarse.

Martín desdobló la nota observando su partida.

Hoy mismo le entregaré la carta a James. No te preocupes, seré discreta.

Con mis mejores deseos, Madeline.

Capítulo 5

Aún no había amanecido, sin embargo Martín se levantó de la cama y cogió la escoba, que el día anterior, Nora le había dejado debajo de la cama con la intención de que pudiese utilizarla como muleta. El orinal ya no era suficiente, necesitaba ir al excusado... Desplazarse hasta él se le antojó una tarea pesada y fastidiosa, pero tendría que afrontarla además, pasarse el día en la cama estaba acabando con sus nervios. Sabía que el excusado se encontraba en un patio interior junto a la cocina y pensaba llegar allí... o fallecer en el intento.

No podía descansar mucho peso en la pierna derecha si quería evitar que la herida volviese a abrirse, de modo que apoyó la escoba en su axila para probar su estabilidad, dio unos pasos, y aunque debía hacerlo con cuidado, comprobó que le permitía

conservar el equilibrio. Entonces se encaminó hacia el patio con lentitud. El trayecto de apenas unos minutos se le hizo eterno, pero finalmente cuando regresó a la cocina se sentía satisfecho. Se sentó en una de las sillas que había junto a la mesa para dejar la lámpara y recuperar el aliento. Entonces vio un libro sobre ella, lo cogió y lo abrió:

EL LIBRO DE LAS FAMILIAS. NOVÍSIMO MANUAL DE COCINA, ECONOMÍA DOMÉSTICA E HIGIENE –leyó en la portada. Pasó unas hojas–. *Contiene más de DOS MIL fórmulas de ejecución sencilla y fácil, el arte de trinchar, servir y decorar una mesa, tratados especiales de PASTELERÍA, CONFITERÍA y REPOSTERÍA, método para hacer helados, uso y composición de los vinos y licores, conservación de las frutas y legumbres, propiedades sanitarias y digestivas de los alimentos, diversas recetas y secretos de tocador para aumentar la hermosura, quitar manchas, fabricar jabones y tintas, lavado y planchado de la ropa, etc., etc., medicina doméstica é higiene para CONSERVAR LA SALUD*

y *PROLONGAR LA VIDA.*

Sonrió mientras lo ojeaba imaginándose a las niñas decidiendo los platos que le prepararían para ayudarlo a recuperar la salud. Volvió a dejarlo sobre la mesa y luego, dedicó unos minutos a observar la estancia, sin duda aquella casa había pertenecido a una familia de clase pudiente por la dimensión de las habitaciones. El patio interior era grande en comparación con otros que conocía de familias adineradas, allí se ubicaba el excusado, una pila de piedra y una cubeta de madera para la colada, varios barreños de menor tamaño y todo tipo de útiles para la limpieza de una casa. Al fondo, y alejadas de la entrada a la cocina y el excusado se habían dispuesto, de un lado a otro de la pared, seis cuerdas de las que colgaban ropas femeninas. Después de respirar el olor a jabón de lejía mezclado con el aroma a hierbas había decidido tomar un baño. Había abierto la puerta de uno de los armarios situados junto a la pila y rebuscado entre las barras de jabón hasta encontrar una con olor a lavanda, acto seguido había regresado a la cocina. Ahora, observando la bañera de cobre y midiendo las

pocas fuerzas que le restaban, no tenía la menor idea de cómo hacerlo solo... de modo que tendría que esperar a que Malena o alguna de las niñas aparecieran. La cocina era amplia, cómoda y estaba limpia. Disponía de buena ventilación y tenía una chimenea de la que colgaba un caldero enorme para calentar el agua destinada al baño, un fregadero en forma de cilindro que contenía un secadero y escurrido, un hornillo con su correspondiente ventilador para encenderlo y un asador con su rueda. A lo largo de las paredes había marcos de los que colgaban cacerolas de diversos tamaños, pucheros, tarteras, parrillas, sartenes, cazos, ollas, pies de hierro para colocar las cacerolas calientes, coladores, tamices de crin, cucharones y cucharas de madera para diferentes objetos, espumaderas, cuchillos... A un lado de la pared se situaban dos armarios de madera, de paredes gruesas y altura proporcionada, divididos en tres compartimentos en los que sin duda se almacenaban las viandas, y otro más pequeño que contendría la batería de cocina que no se pudiese suspender. Sobre este último, había varias tablas de madera, un cilindro para tostar café, un molinillo para

el mismo y un molinillo para la pimienta. Al otro lado, había otro armario dividido por medio de unos cajones donde se recogerían los cubiertos, en el primer compartimento, y a través del cristal de sus puertas se adivinaba la vajilla, vasos, varios frascos y botellas, vasijas, coberteras, una huevera, mortero y almirez con su mojadero, cajas y botes de hoja de lata con tapa de charnela para la sal, pimienta, especias, azúcar, harina... En el centro de la estancia se hallaba la enorme mesa de madera cuadrada con seis sillas a su alrededor, y sobre ella se posaba un frutero que contenía varias manzanas. Martín apagó la lámpara cuando la tenue luz del amanecer comenzó a filtrarse a través de la persiana de la ventana que daba al patio. Se fijó en la hora que marcaba el reloj de cocina colgado junto a uno de los marcos. Las siete menos diez...

—¡Jesús! —exclamó Malena al abrir la puerta—. ¿Está usted loco? —preguntó recuperándose del susto al verlo—. ¿Y la herida de su pierna?

—Sigue estando en el mismo lugar —contestó en tono jocoso.

Malena lo miró con tosquedad, observando su

cuerpo de constitución delgada, pero fibrosa. El vello de su pecho cubría la parte superior de su torso y descendía en una delgada línea por su vientre hasta perderse entre la cintura de los calzoncillos... Se acercó a él para echar sobre sus hombros el mantón de manila que ella llevaba. Martín se envolvió en el mantón antes de dedicarle una sonrisa de agradecimiento, aunque no hacía frío, a esa hora de la mañana el aire aún era fresco y él estaba semidesnudo. Después la miró con atención. Estaba preciosa; decentemente ataviada con un vestido formado por cuerpo y falda de tafetán de lino color añil con pequeños motivos florales en color blanco. El cuerpo, con escote cuadrado y manga al codo, se ajustaba a su torso hasta llegar a las caderas donde la falda, larga y con cola, se tableaba en el delantero... sin embargo, aún no se había recogido el cabello, y una gruesa trenza descendía sobre su pecho hasta la cintura.

—¿Cómo ha llegado hasta aquí la escoba? — preguntó ella volviéndose para coger un cazo de uno de los marcos y un delantal que se puso de inmediato.

—A Nora se le ocurrió que podría servirme como

muleta...

Malena lo miró con brevedad mientras sacaba una jarra de agua de uno de los armarios para verter parte del líquido en el cazo.

—¿Se le ocurrió o alguien la indujo? —Martín se encogió de hombros con inocencia. Desde luego la idea había partido de él, pero no pensaba confesar su culpabilidad—. ¿Qué buscaba en la cocina?

—En realidad, en la cocina nada... necesitaba hacer uso del excusado.

—¡Oh! —exclamó ella soliviantándose.

—Después decidí quedarme aquí para darme un baño.

—No puede mojarse la pierna —comentó encendiendo el hornillo y poniendo el cazo de agua a calentar.

—Sí que puedo, siempre y cuando limpie la herida de inmediato.

—Está bien. Usted es el médico —agregó Malena acercándose a la chimenea para encender la leña—. Conservo el resto de su ropa. Está limpia, aunque aún no he tenido tiempo de coser el jirón de su pantalón —dijo disculpándose.

Martín sonrió al ver el sonrojo de sus mejillas.

—No se inquiete, servirá igual —murmuró contemplándola coger un tarro de miel y un par de limones de uno de los armarios, extraer el jugo mediante el prensa-limones sobre un vaso, coger la miel con una cuchara y depositarla en el vaso con el jugo de limón. Luego echó un poco de agua y removió todo el contenido antes de entregarle el vaso.

—Bébaselo mientras preparo el desayuno. Las niñas no tardarán en bajar.

—Gracias... aunque hoy preferiría un café —comentó con una constante sonrisa bailando en sus labios.

—¡Don Martín! —exclamó Nora con sorpresa al entrar en la cocina trezándose el cabello—. ¡Ha utilizado la escoba!

—Buenos días, Nora. Sí... tuviste una idea maravillosa —dijo guiñándole un ojo con complicidad.

Nora sonrió devolviéndole el guiño.

—Buenos días, Lena. He escuchado al aguador al principio de la calle.

—Buenos días, Nora. Saldré enseguida —Malena echó unas onzas de chocolate en el agua hirviendo—.

Remuévelo hasta que espese –dijo entregando la cuchara de madera a la niña mientras Valeria aparecía por la puerta.

–¡Don Martín! Se ha levantado.

–Buenos días, Valeria. Sí, hoy he amanecido mucho mejor... ¿Y tú?

–También... apenas toso, pero de todas formas, tomaré los vapores de eucalipto más tarde –dijo cogiendo un plato y un trozo de pan del día anterior–. Lena el aguador está en nuestra calle.

–Ya voy –dijo Malena saliendo de la estancia.

Valeria se sentó junto a él y comenzó a desmigajar el pan.

–¿Va a desayunar con nosotras? –preguntó Nora sin dejar de remover el chocolate.

–Espero que sí, cuando me tome este vaso de limón con miel.

–Estoy muy contenta de verlo tan recuperado esta mañana –agregó.

Martín sonrió a la niña.

–Nora, cuando esté el chocolate, pon una sartén con aceite para hacer los picatostes –pidió Valeria sin dejar de desmigajar el pan.

–Enseguida... ¿querrá una taza de chocolate, don Martín?

Martín lo pensó durante unos segundos mientras el delicioso olor se expandía por la cocina.

–Si no es mucha molestia, preferiría un café.

–No es molestia, además Lena también toma café.

–Pues café entonces.

En cuestión de minutos, Nora apartó el cazo y cogió del armario de puertas acristaladas una jícara en la que vertió el chocolate líquido que posó sobre la mesa. Tomó una pequeña sartén, echó un poco de aceite y la puso al fuego antes de coger el plato de migas de pan que Valeria le tendió para freírlas. Martín observó la eficacia con la que trabajaban las niñas. Mientras Nora hacía los picatostes, Valeria cogió cuatro tazas, cuatro cucharas y las dispuso frente a cada silla, buscó el azucarero y le llevó a Nora una pequeña fuente que esta utilizó para volcar los picatostes. Después, utilizó el molinillo de café para moler un puñado de granos tostados. En ese momento, Malena volvió portando una tinaja de agua que volcó en el caldero de la chimenea. Martín contempló en silencio el trabajo de las mujeres. Malena preparó la

cafetera con los granos de café triturados y la puso al fuego mientras Nora cortaba grandes rebanadas de pan del día anterior para tostarlas en otra sartén y Valeria desaparecía por una puerta lateral.

—¿Qué hay ahí? —preguntó con curiosidad.

—Antaño era una pequeña bodega, ahora la utilizamos para conservar alimentos por ser la zona más fría de la casa —dijo Lena antes de que Valeria regresara con un platillo cubierto por una servilleta de hilo que contenía mantequilla.

Entonces Nora sirvió las rebanadas de pan, Valeria cogió un par de cuchillos de untar y antes de que Martín se diese cuenta Malena estaba sirviendo el café mientras las niñas tomaban asiento junto a él.

—Lo siento, pero el lechero aún no ha pasado y no nos queda leche —se disculpó Malena.

—No se preocupe, me gusta solo.

—Anoche puse a remojo garbanzos, así que hoy almorzaremos potaje —dijo Nora, de pronto—. ¿Qué le parece si preparo arroz con leche para el postre, don Martín? ¿Será capaz de comerlo todo?

—Se me hace la boca agua —dijo con sorna.

Las niñas rieron sirviéndose el chocolate al que

añadieron varios picatostes mientras Malena endulzaba su café y untaba varias tostadas con mantequilla ofreciéndole una.

El desayuno se hizo rápidamente en un ambiente relajado, aunque animado por la constante cháchara de Nora. Martín no recordaba cuánto tiempo hacía que no desayunaba en un entorno así, rodeado de caras sonrientes que departían sobre los quehaceres del día mientras respondía alguna que otra pregunta o aportaba algún comentario a la conversación... Por lo general, él comía solo, casi sin prestar atención a lo que tomaba a la par que ojeaba un periódico antes de dirigirse a su dispensario o comenzar con la rutina de visitas a los pacientes que no podían desplazarse hasta su consulta.

–Mientras se baña, aprovecharé para cambiar las sábanas y airear el taller –anunció Malena levantándose de la mesa.

Las niñas la imitaron y la actividad comenzó de nuevo. Martín las observó recoger la mesa con premura, después Nora comenzó a fregar los cacharros mientras Valeria desaparecía para volver con sus ropas y varias toallas que posó sobre la mesa.

Segundos más tarde, arrastró la bañera hasta dejarla cerca de la chimenea, y casi de inmediato, ambas cogieron unos jarros de uno de los armarios y comenzaron a llenarla sacando el agua caliente del caldero. Al regreso de Lena casi lo habían vaciado, entonces esta fue al patio, volvió con un barreño de agua fría que fue echando lentamente en la bañera mientras Nora probaba su temperatura y Valeria desaparecía de nuevo para regresar con vendas limpias para las curas.

—Su baño está preparado —dijo Lena colocando una silla junto a la bañera sobre la que puso las toallas y la barra de jabón que él había traído—. Vamos niñas.

—Gracias —musitó agradecido viéndolas marchar.

Martín esperó unos segundos antes de ponerse en pie. De pronto, tomarse un baño se le antojó un auténtico placer que debía disfrutar. Se quitó el mantón que se había anudado sobre el torso, se levantó y caminó con lentitud hacia la bañera apoyándose en la escoba. La colocó junto a la silla, se deshizo de los calzoncillos, los echó al fuego de la chimenea y se introdujo con cuidado en la tina suspirando de gozo al sumergirse en el agua. Hundió la cabeza unos

segundos y permaneció con los ojos cerrados saboreando ese momento de intimidad. Entonces tomó la barra de jabón y comenzó a frotar su cuerpo y el cabello con vigor. Se enjuagó con rapidez sintiendo la tentación de permanecer unos minutos más en el agua, pero al pensar en el riesgo que suponía quedarse más tiempo del necesario, se puso en pie; la suciedad del agua podía infectar sus heridas. Salió de la bañera de mala gana, se lio en una de las toallas y se sentó frente a la chimenea mientras se pasaba una toalla de menor tamaño por el cabello y la barba; hubiera jurado que el pelo le había crecido cinco centímetros. Cuando se hubo secado por completo, se permitió un momento de quietud frente al fuego. Se sentía algo fatigado por el esfuerzo... ¡pero Dios, definitivamente había merecido la pena!

—Don Martín, ¿ha acabado? —escuchó decir a Nora a través de la puerta.

—Dame unos minutos más, Nora —respondió—. He de vendar la pierna.

Martín se anudó la toalla a la cintura y caminó hasta la mesa con la pequeña toalla en la mano derecha, la extendió sobre la mesa, se sentó en una de

las sillas y entonces elevó la pierna apoyando el pie en el filo del mueble sobre la toalla. Observó la herida con detenimiento y esparció la miel sobre la misma antes de comenzar a vendar sin forzar el hombro izquierdo. Cogió sus pantalones, se los puso y contempló la venda a través del jirón de la tela de su pantalón... Sería más práctico cortar la pernera para facilitar las próximas curas.

–Puedes pasar, Nora –dijo elevando la voz.

–Huele bien –añadió con sorna la niña sacándole la lengua al entrar.

Martín sonrió avergonzado.

–Lo sé.

La niña rio ante su bochorno.

–No era tan desagradable don Martín, de ser así no le habríamos dejado desayunar con nosotras.

–¡Nora! no te burles.

–Avisaré a Lena para que le ayude a vendarse el hombro –dijo sonriendo antes de salir.

Casi al instante Malena entró en la cocina portando entre las manos un pequeño estuche.

–He pensado que también le gustaría afeitarse –dijo entregandoselo.

Martín lo observó con estupor. No cabía duda de que era nuevo. ¿Lo había comprado para él? Lo abrió con manos inquietas como si fuera un niño desenvolviendo un juguete. Ella sonrió ante su asombro contemplando con diversión como sacaba del estuche los útiles de afeitar para disponerlos sobre la mesa; una brocha de afeitar de pelo de jabalí y mango de madera, una lata ovalada de jabón suave, la navaja, un bálsamo para después del afeitado y una botellita de agua de colonia que destapó para oler su aroma almizclado. Probó la navaja y cuando sus miradas se encontraron Martín se ruborizó apabullado por el detalle.

—No sé qué decir...

—¿Le gusta?

—Sí, muchas gracias Malena... no ha debido molestarse —acertó a murmurar.

Ella sonrió ante su congoja.

—Las niñas insistieron en que necesitaba un afeitado —dijo cogiendo la miel para aplicarla sobre su hombro.

—Lo compraron después de visitar a Madeline, ¿verdad?

—Sí—respondió ella cubriendo de melaza su herida.

Martín le dedicó una mirada de fingida indignación.

—Nora me dijo que se habían retrasado en el mercado.

Malena rió.

—Querían que fuese una sorpresa —confesó comenzando a vendar—. Levante un poco el brazo —le pidió para pasar la venda.

—Desde luego lo ha sido.

Al acabar, Malena sacó un espejo de mano de su delantal, llenó una pequeña vasija de agua y la dejó sobre la mesa junto a los útiles de afeitado.

—¿Podrá hacerlo solo?

—Creo que sí.

Ella se quedó mirando mientras él humedecía la brocha y la enjabonaba antes de pasarla por su cuello y el rostro. Entonces cogió el espejo, sin embargo cuando fue consciente de que no podría elevar el brazo izquierdo a la altura deseada lo posó en la mesa con el ceño fruncido. Se acercó hasta ver su imagen reflejada en el cristal, cogió la navaja, la hundió en el agua y la acercó a su cuello, pero ante el temblor de su mano, se detuvo. Los esfuerzos de ese día comenzaban a pasarle factura y estaba convencido de que se cortaría

a la primera pasada. Malena lo escuchó refunfuñar algo por lo bajo cuando hizo un segundo y fallido intento.

—¿Quiere que lo haga yo?

—¿Alguna vez ha afeitado a un hombre? —preguntó con desconfianza. Si tenía que recibir cortes durante el afeitado, prefería recibirlos de él y verlos venir... quizá, con suerte, pudiese evitarlos.

—No... —confesó sonrojándose por la implicación de la pregunta—, pero tampoco había curado a uno y aquí está. Vivito y coleando —dijo a la defensiva cruzándose de brazos.

Él intentó contener una sonrisa sin mucho éxito.

—Tiene razón —dijo ofreciéndole la navaja sin pensarlo.

—Vuélvase —ordenó ella al cogerla.

Martín se volvió apoyando la espalda en el filo de la mesa. Ponerse en manos de una mujer que jamás había utilizado una navaja de afeitar era una temeridad, cuanto menos.

—Proceda —dijo recriminándose su imprudencia en silencio, aunque ya no podía echarse atrás sin parecer un cobarde.

Malena se puso en jarras observándolo con exasperación.

—Lo haré cuando deje de mirarme como un cordero a punto de ser degollado.

Él resopló, cerró los ojos en un auténtico acto de fe y esperó preguntándose cuánto tiempo le tomaría a ella percatarse de la postura más cómoda para afeitarlo. A él solo se le ocurría una; entre sus piernas. Abrió los ojos para verla. Sí, al parecer ella se había dado cuenta. El rubor de sus mejillas se había intensificado. Volvió a cerrarlos mientras abría las piernas y mantenía las rodillas separadas. La invitación no podía ser más directa. Malena apenas vaciló. Se puso a un lado, y de forma tranquila, ladeó su rostro evitando meterse en el hueco de sus piernas.

«*Touché*», pensó él con diversión.

Martín sonrió con picardía mientras mantenía los ojos cerrados.

—Estese quieto... o lo cortaré.

Malena se sintió invadida por un sentimiento bochornoso que le hizo experimentar un hormigueo en la yema de los dedos. Todo por él, desde luego. Ella volvió a pasar la brocha por su cuello y la barbilla, mojó

la navaja como había hecho él con anterioridad, y la puso en la base del cuello.

Él evitó tragar saliva, incluso evitó inhalar aire al sentir como el instrumento se deslizaba con lentitud por su piel hasta llegar a la mandíbula. Ella volvió a enjuagar la navaja y él aprovechó para respirar. Cuando sintió una nueva y lenta pasada se relajó. No lo hacía del todo mal. Las caderas femeninas lo rozaban de vez en cuando. No lo hacía adrede; lo sabía porque cuando sus cuerpos entraban en contacto ella se apartaba con rapidez; como si su simple roce la quemase... También sentía su agitada respiración sobre su rostro. Abrió los ojos para mirarla, pero estos se negaron a apartar la vista del magnífico contorno de sus senos. Cuando Malena se dio cuenta de la dirección de su mirada, le volvió la cabeza para afeitarle el otro lado. Entonces fue él quien comenzó a inspirar con fuerza. Tenerla tan cerca, oler su suave aroma a flores, sentir su respiración... y saber que ella no era consciente de su excitación era más de lo que un hombre con sangre en las venas podía resistir.

Malena terminó de afeitarlo casi con urgencia, cogió la pequeña toalla húmeda de la mesa y se la pasó

para que se limpiara los restos de la espuma del jabón mientras depositaba la vasija en el fregadero. Él se frotó la cara, el cuello y el pecho sin apartar los ojos de su silueta.

—Gracias.

Ella se volvió dedicándole una forzada sonrisa. El ambiente se había enrarecido y necesitaba poner distancia entre ellos. Quería salir de ahí.

—No hay de qué...—musitó dirigiéndose a la puerta.

—¿Me haría un último favor?

Ella se retorció las manos en el delantal.

—¿Qué?

—¿Me echaría el bálsamo? —dijo con voz suave apresando su mirada.

«Niégate. No lo hagas», se ordenó ella.

Malena se acercó con reticencia sintiéndose como una polilla acercándose a una llama. Cogió el pequeño bote, lo abrió, extendió el líquido de textura cremosa entre sus manos y comenzó a aplicarlo sobre su cuello. Ella tragó saliva. Ascendió hasta su mentón, sus mejillas... Se humedeció los labios. Entonces el verdor de la mirada masculina se intensificó sobre la ambarina mientras ella luchaba contra el deseo de pasar sus

dedos por el húmedo cabello ensortijado. Martín cerró los ojos y apoyó la mejilla en su mano en un intento de prolongar la caricia. Malena se sorprendió ante el gesto y apartó sus manos, pero sin previo aviso, deslizó sus dedos por las hebras de su cabello. Martín sintió cómo se le secaba la boca, casi podía escuchar el fuerte palpitar de su corazón, la miró fijamente y, acto seguido, se incorporó rodeando su cintura para acercar su cuerpo al suyo. Malena se quedó sin aliento al notar el contacto del cuerpo masculino, sin embargo lejos de impedir el abrazo, elevó el rostro con inseguridad cuando él se inclinó buscando sus labios...

—¿Lena? —la llamó Nora desde el pasillo—. Ya hemos abierto la sombrerería —anunció mientras se acercaba a la cocina.

Malena parpadeó alarmada, se apartó con brusquedad y huyó con rapidez de la habitación.

La puerta se abrió de repente y Nora asomó la cabeza por ella.

—¡No haga ruido! Viene el señor Ferrer —dijo antes de volver a cerrarla con rapidez.

¿El señor Ferrer? ¿Quién diantres era ese hombre? Martín escuchó la voz de un desconocido sin apenas entender lo que decía. Entonces con cuidado, se levantó de la cama y se acercó a la puerta de la trastienda para agudizar el oído.

Malena saludó al hombre cuando este entró en la sombrerería, no imaginaba a qué podía deberse su visita puesto que ese mes ya había pagado el alquiler. El hombre tendría unos treinta y tantos años, era alto y de constitución robusta. Se quitó el sombrero al entrar y paseó la mirada por la tienda de un modo que a ella le pareció irritante.

—Señorita Villalba —dijo a modo de saludo—. ¿No es un poco tarde para permanecer con la sombrerería abierta?

—He tenido clientela hasta última hora. Me disponía a cerrar cuando vi que se acercaba por la calle. ¿En qué puedo ayudarlo?

—He recibido una misiva del señor Espinosa con la orden... —contestó mientras miraba por encima de su hombro al escuchar un ruido—. ¿Qué ha sido eso?

—Las niñas —murmuró ella con nerviosismo.

El hombre la observó con recelo antes de tomarse

la licencia de abrir la puerta del mostrador y entrar en la trastienda.

Valeria levantó la vista con desconcierto. Se encontraba sentada cortando una cinta de encaje para un sombrero que sostenía sobre las piernas.

–Buenas noches, don Ramón –murmuró la niña con educación.

–Buenas noches... –dijo paseando la mirada por la trastienda.

En ese momento Nora entró por la puerta lateral, sorprendiéndose ante su presencia.

–Buenas noches, don Ramón –masculló con cara de pocos amigos.

El hombre sonrió con fastidio.

–Buenas noches, Nora. Veo que sigues tan sonriente como siempre. ¿De dónde vienes? –preguntó en tono casual.

–De la cocina, la cena está preparada y venía a avisar a mis hermanas.

–Bien...Comenzad a cenar sin Malena. Debo tratar unos asuntos con ella –dijo con autoridad.

Las niñas miraron a su hermana antes de que esta asintiera con brevedad. El hombre comenzó a pasearse

por la trastienda tocando las telas mientras la observaba de soslayo. Era bonita; sus caderas se habían rellenado y su busto había aumentado ostensiblemente en los últimos tiempos... y lo más importante, estaba sola.

—¿Qué orden? —preguntó Malena con un gesto de impaciencia una vez que volvieron a estar a solas.

—Ha decidido subirle el alquiler, considera que su padre era demasiado generoso con ustedes.

—¿Cuánto más? —preguntó ella conteniendo su indignación—. ¿La suma de ciento cincuenta pesetas no le parece suficiente?

—No, ha aumentado la cantidad en cincuenta pesetas más.

—¿Cómo? —Malena lo miró boquiabierta.

—A partir del mes entrante el arrendamiento será de doscientas pesetas —explicó con calma, casi con satisfacción al adivinar el pánico tras su mirada—. Si no puede pagar tendrá que marcharse, aunque yo podría ayudarla siempre y cuando llegásemos a un acuerdo... satisfactorio —agregó mirándola de arriba abajo con descaro.

Malena contuvo el deseo de abofetearlo. No era la

primera vez que recibía ese tipo de insinuaciones por su parte, pero nunca antes había sido tan explícito.

–Pagaré el arrendamiento como de costumbre –dijo enfrentándose a su mirada.

El hombre se acercó al tiempo que ella echaba un paso atrás.

–Veremos durante cuánto tiempo –murmuró sonriendo–. Tengo entendido que desde el fallecimiento de su madre las ventas han descendido, además tiene a su cargo a las gemelas...

–He dicho que pagaré –lo interrumpió con firmeza–. Si es tan amable, he de cerrar ya –dijo invitándolo a salir.

El hombre la miró con obscenidad.

–Me gusta su soberbia. Piense en mi propuesta, haría bien en no descartarla sin más. Buenas noches –agregó con socarronería volviendo a ponerse el sombrero.

Malena lo siguió hasta la puerta, la cerró, echó la llave, corrió las cortinas de las ventanas que hacían de escaparate y apagó las lámparas. Entonces se apoyó en el mostrador sintiendo la rigidez de su cuerpo. ¿Cómo iba a reunir tal cantidad si ya se le hacía difícil

pagar la cifra acordada cada mes? Habían sobrevivido esos dos años, en gran medida, gracias a los ahorros de su madre y a la exhaustiva administración que había hecho de ellos, pero casi se habían agotado. El aumento de pedidos de arreglos había incrementado sus ingresos, sin embargo no serían suficientes... El pavor la inundó mientras un hondo sollozo surgía de su garganta. Intentó detenerlo, sin embargo al hacerlo los ojos se le llenaron de lágrimas. Detestaba a ese hombre, lo había detestado desde siempre, pero darse cuenta de que sería capaz de acceder a sus deseos por el bienestar de sus hermanas hizo que se sintiese sucia. Entonces ya no pudo contener el llanto por más tiempo, surgió silencioso, casi mudo... e incontrolable.

Martín esperó unos minutos. Sentía unos deseos inimaginables de estrangular a ese miserable mientras la furia corría por sus venas a raudales. Apenas había podido dominar el impulso de salir y... Apretó la mandíbula con rabia. ¡Si ese hijo de perra se atreviese a ponerle una mano encima a Malena...! Escuchó una vez más a través de la puerta. Silencio. Esperó unos minutos más; sin embargo, ante la impaciencia de saber lo que sucedía, abrió la puerta. Se sentía a punto

de estallar mientras sujetaba con fuerza la escoba. Atravesó la trastienda y llegó a la sombrerería en penumbra. Malena le daba la espalda apoyada en el mostrador.

—¿Quién diablos es ese malnacido? —siseó con irritación—. ¡Si vuelve por aquí juro por Dios que le meteré una bala entre los ojos!

Ella no dijo nada, no se movió, ni siquiera se sobresaltó con su llegada... Martín se acercó y la obligó a volverse, pero ella inclinó el rostro hacia un lado. Entonces sujetó su barbilla y la levantó a pesar de su reticencia. Notó la humedad de su piel incluso antes de ver los ojos cargados de lágrimas que no dejaban de manar por sus mejillas.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó con agresividad mal contenida.

—Nada —susurró esquivando su mirada.

Ella se apartó esperando que la dejara, pero él no se marchó. La abrazó, la abrazó tan fuerte que le fue imposible deshacerse de su abrazo.

—No voy a permitir te ponga una mano encima. Te lo juro, Malena. Nunca —le prometió en voz baja.

Entonces ella se rompió. Sabía que él se marcharía

cuando estuviese recuperado, que no debía esperar que se quedara ni que cumplierse la promesa de esas palabras, pero hacía tanto tiempo que estaba sola, que luchaba sola, que no compartía sus pesares o mencionaba sus preocupaciones... Hacía tanto que nadie la abrazaba. Se aferró a él. Rodeó su cintura hundiendo el rostro en su pecho y lloró. Lloró como no se había permitido hacerlo antes.

Valeria contempló la escena con preocupación desde la puerta. Malena sollozaba sin control mientras don Martín la sostenía con firmeza susurrando suaves palabras en su oído. Entonces él levantó la vista y la vio. Valeria puso un dedo sobre sus labios en una muda súplica. Él asintió con la mirada. Al volver a la cocina le dijo a Nora que todo estaba sucediendo tal y como Levi le había anunciado.

Capítulo 6

El día de San Antonio amaneció soleado y caluroso. Martín se levantó, fue al excusado y se aseó en el patio con agua helada. A la vuelta, tostó un puñado de granos de café, los trituró con el molinillo y preparó la cafetera, luego vertió agua en un cazo y esperó unos minutos a que hirviera para echar las onzas de chocolate. Era una rutina que se había habituado a hacer antes de que Malena o las niñas bajasen. Tenía el hombro prácticamente curado, y aunque cojeaba, desde el día anterior había empezado a prescindir de la escoba para caminar. Se sentía con energía, comía con apetito y sus fuerzas se habían restablecido casi por completo. Colaboraba con Nora en las tareas de la casa e incluso se había atrevido a cocinar con ayuda de la niña mientras Valeria y Malena atendían la sombrerería o trabajaban en el taller. Se sentía útil,

apreciaba los momentos de risas con las niñas y disfrutaba las conversaciones con Malena. Ninguno se había atrevido a mencionar lo ocurrido en la cocina después de su afeitado, no obstante su relación de amistad se había fortalecido después de la desagradable visita del señor Ferrer. Por las tardes echaba siesta por estricta orden de Nora, y cuando despertaba, Valeria le prestaba su pequeño bastidor y bordaba... Cabeceó con confusión. Aún no sabía cómo había sucedido aquello. Recordó haberle comentado a la niña cuánto se aburría por las tardes mientras ellas trabajaban, y casi sin darse cuenta, se había visto con su bastidor entre las manos al tiempo que ella le instruía en el arte del bordado. Al principio la tarea no le complació demasiado, pero no quiso disgustar a Valeria negándose a aprender, sin embargo, con el correr de las horas, la experiencia resultó ser entretenida... Frunció el ceño al pensar que al día siguiente no estaría allí. Ignoraba cuándo aparecería James, pero conociendo su sentido de la puntualidad era muy probable que llegara a primera hora del día. Martín comenzó a remover el chocolate haciendo caso omiso a la congoja que le oprimió la

garganta. No es que se fuese a ir para siempre. Cuando atraparan a los maleantes que lo habían atacado y todo se solucionase volvería. ¿Volvería? Suspiró con desconcierto. Desde luego no iba a dejar a Malena a merced de ese desgraciado que quería aprovecharse de ella... le hirvió la sangre al pensarlo. Él mejor que nadie conocía la situación de las mujeres que accedían a los chantajes sexuales por el bienestar de sus familias, así como el desprecio al que se veían sometidas por parte de la sociedad. Paseaba a diario por las calles en las que esas mujeres ofrecían sus servicios; calles de míseras tiendas, fachadas desconchadas, letreros innobles, puertas agrietadas, rótulos de torcidas letras y faroles de aceite que amenazaban con caerse... La sola idea de pensar que Malena acabase en un lugar así o imaginarla accediendo al acoso de ese depravado tendida en la cama mientras la manoseaba a su antojo lo llevaba al borde de la locura...

Cerró los ojos intentando distinguir la emoción que se agitaba en su interior. ¿Rabia? ¿Furia? ¿Celos? ¿Todas ellas?

Maldita fuera su estampa, antes de conocer a

Malena su existencia era tranquila, apacible, sin sobresaltos en su ánimo, adecuada a sus necesidades profesionales y relativamente ordenada... Sin embargo, ahora tenía un sinfín de pensamientos en constante y encarnizada lucha, que lo hacían pedazos sin piedad. Apartó la cafetera del fuego cuando comenzó a silbar y siguió removiendo el chocolate.

—El chocolate está ya —dijo ella sobresaltándolo—. Buenos días —dijo anudándose el delantal.

—Buenos días —respondió apartando el cazo del fuego para verter su contenido en la jícara.

Martín la observó con curiosidad un instante después. Tenía ojeras y la mirada triste. ¿Lo sabría? ¿Sabría que se marcharía? ¿Lo sospecharían las niñas? Claro que sí, durante la cena de la noche anterior habían estado más calladas de lo usual.

—Se va hoy, ¿verdad? —preguntó ella de repente sorprendiéndolo con una sonrisa resignada.

—Sí —afirmó en voz baja.

Malena le devolvió la mirada con expresión sombría antes de comenzar a desmigajar el pan del día anterior para preparar los picatostes. Sería su último desayuno juntos... Un gran peso se instaló de pronto en su

corazón. Esa pesadumbre no tenía nada que ver con el hecho de que no le molestara tenerlo en la casa, ni con que le gustara escuchar el sonido de su voz o verlo en la cocina cada mañana, no tenía nada que ver con la ternura que sentía al ver el modo en el que bromeaba con sus hermanas, ni con la diversión que experimentaba ante sus intentos de aprender a cocinar, ni con que le gustara contemplar el modo en el que fruncía los labios cada vez que cogía el bastidor de Valeria para bordar... No, desde luego no tenía nada que ver con las mariposas que volaban en su estómago cuando sus miradas se cruzaban, con la habilidad que tenían sus sonrisas para alterar el ritmo de su corazón o con el modo en el que se le erizaba la piel cuando sus pieles se rozaban... Malena cerró brevemente los ojos con fuerza.

—No se lo diga a las niñas aún —musitó escuchándolas bajar.

Él asintió con la mirada.

—Buenos días, don Martín —corearon al unísono al entrar en la cocina.

—Buenos días —dijo sentándose mientras el ritual de cada mañana comenzaba.

Valeria colocó las tazas, los cubiertos y la mantequilla sobre la mesa. Malena terminó de preparar los picatostes y Nora tostó varias rebanadas de pan.

Desayunaron con rapidez, recogieron la mesa y se dispusieron a hacer las tareas diarias como de costumbre. Malena y Valeria fueron a abrir la sombrerería, Martín comenzó a fregar los cacharros y Nora empezó a barrer el suelo.

—¿Qué te sucede, Nora? Esta mañana estás muy callada.

La niña continuó barriendo antes de mirarlo con ojos húmedos.

—¿Se marchará hoy?

Martín suspiró al ver la emoción en su rostro.

—Sí.

—¿Por qué?

Martín dejó los cacharros, se secó las manos con una servilleta y se acercó a ella.

—Nora, si se supiese de mi presencia en esta casa sería desastroso para vuestra reputación... especialmente para la de Malena. Sin duda sabes eso.

—Lo sé, pero es que... lo echaré tanto de menos —dijo antes de que las lágrimas corriesen por sus

mejillas.

Martín respiró con lentitud sometiendo la emoción que lo inundó.

–Yo también –dijo desarmado.

Entonces la niña soltó la escoba y salió corriendo de la estancia.

–Yo también, Nora... –musitó para sí dejándose caer en la silla lleno de frustración.

El hombre que entró en la sombrerería hizo que Malena pestañeara con incredulidad. Miró a Valeria, y al parecer, tampoco la niña fue inmune a la presencia masculina, pues lo observaba con el mismo gesto de impresión que, estaba segura, exhibía en su propio rostro. Jamás había visto un hombre tan apuesto. Era delgado, alto, aunque no demasiado, su cabello se ondulaba sin llegar a rizarse, y era de un castaño oscuro con reflejos rojizos que se parecía bastante al de sus hermanas; aunque en ellas el reflejo cobrizo era más pronunciado. Las facciones de su semblante eran duras, de marcada mandíbula y nariz recta; firmeza, que lejos de restarle atractivo lo acentuaba, a pesar de

su seriedad, pero sin duda, la particularidad de su rostro radicaba en el color de sus ojos grises que contrastaban con el tono aceitunado de su piel y su cabello rojizo. Vestía un traje de ropas humildes, aunque respetables, y portaba una pequeña maleta en la mano. Se quitó el sombrero al entrar con educación.

–Buenos días –dijo con un tono de voz sereno, casi autoritario mientras observaba la sombrerería y se acercaba al mostrador.

–Buenos días –repitió Malena.

–¿Dónde está? –preguntó sin rodeos abriendo la mano para mostrarle la cadena con la cruz de Caravaca de Martín.

Malena lo miró con desconfianza. Ese hombre bien podía ser un impostor.

–¿Cómo se llama?

James levantó una ceja ante su pregunta.

–¿Quién?, ¿Él o yo? –preguntó con altanería.

–Usted –contestó ella con rapidez.

–James –dijo con el rostro impassible.

–¿Y él? –volvió a preguntar ella con osadía para cerciorarse de que era quién decía ser.

El hombre sonrió ante la suspicacia de la mujer. Le

gustó. Denotaba cierta estima por Martín y su bienestar.

—Martín... Melgar de Alcázar, para más señas. Escribió una misiva que usted entregó a Mrs. Esterly. Quiero verlo ahora —añadió con arrogancia y cierta ansiedad.

Malena tardó solamente unos segundos en decidir si confiaba en él.

—Acompaña al señor Valeria —dijo abriendo la puerta del mostrador para dejarlo pasar al interior.

—Sígueme, por favor —dijo la niña recuperada ya del efecto que le había suscitado la apariencia del hombre.

James siguió a la niña hasta una habitación llena de todo tipo de telas, pieles, cintas y encajes... Observó las dos puertas que había en la estancia, una lateral y otra al fondo. La niña se dirigió a la del fondo y la abrió, pero se volvió al instante.

—No está en el taller —le explicó abriendo la puerta lateral e invitándolo a pasar—. Estará en la cocina ayudando a Nora a limpiar.

James la miró con algo parecido al escepticismo... o eso le pareció a Valeria.

—¿A limpiar dices?

—Sí, siga por el corredor. La cocina se encuentra al final.

—¿No me acompañas?

—No será necesario, don Martín estará allí.

—Gracias, Valeria —dijo el hombre antes de que la niña cerrara la puerta y lo dejara a solas en el oscuro pasillo.

Caminó con resolución hacia la puerta situada al final del corredor por la que se adivinaba una gran claridad. Como le había indicado la niña Martín se encontraba allí, sentado junto a la mesa de la cocina... se detuvo un instante ante el impacto de la vista de los hematomas de su espalda semidesnuda, después observó su expresión, parecía preocupado, pues no dejaba de frotarse la mandíbula como le había visto hacer cientos de veces cuando tenía que tomar alguna decisión. Una venda cubría su hombro izquierdo y podía ver una de sus velludas piernas al descubierto.

—Por la angustia de Madeline esperaba encontrarte a las puertas de la muerte —exageró cruzando la cocina.

—¡James! —exclamó Martín volviéndose—. Sabía que llegarías a primera hora... —dijo con fastidio.

James interrumpió su avance.

–Si lo prefieres, puedo volver más tarde –comentó con sarcasmo.

–¡Diablos, no!... me alegro de verte –murmuró dibujando una pequeña sonrisa.

–Y yo de haberte traído ropa decente –contestó tomando asiento junto a él mientras posaba la pequeña maleta sobre la mesa–. ¿Cómo te encuentras? –preguntó con seriedad observando su rostro demacrado.

–Casi recuperado.

–No hay más que verte –murmuró con ironía–, ahora cuéntame lo ocurrido.

Martín sonrió de nuevo. El conde de Valdetorres odiaba perder el tiempo.

–Hace una semana fui al barrio de Huertas, como sabes tengo varias pacientes allí –James asintió haciendo un gesto de impaciencia–. Terminé las consultas bastante tarde, de modo que a la vuelta a casa entré en una taberna a cenar. Mientras esperaba que me sirvieran, me fijé en un par de hombres que departían en voz baja junto a mi mesa, pero casi de inmediato, se pusieron en pie y se marcharon. Después

de cenar volví a verlos en un callejón trasero a la taberna. No me preguntes porqué, pero su forma de discutir me pareció sospechosa. El callejón estaba oscuro, así que me acerqué y me escondí tras unas cajas para escuchar...

–Continúa –dijo James.

–Estaban bebidos, discutían a cerca del retraso que estaban sufriendo los planes para atentar contra el Rey y de las consecuencias de desobedecer las órdenes de la Garduña[8] en el tiempo establecido...

–¿La Garduña? –lo interrumpió James frunciendo el ceño–. ¿Estás seguro? Se disolvió hace más de cincuenta años.

–Estoy seguro, James. Desconozco si significa algo, pero uno de ellos tenía tatuados tres puntos en la mano.

–¿Qué más escuchaste?

–Poco más, después de eso, uno de ellos me sorprendió y peleamos hasta que el otro me retuvo... aún no sé cómo conseguí escapar. Ni siquiera recuerdo el disparo –dijo señalando su hombro.

James se pasó la mano por el mentón con preocupación.

–Lo importante es que conseguiste huir... ¿Cómo llegaste aquí?

–No lo sé, recuerdo que corrí por varias calles para despistarlos, y cuando quise darme cuenta me vi forzando la puerta del taller de Malena.

–¿Forzaste la puerta? Alonso no dejará de recordártelo –predijo con sorna.

–Cierto, ahora tendré que agradecerle hasta el final de mis días que me instruyera en tamaña habilidad.

James sonrió.

–Él y Charlotte regresaron ayer a Madrid. Esperan noticias tuyas con ansiedad.

–No has debido avisarlos. Charlotte necesita reposo –replicó.

–Vamos Martín, conoces a tu sobrino tan bien como yo... me habría matado si no lo hubiese informado.

Martín cabeceó con resignación. Era cierto; Alonso habría montado un escándalo y Charlotte... bueno, Charlotte se lo habría recriminado a James por toda la eternidad.

–Al menos debería haber convencido a Charlotte. Yo mismo le recomendé tranquilidad en la última fase

del embarazo.

Entonces James rio.

–Me consta que lo intentó. Varias veces –agregó–. Pero ya la conoces, en cuanto Alonso quiso marcharse de la finca sin explicarle lo que sucedía, ordenó preparar sus maletas y el coche. Él no tuvo alternativa...Vístete, he de ponerme en contacto de inmediato con Pepe[9].

Martín se pasó una mano por el rostro.

–Antes debo pedirte un favor. ¿Cuánto dinero llevas encima?

James frunció el ceño buscando su cartera.

–Ciento cincuenta pesetas –dijo entregándoselas.

–Te las devolveré en cuanto llegue a casa... y James, quiero protección para Malena y las niñas –añadió con gesto severo.

James arqueó las cejas poniéndose en pie.

–Me insultas. Esta casa está vigilada por dos de mis hombres desde que Madeline me entregó la carta.

Martín sonrió.

–No esperaba menos de ti.

Las niñas entraron en la sombrerería para que Malena pudiese despedirse de él en la trastienda. Se le hizo difícil componer una sonrisa al verlo completamente vestido con chaqueta, chaleco y pantalón de formas simples. La camisa era blanca y la corbata anudada a su cuello compartía el mismo y discreto azul oscuro del resto de las prendas.

Había llegado el momento de dejarlo partir. De su casa y de su vida.

—Ha sido un placer conocerlo —dijo como si fuera un desconocido, no alguien que llevara viviendo allí... no recordaba durante cuántos días.

Martín arqueó una ceja ante esa fría cortesía que, había descubierto, le disgustaba tanto mientras le entregaba a James la maleta que sostenía en su mano.

—Sé que la pongo en un apuro, pero me gustaría quedarme hasta que esté totalmente recuperado... las niñas me han dado su consentimiento —agregó ante su mudez.

Malena lo observó atónita mientras su corazón brincaba sin control. Durante unos segundos se sintió incapaz de articular palabra alguna. ¿Quería quedarse? No tenía sentido. ¿Durante cuánto tiempo más? ¿Por

qué? La cabeza le dio vueltas. ¡No! ¡Ya había aceptado su marcha, no podía quedarse! No sería correcto... ambos lo sabían. ¿Por qué no le habían dicho nada sus hermanas? Se ruborizó ante la atenta mirada del tal James.

Este observó la escena con curiosidad. La mirada de Martín traslucía una posesividad que le recordó a la de Alonso en sus mejores tiempos, incluso vio un atisbo de cierta autoridad o altanería impropia de él, además la tensión entre los dos le resultó casi palpable y del todo interesante. Ella se había quedado sin habla y en su rostro se adivinaba asombro, disgusto o irritación e indecisión al tiempo. Entonces las razones que Martín le había referido para permanecer allí le parecieron irrisorias. Se quedaba por esa joven. Era tan evidente como que él tenía el pelo rojo.

—Por supuesto —susurró al fin ella esquivando la mirada de los hombres.

—Hasta pronto, Martín —dijo James ante el incómodo silencio—. Ha sido un placer conocerla, señorita Villalba —dijo despidiéndose antes de salir de la estancia.

Malena observó la rápida despedida del hombre

con desconcierto, luego miró a Martín que a su vez la observaba con gesto serio.

–Pensé que te alegrarías –le recriminó en voz baja.

Malena entrelazó sus manos con nerviosismo. Se había preparado para dejarlo ir, pero no para seguir enfrentándose a “aquello” que sucedía entre ellos. ¿Acaso no era consciente del aprieto en el que los situaba?

–¿Por qué? –le preguntó casi enfadada.

–¿Por qué? ¿Qué?

–¿Por qué has cambiado de opinión?

Martín se pasó una mano por el cabello. No lo sabía... al menos, no con certeza. Solo sabía que no podía abandonarla, y aunque había tardado un poco en comprenderlo, finalmente lo había hecho. Quizá ella también necesitase tiempo para asumir que él no se marcharía... no importaba, le daría todo el tiempo del mundo.

–Te hice una promesa y pienso cumplirla –dijo en cambio.

–No tienes ningún tipo de responsabilidad hacia nosotras.

–Lo sé.

—Deberías haberte marchado —dijo ya con voz enfadada.

—Lo sé —volvió a decir él.

Malena comenzó a pasearse por la trastienda con inquietud.

—¿Acaso no te das cuenta... de lo que sucede? —preguntó en un arrebato.

Martín sonrió con desgana mientras veía como se paseaba por la habitación como un animal enjaulado.

—Me doy perfecta cuenta de lo que sucede —contestó apoyándose distraídamente en la pared.

—¡No es apropiado que sigas aquí! ¡Ni decente! —gritó en voz baja.

—¿Quieres que me marche? —la retó.

Entonces ella dejó de ir de un lado para el otro con brusquedad.

—¿Vas a pedirme relaciones formalmente? —el gesto de confusión del hombre le dio la respuesta—. Quédese —agregó de golpe poniendo distancia entre ellos volviendo a utilizar un tratamiento formal—, solo le pido que siga siendo el caballero que es.

Martín se cruzó de brazos observando el desafío de su mirada. Lo había sorprendido desprevenido, pero se

recuperó con rapidez.

–Tiene mi palabra.

–Es todo cuanto necesito –dijo ella dejándolo a solas en la trastienda.

El hombre vestía como cualquier otro parroquiano, en una mano portaba una pequeña maleta como si acabase de llegar a la ciudad, y en la otra, la caja de un sombrero de mujer. ¿Un regalo, quizá? Había permanecido durante casi media hora en la sombrerería, se le antojó demasiado tiempo, pero no reparó demasiado en él hasta que salió. Entonces lo observó con atención hasta que paró un coche y se subió. Le resultaba familiar, ¿dónde demonios lo había visto? Se devanó la sesera hasta que, de pronto, lo reconoció. ¡Ni más ni menos que el conde de Valdetorres! ¿Qué podría hacer en la sombrerería un hombre de su clase vestido de esa forma? Entonces supo que el viejo estaba allí. Le hizo un gesto a su hombre para que lo siguiera mientras se alejaba de la calle. Tenía que informar a los Hermanos Mayores de ese inesperado giro. El conde era uno de los hombres

más influyentes del círculo alfonsino. Deberían conducirse con prudencia a partir de ese momento. Escupió hacia el suelo con rabia. ¡Condenado viejo! ¡Maldito fuese! ¿Qué relación podía tener con él? ¡Ahora, su propia vida dependía de un hilo por su culpa! ¡Tenía que pensar! Miró hacia atrás para comprobar que su hombre lo seguía. ¿Cómo había accedido esa zorra al conde? Es más, ¿cómo había conseguido burlar su vigilancia para ponerse en contacto con él? ¡Estúpida perra! Se sintió un idiota por haberla desechado desde el principio. Ya se ocuparía de ella... Se lo haría pagar. Ahora lo imperante era informar a la Garduña.

James entró en el despacho de Alonso con celeridad.

–¿Cómo está? –preguntó este de inmediato poniéndose en pie.

–Recuperándose. No te apures. Está bien.

Alonso respiró con alivio.

–¿Qué has averiguado?

–Toma asiento –dijo James con gesto adusto.

Alonso lo observó. Normalmente ese gesto no anunciaba nada bueno.

—¡Por Dios Santo, James! ¿En qué diablos se ha metido mi tío?

—Escuchó los planes de un atentado contra el Rey. Al parecer la Garduña no se disolvió del todo —explicó con rapidez.

Alonso lo miró atónito. ¿La Garduña? Se levantó y se sirvió un jerez para recuperarse de la impresión.

—¿Te sirvo uno?

James asintió antes de volver a hablar.

—He mandado una misiva a Pepe antes de venir a verte. Supongo que aparecerá pronto.

Alonso le alargó la copa.

—Bien. Manuel está reuniendo a sus hombres a la espera de mis órdenes. Cuéntame más lentamente lo sucedido y comencemos a trabajar...

—¡Alonso Melgar de Alcázar y Mendizábal! —gritó Charlotte entrando en el despacho como un huracán—. Prometiste avisarme de la llegada de Martín —dijo caminando con lentitud mientras sostenía el abultado estómago bajo sus brazos.

Alonso la miró con inocencia.

—Exacto, pero como ves aquí solo se encuentra James.

Charlotte lo miró con antipatía.

—¿Cómo te encuentras hoy Charlotte? —preguntó James tomando sus manos para besarlas en un gesto de afecto.

Cada vez que la veía se sorprendía de lo enorme que estaba, aunque ocultó su pensamiento tras una cariñosa sonrisa.

—¡Pesada! —se quejó ella guiñándole un ojo.

—Y preciosa —agregó Alonso en un intento de congraciarse con su esposa.

Charlotte volvió a mirarlo con desagrado.

—No intentes embaucarme —le siseó—, ¿cómo está Martín? y por Dios, ¿dónde está? —le preguntó a James.

Alonso la acompañó al sillón para que tomara asiento.

—Está bien. Casi restablecido, pero ha decidido quedarse en la sombrerería.

Charlotte lo miró con cautela. ¿Sería cierto o una deliberada mentira para no alarmarla? Entonces observó a su esposo, el rictus de preocupación que

había exhibido durante los últimos días parecía haberse suavizado.

–Es cierto, Charlotte –dijo Alonso como si le hubiese leído el pensamiento.

–Si es así, ¿por qué no ha regresado contigo? –le preguntó a James.

Este se acercó tomando asiento junto a ella.

–Siente una excesiva gratitud *por* la señorita Villalba.

Charlotte agrandó los ojos entendiendo el énfasis que había puesto en una de las palabras.

–¿Qué quieres decir?

–Exactamente lo que he dicho.

–¡James! –lo reprendió por su escueta respuesta.

Alonso arqueó una ceja con asombro antes de que una llamada en la puerta precediese la entrada de Julio, el mayordomo.

–Su excelencia, el duque de Osorio, espera en el gabinete.

–Hazlo pasar Julio... y, por favor, acompaña a la marquesa a la recámara.

Charlotte resopló con disgusto.

–No estoy enferma Alonso –se quejó.

—Me prometiste descansar si te dejaba acompañarme —observó él con seriedad.

—¡Eres insufrible! Me paso todo el día “descansando” —farfulló poniéndose en pie con su ayuda.

—Te recuerdo que por estricta orden de Martín.

—La matrona dijo que podía caminar sin hacer esfuerzos. ¿Ves que haga algún esfuerzo? Hasta una tortuga podría adelantarme —masculló acercándose a la puerta, entonces se volvió—. No pienses que me he olvidado de ti. Tenemos una conversación pendiente —le dijo en tono amenazante a James.

Este la observó salir acompañada del viejo mayordomo. Hasta ahora nunca se había fijado, pero su forma de andar le recordó a la de un pato con sobrepeso.

—Julio, envía una misiva a Madeline para que venga a verme —la oyó decir antes de que se cerrara la puerta.

Alonso lo miró señalándolo con el dedo.

—Conozco esa expresión y sé lo que estás pensando. Cuida tus palabras. Está maravillosa.

—Jamás diría lo contrario... aunque el embarazo ha

revuelto un poco su carácter –añadió con el semblante impasible de pronto.

Alonso puso los ojos en blanco.

–¿Un poco? En estos meses me han crecido canas debido a sus cambios de humor –exageró terminando su copa.

La carcajada de James retumbó en la habitación. Alonso no parecía realmente abatido... solo un poco.

Capítulo 7

Martín se movió en la cama por enésima vez. Últimamente tenía problemas para dormir. Hacía calor, pero no era ese el motivo de su desvelo sino la frustración sexual. Él mismo se había puesto en esa situación, pero saberlo no hacía que la sensación disminuyese en absoluto. Durante el día se mantenía ocupado y podía dominarla, pero durante las noches alcanzaba niveles insospechados... Resopló pensando en el objeto de dicha frustración. Malena. Hacía unos días, en un descuido, a ella se le había enganchado la falda en una de las estanterías mientras buscaba unos encajes, dejando momentáneamente al descubierto, el contorno de lo que había debajo. Ella no se había dado cuenta, pero él estuvo a punto de perder por completo la imparcialidad antes de ofrecerle su ayuda para buscar los condenados encajes. Incómodo, cambió de

postura al descubrirse reaccionando de un modo que no solo era inapropiado sino bochornoso al recordarlo. Las necesidades físicas de un hombre, si pasaba mucho tiempo antes de poder aliviarlas, de algún modo interferían, no solo en su humor sino también en la sensatez. Pero él se consideraba un hombre sensato... al menos lo era antes de conocerla. Durante los últimos días, se había propuesto evitar su presencia en un desesperado intento por demostrarse que podía controlar la lujuria que lo embargaba. Se resistía a verse gobernado por la entropía como un vulgar jovencito, no obstante así se sentía. Soñaba con su aspecto cuando estaba fresca después de su aseo matinal o con la imagen de su cabello cuando lo secaba junto a la chimenea mientras el fuego sacaba brillos dorados de sus rizos... La primera vez que vio esos maravillosos bucles cayendo por su espalda, libres del apretado moño en el que ella los encerraba cada día, se quedó sin respiración. Cuanto había deseado en ese momento besarla hasta dejarla sin sentido. Martín volvió a cambiar de postura en la cama. Se sentía desconcertado... desbordado por las emociones que ella le provocaba. Confuso y malhumorado. Sabía que

sería un error quedarse, y aun así lo había hecho... No se engañaba, era un hombre sano que siempre había disfrutado de sus relaciones con las mujeres, solían ser placenteras, aunque fuesen cortas y sin falsos compromisos. No obstante, no las encontraba indispensables para su bienestar. La lascivia era una emoción secundaria, deseosa, pero no imprescindible en su vida, sin embargo la intensidad con la que se manifestaba por Malena no dejaba de sorprenderlo. ¿Por qué ella entre todas las mujeres? ¿Por qué lo fascinaba de aquel modo? No lo sabía. Pensó en su carácter recatado, en ocasiones incluso remilgado, en el firme temperamento que exhibía cuando la ocasión lo requería, en su naturaleza afectuosa y tremendamente protectora con las niñas... En las últimas semanas se había descubierto estudiando sus gestos, sus miradas, sus costumbres y las diversas reacciones que tenía cuando se acercaba a ella sin previo aviso. En dichas ocasiones se alejaba de él, rehuyendo cualquier contacto físico como si tuviese la peste o lo observaba con un mudo y acusador enojo. En otras, le devolvía una encantadora sonrisa o lo miraba con diversión haciendo que experimentase un

sin fin de emociones difíciles de explicar. Resopló. Lo estaba volviendo loco. Pero ese no era el problema. El problema radicaba en que le resultaba imposible hablar con ella y a ella parecía sucederle lo mismo. Su relación se había vuelto tan incómoda que él había optado por mantener las distancias incluso en presencia de las niñas. La complicidad y la armonía que alguna vez existiera entre ellos se habían esfumado como el polvo con el viento sin que pudiera hacer nada para impedirlo. Siendo honesto tampoco lo había intentado. Volvió a moverse en la cama mientras el sudor resbalaba por su espalda. Todos los hombres deberían saber cómo funcionaba la mente de las mujeres o nacer con un manual de instrucciones...

«¡Maldito seas! Deja de darle vueltas. Además, ¿cuándo has observado a una mujer el tiempo suficiente como para analizar su carácter o sus cambios de humor?»

«Desde que estás aquí»

«¿Y qué?»

«¿Eso no te dice nada?»

«¡Diablos! ¡Claro que sí! Pero es una mujer respetable. Le debo la vida»

«Cuéntale eso a tu corazón la próxima vez que te sacuda a puñetazos cuando la veas»

«¿Y qué si se estremece un poco en su presencia...? ¡También lo hace mi entrepierna!»

«¿De verdad intentas engañarte de ese modo? ¿En serio? ¿Cuándo has sentido algo parecido por una mujer... o cuándo lo ha sentido tu entrepierna?»

«Mi entrepierna, en este momento, se estremecería por cualquier mujer».

«Si es así, ¿por qué la idea de imaginarla en brazos de otro hombre te parece abominable?»

«¡Porque *ese hombre* es un malnacido, un hijo de mala madre!».

«¿Acaso ese malnacido no busca de ella lo mismo que tú?».

«¡Sí, pero por Dios Santo, yo jamás la obligaría!».

«Cierto,...entonces imagínala deseando estar en los brazos de cualquier otro hombre».

«¡Basta!».

Martín se sentó en la cama, encendió la lámpara y se pasó las manos por el rostro en un gesto de fatiga. Estar en medio de un condenado temporal se le antojó más atractivo que estar allí rumiando pensamientos sin

sentido. Estaba cansado de luchar consigo mismo. Fuera lo que fuese lo que creyese sentir por Malena, pasaría cuando dejase de verla, sin embargo... ¿por qué sentía la necesidad de darle un puñetazo a algo, pegar un tiro al aire cuando odiaba las armas o estrangular a alguien, preferiblemente a él? Miró hacia la mesa y vio la nota que había recibido ese día. La cogió. Alonso lo mantenía informado a través de misivas que llegaban a través de diferentes personas que simulaban ir de compras a la sombrerería. Se las entregaban con discreción a Malena o Valeria, y a veces, esperaban su respuesta. Solían ser breves y en ellas jamás se mencionaban sus nombres. La releyó:

Creemos estar tras una pista fiable. Mañana tienes que abandonar la casa sin demora. Sal a las ocho en punto por el callejón. Lo tenemos todo preparado. Un coche te estará esperando. Ven directamente a casa.

Tu sobrino.

Más abajo releyó la caligrafía de Charlotte:

Estoy ansiosa por volver a verte, me dicen que estás repuesto, sin embargo no me convenceré hasta que te tenga frente a mis ojos y pueda

abrazarte, aunque tal vez no pueda hacerlo del todo porque estoy enorme, pero bien. Sigo al pie de la letra tus indicaciones.

Tu sobrina que te quiere.

Martín sonrió volviendo a doblar la nota. Casi podía imaginarse a Charlotte quitándole el papel a Alonso para escribir esas líneas ante el gesto de resignación de su esposo. Cuánto habían cambiado las cosas entre los dos. Viéndolos ahora parecía increíble el difícil comienzo que su matrimonio había tenido un año y medio atrás...

Se levantó y guardó la nota en el bolsillo interior de su chaqueta junto a las demás. A continuación, apagó la lámpara y volvió a la cama. No entendía por qué no le había dicho nada sobre el contenido de la nota a Malena después de que las gemelas se retiraran a dormir. Simplemente, no había podido hacerlo. Lo haría después del desayuno, se despediría de ella, de las niñas y se marcharía a la hora indicada.

«Una rápida y conveniente huida», se dijo con disgusto.

Malena bajó las escaleras sin hacer ruido con el candil en la mano. No podía dormir. Lo cierto es que no dormía bien desde que Martín había decidido quedarse. Ya estaba recuperado. En su rostro, no quedaba rastro alguno de palidez. Había cogido algo de peso, los hematomas habían desaparecido casi por completo de su cuerpo y las heridas de su hombro y su pierna habían cicatrizado. Pronto se marcharía. Y eso era lo que no la dejaba dormir. Llegó a la cocina. Cualquiera día le comunicaría su partida y entonces, ¿cómo reaccionaría ella? ¿Podría controlar la situación como lo hiciera la primera vez? ¿Mantendría la compostura? ¿O se desmoronaría ante sus ojos? Era agotador pelear a diario contra lo que sentía. Negarlo. Sujetarlo. Ocultarlo. Se daba cuenta de la atracción que sentían el uno por el otro, sin embargo le enfurecía que no la deseara lo suficiente como para... ¿qué?, ¿casarse con ella? Resopló con rabia. ¿Qué hombre iba a querer contraer matrimonio con una mujer que no aportara al enlace nada excepto la responsabilidad de dos niñas?

«Pero Martín las aprecia. No habrías podido fijarte en él si hubiese sido de otro modo. Además tus

hermanas lo adoran»

Malena resopló de nuevo ante esa inesperada voz en su cabeza.

«¿Y en qué me ayuda eso?».

«¡Mujer! ¿Acaso no te has dado cuenta de la forma en la que te mira?»

«Claro que sí... ¡me mira como el cerdo de don Ramón!»

«Sin embargo, no te disgusta cuando él lo hace»

«¡Bien sabes que no! ¿Adónde quieres llegar? ¡Oh, basta! Si sigues así perderás la cordura Malena. ¿No tienes bastante con intentar deducir a qué obedecen sus gestos cada día?»

¡Estúpido hombre! ¿Qué es lo que pasaba por su cabeza? No podía irrumpir en su vida para trastocarla y después desvanecerse sin más. ¿Pero qué podía hacer ella al respecto?

«¡Nada!», se dijo con amargura.

Cogió la jarra de agua de la alacena, se echó un vaso de agua y se sentó en la mesa. Hacía calor. Se desabrochó los botones superiores del camisón y, de uno de sus bolsillos, sacó un pañuelo que humedeció para pasarlo por el cuello y el nacimiento de sus senos.

En realidad, ambos compartían la culpa de esa situación, él por quedarse más tiempo del necesario y ella por consentirlo. Malena repasó mentalmente todas las ocasiones en las que se habían encontrado los últimos días, aunque él se hubiese esforzado en ignorarla con cierto éxito. En todas ellas Martín la había mirado como si fuera un bicho raro. Y en todas ellas, se había dado la vuelta sin decir nada para desaparecer de su vista.

—¿No puede dormir? —le escuchó preguntar de pronto a su espalda.

Malena se sobresaltó echando la mirada atrás. Él se apoyaba distraídamente en el marco de la puerta con los brazos cruzados sobre su torso desnudo. Solo llevaba puestos los pantalones y estaba descalzo. Seguramente sería pecado que ella se hubiese acostumbrado a verlo semidesnudo, pero aun así la visión de su cuerpo la sonrojó.

—No... siento haberlo despertado —murmuró con cierto nerviosismo en la voz.

—No lo ha hecho, yo tampoco podía conciliar el sueño... Me marcho mañana, Malena —dijo de súbito.

Los ojos de ella volaron hacia los suyos. Silencio.

Entonces Martín comenzó a acercarse. ¿Qué podría pasar por compartir una última y civilizada conversación en la mesa de la cocina? Entonces se fijó en el escote desabotonado y en el liviano camisón de algodón que llevaba puesto. Antes de que fuera consciente de lo que estaba ocurriendo, se le endureció la entrepierna, y antes de hacer algo garrafalmente estúpido, se volvió sobre sus pasos maldiciéndose en silencio. ¡Por el amor de Dios!, lo único que había necesitado para excitarse había sido verla y olerla...

—Huye, es algo que has aprendido a hacer muy bien —oyó que mascullaba ella un instante antes de que saliera.

Martín se apoyó en la puerta respirando hondo.

«Sé sensato. Déjalo todo tal cual está».

—No deberías haber dicho eso —dijo volviendo a entrar.

Malena lo miró con una expresión de cautela, pero al observar su firme avance se levantó de la silla con rapidez. ¿Estaba enfadado? Dios Santo, claro que sí... nunca lo había visto enfadado, ¡pero ella también lo estaba!

—Es la verdad —musitó con valentía escudándose

tras la mesa.

Martín sonrió sin humor apoyando las palmas de sus manos en la mesa.

—¿Eso es lo que crees?

Ella asintió con la mirada mientras respiraba con fuerza. ¡No podía decirle que se marchaba y marcharse! ¡No podía decírselo e ignorarla al instante! ¡No podía...! ¡Oh, claro que podía!, pero saberlo no aplacaba su humor.

—¿Qué intentas demostrar provocándome de este modo?

—Nada —dijo sin apartar los ojos de los suyos—. Solo hacía una apreciación de tu actitud hacia mí.

—¿Molesta quizá? —preguntó él con fingida sorna.

Malena sonrió apenas.

—En absoluto.

—Por un instante me ha parecido lo contrario —dijo comenzando a rodear la mesa—. ¿Quién huye de quién ahora? —se burló cuando ella empezó a retroceder para mantener las distancias.

Malena se quedó sin habla y el corazón se le desbocó, no obstante se detuvo cruzando los brazos mientras levantaba el mentón en una actitud

desafiante, más por orgullo que por convicción.

–¿Y bien? ¿Qué intentas demostrar tú? –lo acicateó cuando lo tuvo a centímetros de su cuerpo.

Cuando sus miradas chocaron, Malena tuvo la sensación de que el mundo se detenía. Tragó saliva con los labios cerrados, el corazón martilleando como si fuese un tambor y la cabeza llena de pensamientos prohibidos. Por un segundo pensó que él se alejaría de nuevo, sin embargo Martín sujetó su rostro con las manos. Los pensamientos se le colapsaron al comprender que pretendía besarla. Vio cómo inclinaba su cabeza hasta que todo se le nubló y cerró los ojos. Sintió el delicado roce de sus labios, al principio con lentitud, casi como si temiera que lo rechazara, pero cuando giró la cabeza obligándola a abrir los labios, su lengua la invadió de inmediato, agresiva, caliente, incitándola a hacer lo mismo. Malena sintió temblores por todo el cuerpo, y sin ser consciente, irguió los senos para rozar el torso masculino antes de rodear su espalda con fuerza. Podía sentir su hombría junto a su pelvis y cuando la lengua de él comenzó a imitar el pulso que latía entre sus piernas sintió una agradable sensación de atontamiento y debilidad en ellas.

La excitación se tornó demasiado intensa, demasiado desconcertante, demasiado veloz, demasiado difícil de contener...

Martín dejó de besarla con dificultad, con el corazón galopando y la respiración exaltada. Ella no estaba preparada para la tamaña reacción que despertaba en él. Si no la dejaba ahora no habría marcha atrás. Se apartó inspirando con fuerza.

—Lo siento. No debería haber hecho esto —se disculpó mirándola con un anhelo que quemaba—. Yo... Dios Santo, Lena —musitó con voz ronca volviendo a tomarla entre sus brazos—. Pídeme que me vaya —susurró casi con dolor junto a su boca.

—No —musitó ella con voz ahogada.

—No sabes lo que estás pidiendo... —dijo con pasión antes de echar su cabeza hacia atrás y buscar sus labios con una impetuosidad voraz, casi ruda mientras ella aceptaba su ataque, dispuesta y anhelante.

Martín tomó sin descanso lo que ella ofrecía mientras sus respiraciones se entremezclaban en un insaciable duelo de lenguas. Una ola de calor recorrió el cuerpo de Malena sorprendiéndola con su impacto. Le provocó estremecimientos en el estómago y la

urgencia imperiosa de apretar los pechos contra él de nuevo. En el núcleo de su feminidad se formó un extraño nudo... Nunca habría imaginado que besarse sería así. Era más de lo que esperaba, más de lo que podía entender, más de lo que podía expresar...

Martín desoyó las advertencias de su cabeza. La tenía entre sus brazos dando y recibiendo lo que se habían negado durante tanto tiempo. Ella lo deseaba del mismo modo que él... ¡al diablo con todos los motivos que tenía para detenerse! Recorrió su cuerpo con las manos, familiarizándose con su forma. Cintura delgada. Caderas y trasero redondeados. Llevó las manos hacia sus suaves senos endurecidos. Al sentir esas caricias, ella gimió dentro de su boca. Ese sonido, lleno de deseo femenino lo apartó de todo pensamiento lógico. Quería besarla y tocarla hasta dejarla sin sentido. Quería sumergirse en ella. Quería volverla loca de placer... Martín le desabrochó con agilidad los botones del camisón. Mientras la tela caía, admiró la piel desnuda. Contempló sus senos; de pezones oscuros y erguidos, eran hermosos. Malena atisbó el brillo de su mirada antes de que la boca del hombre se abalanzara sobre ellos mientras ella jadeaba con

sorpresa arqueando la espalda. Él no necesitó apremio alguno para saborearlos a su antojo. Rodeando su cintura con las manos, la levantó ligeramente hasta sentarla sobre la mesa a la vez que se llevaba un pezón a la boca y lo chupaba con vehemencia, luego, le dedicó la misma atención al otro. Ella dejaba escapar largos gemidos mientras enredaba los dedos en su cabello. Entonces la tumbó sobre la mesa bajando la tela que había quedado sobre la cintura. La contempló con posesividad; pechos grandes, turgentes, generosas caderas, piernas largas y torneadas... la urgencia por tomarla se volvió dolorosa.

Se echó sobre su cuerpo devorando su boca mientras una de sus manos descubría su húmeda feminidad. Malena abrió instintivamente las piernas perdiéndose en las sensaciones que despertaban sus caricias. El cuerpo no dejaba de temblarle mientras él paseaba la lengua por su cuello, descendía por sus senos, su estómago... y llegaba a su sexo. Ella dejó escapar un sonido incoherente, pero sus dedos se hundieron en sus cabellos agarrando grandes puñados en ese último ataque a sus sentidos. Malena creyó desfallecer. Sus labios, sus dientes y su lengua

saboreaban un inédito punto de su carne sin pausa, sin tregua, sin piedad... entonces a ella ya nada le importó, solo aquel desconocido fuego que crecía sin medida y que se disponía a consumirla. Cuando la inadvertida culminación llegó, Malena perdió el control mientras unas enloquecedoras contracciones hacían presa de su cuerpo. Martín esbozó una sonrisa triunfal al escuchar su reacción. Entonces se deshizo de sus pantalones y volvió a cubrir su cuerpo con el suyo mientras sus labios se posaban junto a su oído.

—¿Estás segura? —preguntó con apremio antes de que la razón volviera a su cabeza.

—Sí —dijo ella abrumada por la pasión sin saber a qué se refería.

—Dolerá al principio —le musitó.

Con el corazón galopando tan fuerte que casi podía escucharlo, cogió su sexo para deslizarlo ligeramente sobre el de ella. Malena contuvo el aliento al sentir la suave dureza... entonces entendió la pregunta, y a pesar del temor que inesperadamente la inundó, rodeó su cintura con las piernas. Martín se alejó del último retazo de cordura ante ese gesto de confianza. Entró en ella con lentitud hasta que encontró la barrera,

entonces con una rápida embestida enterró su miembro en la estrecha humedad. La calidez lo inundó y un ronco gemido de placer escapó de su garganta. Luego, durante varios segundos, solo fue consciente de la gloriosa sensación de estar dentro de ella.

Malena ahogó un grito de dolor contra su cuello mientras su cuerpo se contraía con rigidez. ¿Sería siempre así? No sería capaz de soportarlo. Cuando ella alargó las manos con torpeza para detenerlo, él las apartó sujetándoselas a los lados del cuerpo.

—Pasaré, confía en mí —susurró junto a su oído—. ¿Mejor? —preguntó después de unos segundos apretando la mandíbula con fuerza mientras esperaba que el cuerpo de ella volviera a aflojarse.

—No.

—El dolor remitirá... —susurró soltando sus muñecas mientras comenzaba a besarla antes de comenzar a moverse una y otra vez, al principio con lentitud, permitiendo que su cuerpo se adaptara al suyo, después aumentando el ritmo hasta que la nueva sensación de placer borró todo rastro de malestar.

Sentirlo dentro, llenándola, la hizo jadear junto a su mejilla. Malena cerró los ojos, cautivada por la nueva

sensación de la unión de sus cuerpos, escuchando el fuerte sonido de su respiración, descubriendo el sabor de su piel, perdiéndose en su olor... Martín sujetó su trasero, pero cuando ella comenzó a mover las caderas yendo a su encuentro en cada embestida, perdió el control. Ignoró todo cuanto lo rodeaba excepto las sensaciones que se producían en su cuerpo. Empujó con fuerza y dureza, emitiendo suaves gemidos guturales, absorbo en el placer que crecía sin medida, poseyéndolo, conquistándolo, desarmándolo... La brusca intensidad del orgasmo inundó todo su ser hasta que se estremeció en una sucesión de breves jadeos. Luego, agotado, se dejó caer sobre ella.

Tardó varios minutos en recobrar la lucidez y cuando se dio cuenta de que estaba semitendido sobre la mesa de la cocina, con esa preciosa mujer tumbada debajo de él, se sintió un miserable. Malena merecía algo más que ser tomada sobre una mesa. Llenó su rostro de tiernos besos hasta que ella abrió sus ojos.

–Mmmm... Hola –musitó esbozando una perezosa sonrisa mientras acariciaba su rostro como si lo viera por primera vez.

–Hola –susurró dando pequeños besos a los dedos

de sus manos—, ¿estás bien?

—Mejor que bien —respondió ella apresando sus labios de nuevo.

Martín le devolvió el beso sonriendo mientras la cogía en brazos y avanzaba por el corredor hasta llegar al taller. Entonces se tumbó en la cama acomodándola sobre su cuerpo. Ella lo abrazó entrelazando las piernas con las suyas y, casi al instante, se quedó dormida disfrutando de ese desconocido y lánguido deleite. Él tardó un poco más. La experiencia había superado con creces sus expectativas... aún estaba tratando de asimilarlo. La contempló sintiendo la satisfacción de haberla hecho suya. Había jugado sucio y lo sabía. No se arrepentía. Jamás había sufrido tal urgencia por una mujer y jamás la intensidad del orgasmo había sido tan gratificante. Cerró los ojos rodeando su cintura con ternura.

Malena abrió los ojos, cayendo poco a poco en la cuenta de dónde se encontraba y de lo que había sucedido. Sentía el calor del cuerpo de Martín apretado contra el suyo, su ligera respiración contra su pelo y el

peso de su brazo sobre su cintura. Estaba acostada de lado con la espalda pegada a su pecho y el trasero alojado en la concavidad de su cuerpo; notó sus piernas apretadas con firmeza contra la parte posterior de las suyas y casi podía escuchar el ruido sordo de su corazón palpitando con fuerza, de forma regular.

Entonces fue consciente de la extraña sensación de malestar que se extendía por su bajo vientre y un violento rubor encendió sus mejillas al recordar lo que le había hecho y rememorar las fascinantes sensaciones de placer que le había descubierto...

Se dio la vuelta para quedarse frente a él, pero hasta que sus ojos no se acostumbraron a la penumbra no pudo distinguir sus rasgos. La cabeza descansaba sobre uno de sus brazos doblados y su pelo oscuro caía en desorden sobre la frente. Lo había observado dormir tantas veces de aquella manera, con el labio inferior relajado y temblando levemente con cada ligera respiración... Una inesperada congoja se asentó en su garganta al pensar que nunca más volvería a verlo así. Posó la mano en su mejilla en una caricia que descendió por su cuello hasta llegar al vello de su torso. Al tocar una de sus tetillas notó cómo se

endurecía ligeramente. Entonces alzó la vista y descubrió una pícara sonrisa en los labios masculinos.

–Por mí no te detengas –musitó con voz soñolienta permaneciendo con los ojos cerrados.

Malena sonrió posando los labios sobre su cuello, bajó saboreando su piel mientras escuchaba cómo aumentaba el ritmo de su respiración, descendió por su pecho, su estómago y cuando llegó a la parte inferior de su cuerpo, y tomó su miembro erecto entre sus inexpertas manos, le pareció lo más natural posar la boca sobre él. Martín gimió apretando los ojos con fuerza antes de ponerla a horcajadas sobre él y penetrarla con un violento jadeo. Malena exclamó ante la brusca invasión, pero las húmedas paredes de su interior se ciñeron alrededor de su miembro sin ningún retraimiento.

–Hazme el amor, Malena –susurró acariciando con suavidad sus senos.

Malena comenzó a moverse por instinto hacia arriba y abajo mientras descubría el deleite que le reportaba el movimiento de sus caderas, entonces apoyó las manos a ambos lados del rostro masculino y capturó su boca. Martín se estremeció. Le tomó la

cabeza con las manos y la mantuvo inmóvil para besarla. Mientras gemía devorando su boca, su miembro saboreaba la dulzura que lo envolvía una y otra vez. Durante unos minutos, Malena lo enloqueció moviendo las caderas de diferente forma, explorando, jugando, aprendiendo... Requirió de un gran esfuerzo para no derramarse en aquel mismo instante. Cuando no pudo soportarlo más, la sujetó por la cintura para mantenerla quieta mientras la penetraba más profundamente acelerando el ritmo. Ella gemía mordiéndose el labio inferior para contener los gritos que luchaban por salir de su boca en cada embestida. Entonces la enorme tensión que se había ido acumulando estalló arrollando espasmódicamente su cuerpo. Malena oyó que él jadeaba y supo que había llegado al clímax junto a ella. Desprovista de toda fuerza y energía, se dejó caer sobre su cuerpo. Él la tomó entre sus brazos y rodó hacia un lado llevándola consigo. Ella no supo si reír, llorar... o morir.

Martín se levantó de la cama justo antes del alba. Físicamente se sentía tan agotado como satisfecho,

pero no podía permanecer por más tiempo en la cama. Malena se había marchado algunas horas antes creyendo que él dormía, sin embargo había notado como se levantaba con cuidado y se alejaba con pasos sigilosos. Minutos después la había escuchado regresar para volverse a marchar de inmediato. Abrió los ojos justo a tiempo de verla desaparecer con el camisón sobre su cuerpo. Al mirar hacia la mesa vio sus pantalones doblados. Ella había vuelto para dejarlos allí. Se los puso, fue al excusado, hizo sus necesidades matinales y se aseó en el patio. Luego volvió al taller y se vistió con rapidez. Para cuando las niñas bajaron tenía dispuesto el desayuno.

–Buenos días, don Martín –dijo Valeria observando la mesa con seriedad.

–Buenos días, Valeria.

–Buenos días, don Martín... ¡Vaya! –exclamó Nora al ver el desayuno –. ¿Lo ha hecho todo usted solo?

Él sonrió.

–Sí, quería daros una sorpresa. Espero haber hecho bien los picatostes –agregó.

–¿No lo ha ayudado Lena?

—No... —carraspeó—, aún no ha bajado.

Valeria arrugó la frente intercambiando una mirada con Nora.

—Iré a ver si se ha quedado dormida —murmuró esta última frunciendo el cejo con extrañeza.

—Nora... espera. Me gustaría deciros algo. Sentaos, por favor.

Las niñas volvieron a intercambiar una extraña mirada antes de tomar asiento.

—Usted dirá —dijo Valeria.

—Me marcho en una hora —comenzó mientras las niñas permanecían en silencio ante su anuncio—, pero no es eso lo que quería deciros... —musitó.

—¿Y qué es? —lo alentó Nora.

Martín carraspeó de nuevo con incomodidad.

—Me gustaría... —comenzó—, ya que sois la única familia de Malena —continuó con la boca seca ante la expectación de las niñas—. Quisiera pedir os la mano de vuestra hermana —dijo al fin con solemnidad.

Las niñas volvieron a mirarse con esa extraña complicidad que tanto lo inquietaba.

—¿Malena ha aceptado? —preguntó Valeria con serenidad.

Martín sonrió algo turbado.

–No... aún no le he comunicado mis intenciones.

–¿Por qué? –preguntó Nora con confusión.

–Porque debo solucionar mis problemas antes de cortejarla como merece, Nora... ¿tengo vuestro consentimiento? –añadió con nerviosismo.

–¡Lo tiene! ¡Claro que lo tiene! –exclamó Nora con alegría rodeando su cuello para darle un sonoro beso en la mejilla.

Martín rio ante el entusiasmo de la niña mientras su corazón se henchía de dicha.

–¿Tú qué piensas, Valeria? ¿Aceptarías ser mi cuñada?

Valeria sonrió asintiendo. Era mucho más comedida en la demostración de sus afectos que Nora, pero en sus ojos se apreciaba el mismo brillo de alegría que en los de su gemela.

–Confío en vuestra discreción –susurró escuchando los pasos de Malena por las escaleras.

Las niñas asintieron.

–Descuide –dijo en voz baja Nora guiñándole un ojo.

–Buenos días –murmuró ella evitando mirarlo a los

ojos mientras observaba la mesa con curiosidad.

–Buenos días –dijo él controlando el ritmo de su corazón.

–Don Martín ha preparado el desayuno solo –comentó Nora en tono animado.

–Ya veo –musitó Malena tomando asiento.

–El chocolate está muy bueno –dijo Valeria después de beber un sorbo.

Martín sonrió a la niña con presunción.

–¿Qué tal el café? –le preguntó a Malena obligándola a mirarlo.

–Bien –respondió sin poder evitar el profundo color que le tiñó las mejillas al cruzar una rápida mirada con él.

Ella lo observó de soslayo mientras desayunaba y conversaba con sus hermanas. Parecía tranquilo. ¿Cómo lo hacía? ¿Cómo podía permanecer impassible? Actuaba como si nada hubiese ocurrido entre ellos sonriendo, escuchando, bromeando... ¿De verdad le había hecho él todas aquellas cosas la noche anterior? ¿De verdad las había hecho ella? Se concentró en su café intentando dominar el ritmo de su respiración. Antes de bajar había creído... ¿qué? ¿Que no se

marcharía? ¿Que lo sucedido cambiaría de algún modo las cosas entre ellos? ¿Que le declararía su afecto? Siguió observándolo de reojo mientras la herida de su corazón comenzaba a sangrar. Sabía que no tenía derecho a recriminarle nada, ella se había entregado por voluntad propia, incluso él le había dado la oportunidad de echarse atrás...

—¿... verdad, Lena?

Malena se sobresaltó.

—¿Qué?

—¿Qué te ocurre? ¿No me has escuchado? —preguntó Valeria.

Malena pestañeó aturdida.

—Lo siento,... estaba distraída.

—Decía que como don Martín se marcha y perdió su sombrero podríamos regalarle uno.

Malena la observó confundida. ¿Martín les había dicho que se marchaba? ¿Cuándo? ¿Durante el desayuno? ¿Tan abstraída había estado? ¿Por qué no parecían apesadumbradas?

—Por supuesto. Escoja el que quiera —dijo mirándolo directamente a los ojos casi por vez primera.

—Gracias —dijo él sin apartar la vista de su rostro.

–No hay de qué –murmuró ella en voz baja sintiendo como volvía a ruborizarse ante la intensidad de su mirada.

–Me consentís en demasía –agregó entonces Martín obligándose a apartar la vista de Malena para sonreír a Valeria.

–Así se acordará de nosotras cada vez que lo vea –dijo de pronto Nora.

Malena levantó la vista.

–Entonces lo llevaré siempre –contestó con ternura a la niña.

Malena no pudo soportarlo más. ¡Maldito y estúpido idiota! ¿Cómo iba a ser capaz de dominarse ante su inminente partida si decía esas cosas? Se levantó de la mesa y se dirigió al patio. Las lágrimas empañaron sus ojos mientras llenaba un barreño de agua para fregar los platos y se concentraba en respirar a través de la angustia que oprimió su garganta. No podría hacerlo. No podría mantener la compostura y decirle adiós sin más.

–¿Malena? –escuchó que decía él a su espalda.

Ella se sobresaltó sin mirar atrás mientras intentaba controlar la emoción.

–Voy enseguida –musitó–. Por favor, dame unos minutos.

Martín obedeció. Cuando ella volvió a la cocina lo encontró apoyado en la mesa con los brazos cruzados, gesto serio y la mirada clavada en el suelo.

–Le he pedido a las niñas que nos dejaran a solas –dijo al escucharla entrar.

Malena echó el agua del barreño en el fregadero y se dirigió a la mesa para recoger las tazas y los platos, pero él se lo impidió cogiéndola del brazo.

–Di lo que tengas que decir y vete –murmuró con serenidad liberándose de su mano.

Martín suspiró con irritación mientras la veía recoger las tazas, los platos y los cubiertos como si no estuviese presente.

–Sabías que me iría –dijo en voz baja.

–No te lo estoy impidiendo –se defendió ella comenzando a fregar los cacharros.

–Malena... ¡maldita sea! –exclamó pasándose la mano por el pelo–. Intento hablar contigo. Deja eso –le pidió.

–Te escucho –dijo secándose las manos en una servilleta mientras mantenía la compostura con ojos

brillantes.

Entonces lo observó sacar ciento cincuenta pesetas del bolsillo interior de su chaqueta.

—Servirán para que puedas pagar el alquiler del mes próximo... —ella se negó a coger el dinero cuando se lo ofreció—. Malena, por favor.

Martín dejó las pesetas sobre la mesa ante su reticencia.

—Vete ya —susurró ella dándose la vuelta.

Entonces él la obligó a volverse.

—Si ese... hijo de perra volviera a acosarte, acude a mí —murmuró mientras ella apartaba la mirada—. Malena prométeme que necesites lo que necesites acudirás a mí. Prométemelo, por favor —repitió ante su silencio—. Solo podré marcharme si lo haces.

Ella asintió sin levantar la vista. Entonces él la abrazó. La sostuvo con fuerza entre sus brazos hasta que ella le devolvió el abrazo con la misma intensidad.

—He dejado mi dirección en la mesa del taller —musitó junto a su oído.

—Bien... —entonces la voz se le entrecortó—. No fuerces la pierna, he notado que cuando lo haces cojeas —dijo sin saber por qué.

Martín sonrió a su pesar contra su cabello, luego sostuvo su rostro entre sus manos.

–Esto no es un adiós –dijo con solemnidad, la mirada atormentada y el cuerpo tenso.

Ella esbozó una temblorosa sonrisa, entonces se puso de puntillas y lo besó; un beso tierno, íntimo, lento...

¿Un condenado beso de despedida, Malena?, se preguntó él tomando su boca con decisión. No tenía intención alguna de desaparecer de su vida, pero no podía hacerle promesas de amor después de lo que James le había contado sobre la Garduña, no debía, por su bien y el de ella. Lo único que podía hacer era protegerla. Y la única forma que tenía de hacerlo era alejándose. Su vida estaba en peligro, así como la de todas las personas que estuviesen junto a él. Puso fin al beso apoyando su frente en la de ella.

–Hasta pronto –musitó resistiéndose a moverse.

–Hasta pronto –susurró ella con un hilo de voz, entonces lo empujó con suavidad para apartarlo.

No iba a abandonarla, ¿cómo podría hacerlo? Ella era lo más hermoso que le había sucedido en la vida. La culpabilidad golpeó su conciencia. Aun así, se iría

en unos segundos. No podía prolongar más su estancia. Martín se volvió sin mirar atrás y salió de la cocina. Llegó al taller. Las niñas lo miraron con congoja antes de esbozar una forzada sonrisa. Nora le ofreció el sombrero que sostenía entre sus manos.

–Hemos escogido este para usted. ¿Le gusta?

–Sí... lo llevaré siempre –musitó con emoción.

Martín lo tomó y se lo puso. Encajaba en su cabeza a la perfección. Luego, sonrió con tristeza a las gemelas.

–Cuidad de vuestra hermana. Volveré cuanto antes –les dijo besando las mejillas de sus rostros.

Después se marchó sin darse tiempo a cambiar de opinión. Eran las ocho en punto.

Malena volvió al fregadero de inmediato. No podía pensar, no quería pensar... porque si lo hacía estaba segura de correr tras él e implorarle que no la dejara.

«¡Tonta! ¿y de qué serviría eso? ¡Al menos mantén la dignidad!».

Una vez hubo terminado de fregar, cogió la escoba y se movió por la cocina mientras notaba molestas

punzadas en lugares insospechados; recordatorios del acto amoroso de la noche anterior.

Cada vez que eso sucedía, cerraba los ojos, respiraba con fuerza y se obligaba a ignorarlas.

Lo sucedido entre ellos no había significado nada para él.

–¡Martín! –exclamó Charlotte abrazándolo con rapidez–. ¿Cómo estás? –preguntó examinándolo de arriba abajo.

Martín sonrió cogiendo con cariño sus manos mientras besaba sus mejillas.

–Bien, Charlotte. Ya me ves, recuperado.

–Hemos estado tan preocupados... –murmuró con la emoción reflejada en sus ojos. .

–Basta de zalamerías –la interrumpió con suavidad Alonso acercándose.

Cuando su esposa se apartó dibujando una alegre sonrisa, este abrazó a su tío con firmeza. Martín rio ante ese inesperado gesto de afecto devolviendo el abrazo con fuerza.

–Pasemos al despacho. Tenemos mucho de qué

hablar –dijo Alonso con gesto grave una vez que se separaron.

Capítulo 8

Martín entró en su casa al tiempo que Rafael, su mayordomo, se hacía cargo de su sombrero, su chaqueta y su nuevo maletín.

—El almuerzo se servirá en diez minutos, señor. Mientras espera podría tomarse un jerez en el despacho —le sugirió como cada día.

—Está bien, gracias Rafael.

—Señor —dijo en tono queda alejándose con sus prendas.

Martín se encaminó hacia su despacho, aun no sabía por qué lo llamaba así, puesto que lo había convertido en un pequeño consultorio preparado para las urgencias. Entró en la estancia repleta de armarios y estanterías que contenían frascos de medicamentos, utensilios para hacer curas e instrumentos y libros de medicina. Observó la sólida mesa de roble situada

junto a la ventana y las sobrias butacas de piel que la acompañaban. En una esquina se hallaba la licorera sobre una mesita auxiliar, y junto a esta, un enorme sofá de piel marrón. Caminó hacia la mesa auxiliar, cogió la botella que contenía el jerez y se sirvió una pequeña copa. Luego, se sentó en su silla tras la mesa y contempló el ajetreo de la calle a través del cristal de la ventana.

Habían transcurrido dos semanas desde que se separara de Malena y las niñas. Casi le parecía imposible levantarse cada día para ocuparse de sus pacientes sin luchar contra la tentación de ir a verlas. No podía hacerlo, pero saberlo no lo hacía más soportable. Además, había discutido fuertemente con Alonso cuando este le había prohibido seguir realizando sus visitas médicas. Él se había negado con rotundidad. Su trabajo era lo único que mantenía su cabeza ocupada. Así que, cada mañana, podía ver a Manuel o alguno de sus hombres escoltándolo a una distancia prudencial por estricta orden de su sobrino. Se sentía acorralado. La libertad de sus movimientos menguada por los mismos hombres que lo protegían y malhumorado por el proceder de los acontecimientos.

Sabía que los hombres que habían vigilado la calle de Malena habían desaparecido incluso antes de que él se marchara. No habían vuelto a ser vistos rondando el barrio y aquello inquietaba sobremanera a Alonso... Los hombres de James se internaban cada noche en los bajos barrios de la ciudad para recabar información, sin embargo nadie se atrevía a hablar sobre la Garduña, o al menos, eso le hacía creer Alonso, aunque sabía que no le decía toda la verdad. Y eso era lo que más lo irritaba. No conocer el terreno que pisaba. Echó la cabeza hacia atrás mientras cerraba los ojos. Estaba cansado de esa situación. Quería volver a tener las riendas de su vida. Siempre había estado solo, agradablemente solo, era un hombre de naturaleza independiente, pero ahora se sentía... vacío. Había permitido que Malena se acercara a su corazón más que ninguna otra mujer en toda su vida. ¿Y qué había hecho él? Tomar todo lo que ella había querido darle sin ataduras, sin promesas, sin recriminaciones... Suspiró. Cualquier mujer en su situación le habría exigido algún tipo de responsabilidad, reparación o le habría reprochado su actitud. Habría llorado o le habría gritado... pero no Malena. Después de entregarse a él

con tanta generosidad durante aquella noche lo había dejado marchar con una pequeña sonrisa y un resignado adiós.

Tomó un largo sorbo de su copa.

¿De dónde había sacado él las fuerzas para alejarse de la mujer que le había ofrecido su protección, le había salvado la vida y lo había amado haciendo añicos la coraza de su corazón?

Se maldijo entre dientes. El día anterior le había enviado a Madeline una nota pidiéndole que las visitase, pero aún no había obtenido respuesta. Si supiera de ellas con frecuencia podría conformarse, sin embargo no saber nada lo estaba enloqueciendo... ¿Habría vuelto el señor Ferrer a molestarla con sus insinuaciones? ¿La habría amenazado de algún modo? Con toda seguridad ya habría ido a cobrar el alquiler. ¿Tendrían suficientes ventas y pedidos en la tienda para mantenerse? ¿Estarían pasando dificultades? ¿Lo añorarían de la misma forma en la que él las añoraba a ellas?

Sonrió con tristeza al darse cuenta que pensaba en plural. No solo Malena había conquistado su corazón, las gemelas habían hecho lo propio con una parte.

Echaba de menos el alegre parloteo de Nora así como la tranquila sensatez de Valeria...

–Señor, el almuerzo está dispuesto –mencionó Rafael entrando en el despacho después de llamar–. La señora Téllez ha preparado de primero sopa de berros y tortilla de perejil. De segundo, bacalao en salsa de ajo acompañado de patatas estofadas. Por último, el postre se compone de fruta del tiempo, flan con dulce de albaricoque o tarta de fresas –dijo terminando de recitar el menú.

–Gracias, Rafael. Voy enseguida.

El hombre asintió volviendo a cerrar la puerta.

Era curioso; antes jamás le había dado importancia a la compañía durante desayuno, el almuerzo o la cena... ahora se habían convertido en las peores horas de sus días.

Malena apagó la lámpara y entró en la cama. Durante el día su trabajo en la sombrerería y en el taller ocupaba el máximo de sus horas distrayéndola de sus pensamientos, pero las noches... Las noches habían llegado a ser un auténtico tormento. Luchaba

con ahínco contra lo que su corazón sentía mientras debatía en su cabeza la conveniencia de olvidar a Martín, o al menos, la conveniencia de dejar de pensar en él... no obstante, su ausencia le dolía más de lo que estaba dispuesta a admitir; anhelaba su presencia, su aroma, su mirada, su sonrisa, su contacto... su voz. Hundió la cabeza en la almohada con desesperación. Lo quería. Había intentado con todas sus fuerzas impedir que ese sentimiento se adueñase de su corazón durante su convalecencia, pero había sido tan nuevo, tan inexplicable y abrumador que no había sabido enfrentarse a él... Y ahora se estaba volviendo loca intentando destruirlo. Se repetía sin cesar que Martín ya habría retomado su vida. ¿Cómo hacerlo ella? Nuevas lágrimas acudieron a sus ojos. ¿Cómo olvidar las maravillosas sensaciones que le había descubierto? ¿Cómo permitir que otro hombre volviera a tocarla del mismo modo? Solo pensar en la posibilidad la ponía enferma... ¿Por qué tuvo que pararse a cenar en esa endiablada taberna? ¿Por qué tuvo que forzar la puerta de su taller? ¿Por qué diantres tuvo que hacerse un lugar en su casa? ¿Y, por qué, maldita sea, tuvo que ganarse el afecto de sus hermanas y el suyo propio?

¿Por qué? Malena gritó en silencio junto a la almohada. ¿Por qué no había querido quedarse para siempre?

Volvía a estar en ese árido desierto. Valeria avanzó con rapidez hacia la hoguera. Al acercarse escuchó los extraños cánticos de Levi. Como hacía siempre, se sentó a la espera de que él terminara de recitarlos.

–Bienvenida, Valeria –dijo abriendo los ojos.

–Hola Levi.

–Ha llegado el momento de proteger al hombre medicina. Mañana, después de la medianoche, dos hombres acudirán a su casa para asesinarlo.

El corazón de Valeria dejó de bombear durante un instante.

–¿Por qué?

–Porque conoce los rostros de otros dos con más poder.

–Lo avisaré de la llegada de esos hombres.

–Si lo hicieras intentaría enfrentarse a ellos a solas. El final sería el mismo.

–No lo entiendo, Levi.

–No dudará de tu preocupación, pero se mostrará reacio a creer en tus palabras. Él solo cree en lo que ve.

La niña lo miró angustiada.

–¿Qué puedo hacer entonces?

–Debes poner sobre aviso al marqués de Andrada.

–¿El marqués de Andrada? –preguntó con desconcierto.

Levi sonrió ante su confusión.

–El sobrino del hombre medicina –aclaró–. Menciona mi nombre –ordenó antes de desvanecerse.

Valeria abrió los ojos de par en par. Había vuelto a su habitación. Apenas podía moverse. Sentía la garganta reseca y un desmesurado pavor recorriendo la sangre de sus venas. Después de ver a Levi siempre necesitaba unos minutos para recuperarse y volver a controlar su cuerpo. Al ver como se formaba en su mente la imagen sin vida de don Martín se quedó sin respiración. Poco a poco las entumecidas extremidades de su cuerpo comenzaron a recobrase.

Miró a Nora. Dormía. Se levantó y caminó con decisión hacia el dormitorio de Lena. No tenía alternativa. Si no lo evitaba, don Martín moriría al día siguiente. Al llegar a la habitación escuchó el ahogado llanto de su hermana. La niña respiró hondo. Entonces esperó junto a la puerta entreabierta hasta que los sollozos fueron cesando.

—¿Lena? ¿Estás despierta? —susurró traspasando la puerta.

—¿Valeria? ¿Ocurre algo? ¿Estás bien? —oyó que preguntaba con alarma Lena antes de encender la lámpara.

Valeria observó sus ojos vidriosos.

—Tengo que hablar contigo —musitó acercándose.

El corazón de Malena se paralizó durante unos segundos al ver la sombría palidez que cubría el rostro de su hermana.

—Buenos días, Julio. Necesito ver a su ilustrísima de inmediato —anunció Mrs. Esterly entrando en la casa como un torbellino seguida de Malena y las niñas.

Julio frunció el ceño mientras se apartaba de la

puerta para dejarlas pasar.

–¿A quién tengo el placer de anunciar? –preguntó dirigiéndose a Malena.

–A la señorita Villalba –agregó Madeline con rapidez –, ¿y podría llevar a las niñas a la cocina después? No han desayunado aún.

El anciano esbozó una sonrisa al mirar a las gemelas.

–Desde luego. Esperen un momento. Las anunciaré –dijo alejándose con premura.

Madeline observó los preocupados rostros de la joven y las niñas. Aún no sabía si creer lo que la señorita Villalba le había contado sobre su hermana y lo que esta había vaticinado, pero desde luego, no toleraría que su incredulidad provocase la muerte de Martín.

–Su ilustrísima las espera en el despacho –dijo el mayordomo a su vuelta–. Ya conoce el camino, Mrs. Esterly.

–Agradecida, Julio.

El anciano asintió antes de dirigirse con amabilidad a las gemelas.

–Síguenme señoritas.

Las niñas miraron con seriedad al anciano. Parecía complacido con su presencia, pero ellas querían ir con su hermana. Miraron en muda súplica a Malena. Entonces Madeline se agachó para estar a su altura.

—Estoy convencida de que a su ilustrísima le agradecerá conoceros más tarde, pero ahora debéis ir con Julio. Su esposa, María, os recibirá encantada.

Valeria miró los hermosos ojos azules de Madeline sin vacilar.

—Lo sé. Dispondrá toda clase de delicias en la mesa para que desayunemos. Es una mujer nerviosa, de carácter afable... y algo mandona. Le gusta cocinar —musitó en un intento de demostrar su talento sin que la tomaran por una demente—. En ese aspecto es muy similar a mi hermana —añadió señalando a Nora.

Julio agrandó los ojos con sorpresa mientras miraba con curiosidad a la niña. Había hecho un esbozo bastante acertado de su esposa sin conocerla. Malena tragó con dificultad; aún no terminaba de acostumbrarse al extraño don que, la noche anterior, su hermana le había confesado poseer. Madeline sonrió con inseguridad. Lo cierto era que, aunque con

brevedad, había descrito muy bien la personalidad de María.

—Así es. Además hace el mejor chocolate de Madrid —apuntó Madeline.

Entonces Nora cogió la mano de su gemela con decisión y sonrió al mayordomo. El anciano le devolvió la sonrisa al instante.

—Por aquí —les indicó avanzando.

Malena observó la marcha de sus hermanas con inquietud.

—No se preocupe. Estarán bien —la tranquilizó Madeline—. ¿Preparada para conocer a su ilustrísima?

Malena respiró hondo. Su ilustrísima. El marqués de Andrada. El sobrino de Martín. Casi no podía creerlo.

—No... y aún menos en estas circunstancias.

Madeline hizo un gesto de comprensión, luego avanzó indicándole el camino hacia el despacho del hombre.

—Adelante. Estará impaciente por conocer la razón de su visita.

Malena la miró con inseguridad.

—¿Qué cree que pensará Mrs. Esterly? —preguntó

en voz baja.

—No lo sé a ciencia cierta, pero lo que sí sé es que no permitirá que le suceda nada a su tío si está en su mano evitarlo —dijo llamando a la puerta.

Madeline abrió la puerta y Malena entró en la imponente habitación seguida de esta. El marqués se hallaba de pie tras la mesa de su despacho. Vestía un impecable traje de color azul oscuro. Era de la misma estatura que Martín; quizá un poco más bajo, delgado, aunque provisto de anchos hombros. Su cabello, era más oscuro que el de su tío, de un brillante color negro, sin embargo ambos compartían las mismas facciones; pómulos marcados, mandíbula fuerte y nariz aguileña. El parecido entre los dos era evidente... La única diferencia real radicaba en el color de sus ojos. Los del marqués, lejos de compartir el verdor de los de Martín, eran de un vivo color ámbar... Su mirada intensa, directa, casi intimidante, y en ese momento, se clavaba en ella con mudo interés.

—Ilustrísima —dijo Madeline a modo de saludo—. Le presento a la señorita Villalba.

Él desvió la vista hacia Madeline arqueando una ceja con diversión.

—Olvida el tratamiento, Madeline. Es un placer conocerla señorita Villalba —dijo volviendo a posar sus ojos en ella.

Así que aquella mujer de pelo castaño y enormes ojos marrones era la responsable del terrible carácter que su tío exhibía recientemente. James no había errado en su descripción. Era una joven de aspecto interesante. Bonita, concluyó.

—El placer es mío, su ilustrísima —musitó Malena amedrentada por la curiosidad de su mirada.

—Tomen asiento, por favor. ¿A qué debo su visita? —le preguntó con impaciencia una vez que se acomodaron en las butacas frente a él.

Malena cruzó una breve mirada con Mrs. Esterly. Esta la alentó haciendo un gesto con la mirada que no pasó desapercibida al hombre.

—Verá —comenzó sin saber muy bien cómo seguir mientras entrelazaba sus manos sobre su regazo—, su tío se halla en peligro.

El marqués volvió a arquear la ceja.

—Lo sé, señorita Villalba —dijo esperando que ella continuara.

Malena tragó con nerviosismo. El hombre no

dejaba de contemplarla con expectación.

—Sé que le resultará difícil creerlo, pero... una de mis hermanas, Valeria, insiste en que dos hombres asesinarán a Martín hoy después de la media noche —dijo al fin.

Alonso miró a la joven con sorpresa.

—¿Insiste? —preguntó con incredulidad—. Si pudiese ser más explícita se lo agradecería.

—Su hermana, al parecer —dijo de pronto Madeline interviniendo en la conversación—, tiene visiones.

Alonso observó con asombro a Madeline.

—¿Visiones? —repitió después de aclararse la garganta.

—Solo a veces —aclaró Malena volviendo a atraer su mirada—, pero en este caso, no es así exactamente —dijo con rapidez.

—¿Tendría la amabilidad de explicarse? —preguntó Alonso con cautela.

—Hay un hombre que visita en sueños a mi hermana, o al revés, no lo sé con precisión —Alonso agrandó sus ojos con escepticismo—. Valeria me ha pedido que le diga su nombre. Ella piensa que puede tener algún significado para usted.

Alonso frunció el cejo.

—¿Cómo se llama ese hombre pues? —preguntó con intriga.

—Levi.

El marqués empalideció.

—¿Podría conversar con su hermana? —dijo manteniendo a duras penas la calma.

—Por supuesto. ¿Representa algo para usted el nombre de ese hombre? —preguntó ella con alarma al ver el cambio de su semblante.

—Sí... y si Levi ha visitado a su hermana para decirle que mi tío morirá hoy, la creo —dijo poniéndose en pie para servirse un coñac—. ¿Les sirvo uno? —preguntó mirándolas una vez que estuvo junto a la mesita de la licorera.

Malena se sorprendió asintiendo.

Madeline observó a uno y otro con inquietud. Más aún, observó con inquietud la palidez de sus rostros.

—Sírvenme otro, Alonso —dijo olvidando por completo el tratamiento formal.

Nora observó sonriendo a la marquesa cuando esta

pidió su segunda taza de chocolate. Era una mujer menuda, de estructura delgada, a pesar del enorme abdomen que exhibía a causa de su embarazo. Su cabello era de color castaño, y lo llevaba recogido en un grueso moño del que escapaban numerosos bucles que se acomodaban alrededor de su rostro ovalado. Sus ojos eran de un celeste límpido y estaban enmarcados por unas largas pestañas oscuras que resaltaban más aún la luminosidad de su mirada. Su tez era clara, la nariz recta y elegante; salpicada de un sinfín de pequeñas pecas que se extendían por sus mejillas. Su boca era grande; de labios gruesos y ligeramente sonrosados y no dejaba de sonreír.

—No debería abusar —la regañó la anciana cocinera con afecto.

—Solo la mitad de la taza, María, por favor —pidió llevándose a la boca una tostada de pan cubierta de jalea de cerezas.

—Es su segundo desayuno esta mañana —protestó la anciana sujetando la jícara para servirle un poco más de chocolate.

—Y no descartaría un tercero —dijo la marquesa guiñándole un ojo a Nora con simpatía.

–Se ha vuelto tan golosa como su esposo –rezongó la anciana–. *Dos que duermen en el mismo colchón, se vuelven de la misma condición.* Todos los refranes son ciertos –aseveró.

–Son antojos –se defendió la marquesa riendo con diversión–. María acabará enseñándome todo el refranero español –les dijo en inglés a las niñas.

–¿Qué ha dicho? –preguntó María entrecerrando los ojos.

–Que haces el mejor chocolate del mundo –mintió Charlotte.

La anciana puso los ojos en blanco antes de volverse para coger otro plato de pan tostado que dejó sobre la mesa.

–No crea que me engaña, aunque no entienda lo que dice –dijo la mujer sentándose junto a Valeria–. Come, apenas has probado bocado –la urgió con amabilidad.

Valeria sonrió a la anciana antes de contemplar la mesa. María había dispuesto sobre ella toda clase de panecillos rellenos, bizcochos cortados en pequeños cuadrados, hojaldres rellenos, rosquillas, tostadas de pan, botes de cristal con diversas jaleas y una bandeja

repleta con frutas del tiempo; albaricoques, fresas, cerezas, peras, higos y ciruelas.

Se decidió por un trozo de bizcocho aromatizado con limón mientras contemplaba como su hermana engullía su segundo panecillo.

–Está delicioso. ¿Me enseñará a hacerlos, señora María? –preguntó Nora.

La anciana sonrió.

–Claro que sí.

Charlotte se atragantó y comenzó a toser hasta que se le saltaron las lágrimas al escuchar a la cocinera. Esta se levantó con rapidez, le sirvió un vaso de agua y se lo entregó.

–¿Ve? Debería dejar de comer –dijo golpeando su espalda con delicadeza.

Charlotte la miró con indignación.

–¡Por Dios, María! ¡Me he atragantado ante su descarada mentira! No le gusta enseñar sus secretos de cocina a nadie.

La cocinera se sonrojó ante la sorprendida mirada de Nora.

–Con esta pequeña podría hacer una excepción. Resulta evidente que aprecia y disfruta del arte

culinario.

—Todos en esta casa apreciamos y disfrutamos de su arte culinario —dijo Charlotte en tono zalamero.

Mientras Nora se interesaba por la receta de los panecillos rellenos, Valeria observó con curiosidad a la marquesa. Esta escuchaba con atención la conversación de su hermana con la anciana y de vez en cuando la miraba con ternura ante su silencio. La niña terminó de masticar su bizcocho, bebió un poco de chocolate y entonces miró hacia la puerta con expectación. De pronto, esta se abrió dejando paso a un elegante hombre. Lo estudió con la mirada. El marqués de Andrada. El parecido entre don Martín y él era innegable. Tanto, que bien podían pasar por hermanos.

—¿Por qué será que no me sorprende encontrarte aquí? —le preguntó a la marquesa con sorna sentándose a su lado mientras Mrs. Esterly y Malena llegaban a la cocina tras él—. Señoritas —les dijo—, tomen asiento y sírvanse, por favor... señorita Villalba le presento a mi esposa, Charlotte la señorita Villalba —dijo con rapidez posando la mirada sobre las niñas sentadas al otro lado de la mesa—. Y supongo que

estas encantadoras jovencitas son sus hermanas.

—¡Pero bueno, qué modales son esos Alonso! —lo amonestó la anciana.

—Los que siempre he tenido en esta cocina, María —dijo él cogiendo un trozo de hojaldre relleno sin prestar atención al regaño de la mujer.

Madeline rio ante la estupefacción de Malena. Esta no solo se sentía desconcertada por la situación sino por el extraño proceder del marqués. No se conducía como lo hacían los de su clase y menos aún se comportaba como había esperado que lo hiciera.

—Es un placer conocerla al fin, señorita Villalba —dijo la marquesa con un extraño brillo en la mirada—. Tanto mi esposo como yo les estamos profundamente agradecidos por todo lo que han hecho por Martín.

Malena se sonrojó de inmediato.

—No hay nada que agradecer —murmuró un tanto cohibida ante el calor del trato de la marquesa.

Alonso se llevó a la boca otro trozo de hojaldre olvidándose de la conversación de su esposa con la señorita Villalba mientras observaba con ojo crítico los idénticos rostros de las gemelas. Sería difícil saber quién era quién. Entonces una de ellas le guiñó un ojo

con socarronería; Nora. La otra lo observó con la misma curiosidad con la que él lo hacía; Valeria.

Su tío le había hablado tanto de ellas que parecía que las conociera de toda la vida.

—Es a mí a quien busca don Alonso —dijo Valeria de pronto—. Pregunte cuanto desee.

Él sonrió a la niña.

—Bien, porque tenemos mucho de qué hablar, Valeria.

—¡Su ilustrísima! —exclamó con asombro el mayordomo de su tío Martín.

—Buenas noches, Rafael —dijo entrando en la casa seguido de James y cuatro de sus hombres—. ¿Se encuentra el señor?

—Aún no, su ilustrísima. Suele llegar a la hora de la cena, si no le surge ningún contratiempo en la consulta —dijo recuperando la compostura.

—Estupendo. Dígale a la señora Téllez que nos quedaremos a cenar —dijo entregándole sus prendas al anciano.

—¿Desea algo en especial? —preguntó el hombre.

–Cualquier cosa servirá –respondió con rapidez.

–Como ordene.

–¿Ha venido algún paciente buscando los servicios de mi tío a lo largo del día?

–No, su ilustrísima.

–Bien. Esperaremos en el despacho.

–Sígueme –dijo con diligencia el mayordomo.

–Ya sabéis lo que tenéis que hacer –murmuró con nerviosismo el hombre observando la calle. A esas horas de la noche estaba escasamente transitada–. No falléis. Acabad con ese desgraciado con rapidez... y no dejéis testigos. Os va la vida en ello.

–Entendido –murmuró uno de ellos.

–Simulad un robo como acordamos. Ya sabéis donde encontrarme cuando hayáis hecho el trabajo.

Los muchachos asintieron mientras escuchaban el replicar de las campanas de una iglesia cercana. Media noche. Había llegado el momento.

El hombre observó a los otros dos mientras se encaminaban hacia la casa del médico. Uno de ellos se encorvó fingiendo estar enfermo. El otro llamó a la

puerta. Entonces cubriéndose la cabeza con su sombrero se marchó.

El mayordomo abrió la puerta acercando a sus rostros la lámpara de aceite que sostenía para observarlos mejor.

—Buenas noches. ¿Se encuentra el doctor? Mi hermano está indispuesto. Tiene fuertes dolores de estómago.

—Buenas noches —dijo el anciano dejándolos pasar—. Esperen. Veré si el doctor puede recibirlos.

Los jóvenes contemplaron la tranquila marcha del anciano por el corredor con ansiedad. Al cabo de unos minutos regresó.

—Sígueme —dijo mostrándoles el camino—. Pasen —dijo deteniéndose junto a una puerta—. El doctor los espera.

El joven que parecía estar sano abrió la puerta seguido del que simulaba estar enfermo. Al entrar observaron su interior con sorpresa antes de volverse con rapidez para escapar por el mismo corredor por el que habían llegado. El anciano había desaparecido, pero en su lugar se hallaban tres hombres apuntándolos con sus armas. Se detuvieron con brusquedad antes de

que los obligaran a entrar en el despacho sin decir nada.

–Adelante caballeros. No sean tímidos –dijo James en tono sardónico mientras los apuntaba con su propia arma.

Uno de ellos se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta.

–No hagáis ninguna tontería... Tomad asiento, por favor –añadió Alonso con severidad dirigiéndose a ellos.

Entonces James le hizo un gesto a dos de sus hombres. Estos se acercaron a los muchachos, los registraron y retiraron las armas de fuego que escondían en el interior de sus chaquetas.

En ese momento, Martín abrió la puerta y entró en la estancia. Observó a sus asesinos. Eran jóvenes, ¡Santo Dios, demasiados jóvenes!, ambos morenos, de complexión fuerte y apariencia aseada. Además vestían ropas caras... En modo alguno se parecían a los rufianes que había esperado encontrarse. Supo que de no ser por Valeria ya estaría muerto. Esos hijos de perra le habrían metido una bala en el corazón antes de que hubiese comenzado a sospechar. Una fuerte

emoción comenzó a recorrer su cuerpo; rabia. Intensa. Profunda. Absoluta... Incontrolable. Los jóvenes lo miraron con seriedad.

—¿Los reconoces? —preguntó Alonso—. ¿Son los hombres que viste en la taberna?

—No —dijo Martín con premura sin apartar la vista de ellos—. ¿Quién os ha ordenado matarme? —les preguntó con fiereza acercándose. Los muchachos permanecieron en silencio apartando la mirada—. ¡Malditos hijos de puta! ¡Hablad! —gritó perdiendo las formas.

Entonces uno de los muchachos, el más alto, levantó la vista y lo miró con arrogancia, sin embargo calló.

Martín se puso frente a él. Tenían la misma estatura.

—¿Quién? —volvió a preguntar tan cerca de su rostro que el muchacho se echó hacia atrás.

El joven volvió a retarlo con su silencio. Martín encajó la mandíbula con irritación. Sin previo aviso le dio un puñetazo en el estómago que lo dobló. El muchacho se quejó, pero se irguió de nuevo con una mirada asesina.

—¿Quién?! —repitió Martín con ferocidad.

—¿Eso es todo lo que sabe hacer? —preguntó el joven con bravuconería.

Martín cabeceó con decepción antes de golpearlo de nuevo. Esta vez en un estratégico punto entre las costillas del lado derecho que lo dejó sin respiración durante unos segundos.

Alonso observó la escena con una absoluta expresión de perplejidad. James enarcó una ceja con expectación.

—No, esto es solo una pequeña muestra de todo lo que sé hacer —contestó Martín con furia contenida—. ¡Levanta! Veamos hasta dónde puedes aguantar... estoy deseándolo.

—¡Váyase al infierno! —gritó el joven con tozudez irguiéndose mientras se sostenía la costilla con un gesto de dolor en el rostro.

—¡Juguemos entonces! —dijo—, pero por si lo has olvidado, te recuerdo que soy médico. ¿Sabes qué significa eso? —continuó sin esperar respuesta—. Que conozco mejor que nadie el cuerpo humano... y también cómo destrozarlo sin mancharme las manos —aseveró con tono amenazante.

Alonso y James intercambiaron una cautelosa mirada, no obstante permanecieron en silencio.

Esta vez Martín repitió el golpe en el lado izquierdo de las costillas. El muchacho se dejó caer sobre las rodillas jadeando de dolor.

—¿Quién? —volvió a preguntar con fingida calma.

Silencio.

Martín lo levantó con brusquedad. El nuevo golpe fue a un lado de la cintura. El joven cayó al suelo tosiendo. Sentía náuseas.

—¡Basta! —gritó el otro—. No le pegue más. Hablaré.

—¡No! Si hablamos estamos muertos —susurró el otro desde el suelo conteniendo las ganas de vomitar.

—Si habláis quizá tengáis una oportunidad —dijo Alonso con tranquilidad guardando su arma.

Los jóvenes se miraron con indecisión.

Martín respiró con fuerza. ¡Por Dios Santo, que hablaran! No se veía capaz de seguir golpeando al muchacho.

—Está bien —dijo el que parecía más joven—. Hagamos un trato.

—Hablad y quizá pensemos lo del trato —expuso

James—. ¿Cómo te llamas?

—¿Qué? —preguntó el muchacho con cierto aturdimiento.

—Tu nombre —repitió James.

—Bosco.

—¿Y el suyo? —preguntó Martín señalando al muchacho que permanecía descompuesto en el suelo.

—Gabriel.

Martín se acercó a Gabriel y lo levantó del suelo.

—Hablares —masculló este entre dientes pensando que volvería a golpearlo.

Martín lo ayudó a caminar hacia el sofá.

—Te daré algo para las náuseas —dijo de pronto con seriedad.

El joven frunció el ceño con confusión mientras el médico rebuscaba entre varios frascos de un armario. Martín cogió un vaso, echó una pequeña cucharada de dos botes diferentes, vertió un poco de agua y se lo entregó.

—¿Va a envenenarme? —le preguntó con altanería.

Martín entrecerró los ojos al mirarlo.

—No me faltan ganas... Bebe —ordenó—. En unos minutos te sentirás mejor.

El muchacho miró el brebaje con desconfianza antes de beberse el contenido de un trago. ¿Mejor? Sintió cómo el mejunje peleaba por salir de su estómago para volver a subir por su garganta. Esperó unos segundos hasta que estuvo seguro de poder abrir la boca sin vomitar.

—Una condición —dijo de pronto—. Hablaré, y después pueden matarme si así lo desean, pero dejen a mi... dejen que Bosco se marche.

—No saldré de aquí sin ti —dijo el otro con decisión. Gabriel lo miró con enfado.

—Qué escena tan enternecedora —dijo James con socarronería—. Siéntate al lado de tu hermano, Bosco.

El joven lo miró con desconfianza.

—¿Por qué supone que somos hermanos? —preguntó.

—¿Acaso no lo sois? —preguntó James con impasibilidad sin dejar de apuntarlos.

El muchacho decidió guardar silencio mientras se sentaba junto al otro.

Martín acercó una de las butacas y se sentó frente a ellos.

—Os escucho.

Gabriel lo miró a los ojos con recelo.

—¿Puedo pedirle un favor?

Martín sonrió sin alegría.

—Primero una condición y ahora un favor. Me tienes intrigado, Gabriel. ¿Crees que puedes pedirle un favor al hombre al que le ibas a quitar la vida? —preguntó Martín arqueando una ceja.

El joven apretó los labios con fuerza.

—Lo he seguido durante las dos últimas semanas. Esos mequetrefes que lo escoltaban ni me olieron. Podría haberlo matado en cualquier momento.

Alonso frunció el ceño con interés al escuchar las palabras del joven. Luego, se apoyó sobre la mesa con despreocupación mientras James tomaba asiento en una de las butacas y hacía un gesto a sus hombres. Estos bajaron las armas, aunque permanecieron en sus posiciones de alerta.

—¿Por qué no lo hiciste entonces?

—En aquel momento solo tenía órdenes de seguirlo —explicó—. Lo he observado mucho. He visto cómo presta sus servicios a las putas y a los menesterosos sin obtener nada a cambio... Hace cosas buenas por gente como nosotros.

Martín se cruzó de brazos. ¿Adónde quería llegar el muchacho?

—Y si tan buena opinión tienes de mí, ¿por qué ibas a asesinarme hoy?

—Era una orden —dijo el joven apartando la vista por primera vez.

—Nos obligaron —confesó de repente Bosco.

—¡Cállate! —lo reprendió Gabriel.

Martín prestó atención entonces al otro muchacho.

—Creo que me interesa más escuchar a tu hermano. Habla Bosco.

—Señor, nosotros no queríamos. Nunca hemos matado a nadie. Se lo juro por mi madre, que en la gloria esté. Nos dedicamos al robo, pero nada más. Nos buscamos la vida como podemos.

Martín miró al joven atónito.

—Continúa —dijo sin saber que más agregar ante su extraña exposición.

—Hace unos meses, un hombre le propuso a Gabriel formar parte de una organización. No sabemos su nombre real —agregó con rapidez—. Le prometió mucho dinero...—el joven miró a su hermano. Este negó con la cabeza, sin embargo Bosco lo desobedeció—, pero no

aceptó. Se le da bien seguir a la gente y es más diestro que yo a la hora de robar. Nunca lo han pillado. Nuestra madre era una de las mujeres que usted visitaba en las Huertas. Trató su sífilis antes de que muriera... De eso hace ya dos años. Era una buena madre –la defendió sin que nadie dijera lo contrario–. Gabriel y yo nos percatamos desde el principio de su peluca y su barba. Un día seguimos al *viejo* médico por curiosidad –aclaró–. Entró en un consultorio y jamás salió de él, pero usted sí. Si se hubiese cambiado de traje quizás nos hubiese despistado, pero no lo hizo. Fue fácil atar cabos.

–Sigo sin entender por qué ibais a matarme.

–Él solo iba a robar y revolver la casa. Yo nunca hubiese permitido que se manchase las manos de sangre –lo defendió Gabriel–. Era yo quién debía disparar.

–Qué loable por tu parte –dijo Alonso con sorna al joven.

–Prefiero que sea tu hermano quien siga con la historia –dijo Martín mirándolo con seriedad.

Gabriel volvió a desviar la vista.

–Continúa, Bosco –dijo Alonso.

–Verá señor, cuando mi madre falleció nuestras hermanas pequeñas quedaron a nuestro cargo...

–¿Y vuestro padre? –lo interrumpió James.

Bosco le devolvió la mirada con gesto grave.

–Jamás conocimos a *nuestros* padres. Ni creo que nuestra madre supiera quienes eran. Ella hacía lo que hacía para poder criarnos –explicó el joven–. Cuando falleció, Gabriel y yo nos las arreglamos para cuidar de nuestras hermanas. Intentamos darles una vida decente...

–¿Les proporcionáis una vida decente mientras vosotros delinquéis? –preguntó Martín.

–Sí –afirmó el muchacho con dignidad–. Solo robamos a los ricachones que tienen más de lo necesitan. Como ustedes –añadió con valor.

–¿Por qué dices que os obligaron? –preguntó Martín comenzando a atisbar la respuesta.

–Como les he dicho Gabriel rechazó formar parte de la organización hace unos meses, aunque se lo han propuesto en repetidas ocasiones. Hace dos semanas le ofrecieron una cantidad enorme por hacer un trabajo fácil. Pensábamos que se trataba de un robo, de modo que aceptamos, pero cuando nos explicaron en qué

consistía *el trabajo* nos negamos. Solo nos dedicamos al robo –volvió a insistir–. Además lo reconocimos. Apenas ha cambiado de aspecto. Usted se ocupó de nuestra madre en sus últimas semanas de vida. Se preocupó por ella y la trató con respeto. No podíamos hacerlo.

Martín los observó con detenimiento. Había pasado mucho tiempo, pero creyó recordar a la mujer, así como a los dos adolescentes y las dos pequeñas criaturas que solían recibirlo cada día al anochecer en su casucha.

–Vuestra madre me aseguró que tenía una hermana que se haría cargo de vosotros cuando faltara. Me dijo que vivía en Toledo y que os llevaría con ella cuando llegara el fin.

–Yo le pedí que mintiera –dijo entonces Gabriel–. Le prometí a mi madre que cuidaría de mis hermanos. Tenía miedo de que encerraran a mis hermanas en una inclusa y perdiéramos su pista. Yo tenía entonces diecisiete años y Bosco catorce. La mayor de mis hermanas tenía cinco y la pequeña apenas contaba con tres. Mientras yo trabajaba en lo que podía, Bosco las cuidaba.

–¿Dónde están tus hermanas? –preguntó Martín sabiendo al fin como los habían obligado.

Gabriel lo miró con pesar.

–Las tiene el hombre que me ordenó matarlo. El mismo día que rechazamos hacer el trabajo vino a casa al anochecer armado y con tres hombres más. Se las llevaron amenazándonos con... venderlas a un burdel si no hacíamos el encargo.

Martín cabeceó con disgusto.

–No teníais alternativa, ¿verdad?

Gabriel lo miró a los ojos.

–No con la Garduña.

–¿Conoces a sus miembros? –preguntó con interés James.

–No a todos, y desde luego no a los poderosos, pero podría llevarlos hasta algunos de ellos.

James se levantó de la butaca.

–Este es el trato. Os ayudamos a liberar a vuestras hermanas si a cambio nos ayudáis a localizar a los miembros que conozcáis.

Gabriel sonrió con tristeza.

–No es tan fácil. Si en cuatro horas no nos encontramos en el lugar acordado con el hombre que

ordenó su muerte –dijo señalando a Martín–, no volveremos a saber nada de nuestras hermanas, y en el mejor de los casos, nos matarán cuando sepan que no hemos cumplido con lo pactado.

–Para cuando se enteren, tus hermanas y vosotros estaréis bajo mi protección –dijo Alonso.

–¿Por qué iba a confiar en usted? –preguntó el joven.

–Porque no tienes otra opción.

Gabriel lo sabía y si existía alguna posibilidad de rescatar a sus hermanas no renunciaría a ella.

–¿Si lo ayudo liberará a mis hermanas esta misma noche?

–Tienes mi palabra –prometió Alonso con solemnidad.

Los jóvenes se miraron en mudo silencio.

–¿Qué tengo que hacer? –preguntó Gabriel.

–¿Qué tenemos que hacer? –dijo enseguida Bosco.

Capítulo 9

Valeria se giró sobre su espalda y se llevó un brazo a la frente. Hacía calor. Se frotó la cara adormecida. Durante esa noche no dejaba de dar vueltas en la cama, inquieta, como si intuyera la pesadilla que quería evitar. Había temido que la visión del cuerpo sin vida de don Martín se formara en su mente de un momento a otro, sin embargo no había sucedido. Se relajó al fin encontrando una postura cómoda mientras notaba como su respiración se hacía más profunda y pausada. Don Martín estaba fuera de peligro... Estaba segura.

—¡Valeria! ¡Valeria!

La niña vio a Levi junto a la hoguera a lo lejos. Le hacía señas para que se acercara. Valeria corrió a su encuentro extrañada. Él solía esperarla sentado con las piernas cruzadas mientras

susurraba sus cánticos.

*–¡Levi! ¡Está a salvo! ¡Hice lo que me dijiste! –
vociferó acercándose a él.*

*–Escúchame Valeria, ¡despierta! –le gritó el
hombre con expresión preocupada antes de que
llegara.*

–¿Qué?

–¡Despierta!

Valeria abrió los ojos. Le entró la tos y al hacerlo se despertó del todo. Miró a su alrededor y sintió un ataque de pánico. Había una enorme nube de humo en la habitación. Quiso moverse, pero su cuerpo no reaccionaba. Supo que no podría controlar sus movimientos hasta que no transcurrieran unos minutos. Movié el cuello y miró a su hermana dormida.

*–¡Nora! ¡Despierta! ¡Por Dios, Nora! –dijo a
media voz.*

Quería gritar, pero no podía. Las lágrimas empañaron sus ojos. Volvió a toser. Tenía que levantarse. Esperó unos segundos hasta que notó como el entumecimiento comenzaba a abandonar su cuerpo. Movié las piernas, y poco a poco, los brazos.

–¡Nora! –volvió a llamarla recuperando la fuerza de su voz–. ¡Despierta! –salió de la cama con dificultad y caminó hacia la de su hermana con lentitud–. ¡Nora, por favor! –gritó zarandeándola en medio de otro ataque de tos–. ¡Abre los ojos! ¡Nora! ¡Despierta! ¡Nora!

Su hermana abrió los ojos comenzando a toser con fuerza.

Las lágrimas corrieron por las mejillas de Valeria, por un segundo había creído que...

–¿Qué pasa? –preguntó ella sin ser consciente aún del humo de la habitación mientras tosía.

–Levanta. Tenemos que salir de aquí –la apremió Valeria.

Nora miró a su alrededor y vio el humo que las rodeaba. Salió de la cama de inmediato sin dejar de toser. Agarró la mano de su hermana, llegó hasta la puerta, cogió el pomo y la abrió. Un humo cegador las rodeó de inmediato. La habitación de Malena se encontraba al final del pasillo junto a las llamas.

–¡Lena! –gritaron avanzando por el corredor.

Nora llegó al dormitorio seguida de Valeria. Abrió la puerta sin dejar de restregarse los irritados ojos.

–¡Lena! ¡Despierta! ¡Lena!

No hubo respuesta. Nora avanzó. Volvió a llamarla sin obtener respuesta, alcanzó la cama y se subió a ella sacudiendo el hombro de su hermana. No despertaba. La zarandeó con más fuerza mientras Valeria la llamaba a gritos. No reaccionaba. Entonces Nora cogió la jofaina y volcó su contenido sobre el rostro de su hermana. Malena comenzó a toser con fuerza. Nora le pasó los dedos por la cara.

–Gracias al cielo –susurró la niña con alivio.

–¿Qué sucede? –preguntó Malena al ver el humo que las envolvía. Saltó de la cama con dificultad en medio de un violento ataque de tos.

–Fuego –dijo Nora.

–Taparos la boca con el camisón –dijo llegando hasta la puerta junto a Valeria.

Malena observó el fuego con horror. Las llamas emergían desde el hueco de la escalera principal y atravesaban el suelo junto a su habitación. No podrían escapar por allí. Desde algún lugar en la parte de abajo se escuchó el sonido de cristales haciéndose pedazos. Las llamas avanzaban subiendo por las paredes mientras bramaban con voz propia al tiempo que

coloreaban la oscuridad de un brillante color naranja.

–Las escaleras traseras. Saldremos por el taller – gritó empujando a las gemelas que tosían sin cesar.

Malena se subió el camisón tapándose la boca con la tela para evitar respirar el humo. Apenas veían los escalones mientras descendían. La espesa neblina las rodeaba por completo cegándolas. Malena comenzó a tener la sensación de que la estaban estrangulando. Le faltaba el aire. Entonces un hombre emergió a través de las escaleras tosiendo con violencia.

–¡Por aquí! –gritó cogiendo a ambas niñas en brazos.

Llegaron a la cocina, sin embargo la visión de nuevas llamas avanzando por el corredor de la trastienda los paralizó. No había escapatoria.

–Por ahí –le indicó Malena al hombre con debilidad.

El aire era tan denso que les costaba avanzar a través de él. Malena abrió la puerta que daba paso al patio seguida del desconocido que sostenía a sus hermanas en brazos. Todos cayeron en el suelo sobre sus rodillas recibiendo con alivio la explosión de aire puro que golpeó sus pulmones, aunque los ojos les

escocían nublando su visión sin cesar. Tosieron una y otra vez hasta que comenzaron a respirar con normalidad.

El hombre fue el primero en recuperarse y reaccionar.

–¿Hay alguna salida?

–No –respondió Malena observando a través de la puerta del patio el avance de las llamas que llegaban a la cocina.

El hombre miró a su alrededor con ansiedad. Entonces vio la cubeta de madera para la colada llena de agua y los altos muebles situados junto a la pila de lavar.

–Vacíe los armarios –le ordenó a Malena.

Acto seguido cogió la cubeta de madera y empezó a verter su contenido sobre la puerta y las paredes de la entrada del patio.

Malena abrió las puertas del armario y comenzó a vaciar con celeridad su interior sacando cubos, cepillos de ropa, barras de jabón... Las niñas comenzaron a hacer lo mismo con el otro.

–¿Hay más agua? –preguntó el hombre.

–Junto al excusado –respondió sin dejar de sacar

útiles de limpieza del armario.

El hombre se mojó el rostro, el cabello y los brazos, cogió varios cubos de agua y se adentró en la cocina vertiéndolos sobre la mesa y las alacenas. A su regreso, y con la ayuda de Malena, comenzó a arrastrar los armarios vacíos hasta la pared situada al final del patio.

—¿A dónde da esta pared? —preguntó escuchando los gritos de alarma de los vecinos a través del muro.

—A un callejón trasero —respondió Malena.

—Subid a los armarios —les dijo a las niñas mientras se agachaba para subir a hombros a Nora en primer lugar.

—No llego al final de la pared —dijo la niña encaramándose sobre uno de los armarios.

Entonces Malena miró a su alrededor... las llamas comenzaban a asomar por la puerta del patio. Sus ojos se posaron sobre la cubeta de madera para la colada. Corrió hacia ella, la cogió y regresó con rapidez.

—Désela —le dijo al desconocido.

El hombre le alcanzó la cubeta a la niña.

Nora la posó del revés sobre el armario y se subió con cierta inestabilidad.

–Ya está. Veo la calle –dijo Nora agarrándose a la pared.

Entonces el hombre subió a hombros a Valeria para que se subiese al otro armario junto a su hermana.

–¡Socorro! ¡Ayuda! ¡Por aquí! ¡Socorro! –comenzaron a gritar las niñas.

La gente comenzó a llegar. En cuestión de minutos el callejón se llenó de murmullos y voces de vecinos avisando a otros. Los cubos de agua comenzaron a llover sobre sus cabezas empapándolos.

–¿Qué sucede? –les preguntó el hombre a las niñas.

–Están buscando escaleras para sacarnos de aquí.

El hombre miró el avance de las llamas por las paredes del patio con nerviosismo. Malena lo observó con atención por primera vez. Era alto, de apariencia fuerte, pelo claro y ojos oscuros. No recordaba haberlo visto jamás.

–¿Quién es usted? –preguntó de pronto.

El hombre la miró siendo consciente de la transparencia de su cuerpo a través de la tela humedecida por el agua que caía sobre ellos.

–Uno de los hombres del marqués, señorita

Villalba.

Ella agrandó los ojos con sorpresa.

—¿Cómo consiguió entrar? —preguntó con extrañeza.

—Rompí el resto de la ventana del escaparate de la tienda —dijo con rapidez quitándose la chaqueta y cubriendo su cuerpo con ella—. Abróchesela.

Malena se ruborizó al observar como la tela se pegaba a su cuerpo. Se abrochó la chaqueta con dedos temblorosos. Le quedaba enorme, pero aun así agradeció el gesto del hombre.

—¿Cómo se llama?

—Manuel —respondió él observando las llamas que comenzaban a avanzar por las paredes del patio.

—Ya están aquí las escaleras —anunció Nora.

En cuestión de segundos vieron asomar las cabezas de dos vecinos que extendieron los brazos para coger a Nora y después a Valeria.

—Súbase a mis hombros —dijo Manuel—. La elevaré hasta los armarios.

—¿Y usted? —preguntó Malena con ansiedad.

—Díales que pasen una de las escaleras hacia este lado para que pueda subir a los armarios y salir.

—De acuerdo —dijo subiéndose a sus hombros y encaramándose a los armarios con dificultad.

Antes de que fuera consciente unas manos impacientes la sostuvieron y la ayudaron a bajar por las escaleras poniéndola a salvo.

—¡Hay un hombre! —gritó Malena—. Pasen una de las escaleras al patio para que pueda salir, por favor.

Sus vecinos obedecieron con rapidez. En cuestión de segundos Malena vio cómo la cabeza de Manuel asomaba por encima de la pared y traspasaba el muro bajando por las escaleras del otro lado. Mientras contemplaba el incendio el piso de arriba de la casa comenzó a derrumbarse. Habían estado a punto de morir pensó con horror... Alguien le puso una toca sobre la chaqueta mojada. Los vecinos no dejaban de entrar y salir a sus casas para pasarse cubos y cubetas de agua que echaban sobre el fuego sin descanso.

Se abrió paso entre la gente.

—¡Nora! ¡Valeria! —gritó buscándolas.

—¡Malena! —gritaron las niñas acercándose para abrazarla con fuerza.

—¿Y Manuel? —preguntó Valeria con preocupación.

—A salvo.

Entonces se dieron la vuelta y se quedaron mirando cómo, a pesar de los esfuerzos de los vecinos por aplacar el fuego, las llamas devoraban la tienda y la casa sin piedad. Los cubos de agua que arrojaban sobre las llamas comenzaron a contenerlo, pero no impidió la destrucción de la estructura. El muro de la parte trasera del patio se desplomó bajo las llamas. Por un momento observó la escena como si fuera un sueño. La imagen que tenía frente a sus ojos parecía irreal. ¿Se despertaría pronto de esa pesadilla? No podía ser cierto. Sin embargo, no era un sueño. Podía escuchar a la gente murmurando a su alrededor. *¿Qué será ahora de ellas? ¡Qué tragedia! Ha sido una bendición que estén ilesas... ¿Cómo sobrevivirán? ¡Pobres niñas! ¡Qué horror!...*

Malena contempló con impotencia como se derrumbaba su vida ante sus ojos, se quedó sin palabras, sintiéndose incapaz de asimilar lo que estaba sucediendo mientras el olor a quemado se extendía por la calle y veía cómo su tienda y su casa se reducían a cenizas bajo los últimos lengüetazos del fuego. Los vecinos se afanaban en apagarlo por completo, pero las llamas se resistían con ahínco. Vio a Manuel

corriendo para coger nuevos cubos de agua sin darse por vencido. Estaba cubierto de cenizas y hollín. Era inútil, ya no se podía hacer nada, aún así siguió intentándolo.

Malena se echó a llorar en silencio. Sus lágrimas envolvieron sus mejillas mientras las niñas lloraban apretadas a su cintura.

Su vida, sus enseres, sus recuerdos... todo quemado, todo destruido.

El hombre observó la escena desde un rincón con desagrado. Nadie reparó en su presencia. ¡Maldita zorra! ¿Cómo había conseguido escapar? Debería estar muerta, como lo estaría ya, con toda seguridad, el dichoso médico. No había pensado hacerlo esa noche, pero después de dejar a Bosco y Gabriel la idea de que ella y las niñas muriesen a la vez que él le había parecido divertida... No importaba. Ya se ocuparía de ellas más adelante. *Desgracia... trágico accidente... mala suerte... catástrofe... espantoso percance... desafortunado revés... calamidad...* mascullaba la gente a su alrededor. Sonrió con discreción.

¡Estúpidos! A nadie se le ocurrió que fuera provocado. Después de causar el fuego se había marchado, pero a medio camino, la curiosidad por saber qué había ocurrido lo había hecho regresar. Observó cómo la casa terminaba de derrumbarse entre escombros quemados y cenizas con satisfacción. Nada tenía que hacer ya ahí. Se puso el sombrero y comenzó a alejarse. Tenía una cita con Bosco y Gabriel... y más les valía que le dieran buenas noticias o tendría que matarlos. Aunque pensándolo bien, enviaría a la cita a algunos de sus hombres para que acabasen con ellos igualmente, sabían demasiado. Y con sus hermanas... bueno, haría un buen negocio con ellas.

Martín se levantó de la silla y se sirvió un coñac mientras Alonso y James comenzaban a interrogar a los muchachos. Seguía enfadado con ellos, pero de alguna forma comenzó a entender sus razones.

Mientras escuchaba como los jóvenes comenzaban a dar nombres y direcciones, la puerta se abrió de golpe.

–Señor –dijo Rafael con nerviosismo irrumpiendo

en el despacho seguido de Manuel.

–Ha habido un incendio en la sombrerería de la señorita Villalba –anunció Manuel ante el silencio del resto de los hombres.

–¿Qué? –preguntó Martín empalideciendo de pronto.

El estrepitoso ruido del vaso de coñac haciéndose añicos contra el suelo retumbó en el sepulcral silencio. Martín se apoyó en la mesita auxiliar creyendo perder el equilibrio.

–Están fuera, ilesas –dijo Manuel con rapidez.

Martín cerró los ojos por un momento sintiendo una presión sorda en los oídos. El corazón, que se había detenido durante un par de segundos, se le aceleró con fuerza antes de comenzar a recuperar el ritmo. Salió del despacho y corrió con premura por el pasillo hasta llegar a la salita de la entrada de su casa.

La desvalida imagen de las niñas abrazándose a la cintura de Malena mientras ella rodeaba con firmeza los hombros de sus hermanas lo paralizó hasta dejarlo sin respiración. Estaban descalzas, cubiertas por chaquetas y tocas, sus camisones y cabellos mojados...

–¡Don Martín! –gritaron las gemelas corriendo a su encuentro.

Él se arrodilló abrazando con fuerza a las niñas mientras cruzaba una miraba llena de anhelo con Malena. Ninguno de los dos dijo nada, se contemplaron en mudo silencio, experimentando la misma urgencia de abrazarse después de semanas de privación.

–Lo he perdido todo –musitó entonces ella mientras las lágrimas volvían a manar de sus ojos hinchados.

Martín soltó a las niñas y se irguió. No había dado cuatro pasos cuando ella corrió hacia él. Se abrazaron estrechamente, escuchando el loco ritmo de sus corazones, experimentando la misma alegría de volver a sentir el calor de sus cuerpos entrelazados... Malena hundió el rostro en su cuello, percibiendo la tibieza de su piel y su aroma. ¡Dios, cuánto había añorado volver a verlo! Martín apoyó la mejilla en su cabello húmedo cerrando los ojos, sintiendo el alivio de volver a tenerla junto a él. Entonces la realidad golpeó su mente y la culpabilidad se adueñó de él. Habían intentado asesinarlas por su culpa. Quemadas mientras él se salvaba... Se sintió desfallecer cuando la terrible imagen se formó en su cabeza, tan insoportablemente

horrorosa que su corazón comenzó a retorcerse de dolor y su estómago se contrajo con pavor. La sola idea de haberlas perdido...

Sin previo aviso, la soltó y se volvió buscando con la mirada a Gabriel. Se encontraba contemplando con seriedad la escena desde el corredor junto a Bosco, Alonso y James.

Martín se encaminó hacia él con firmeza antes de cogerlo con fuerza de las solapas de su chaqueta con el rostro enloquecido.

—¡Hijos de puta! ¿Lo sabíais? —rugió perdiendo los estribos.

El muchacho lo miró con perplejidad enfrentándose a la terrible mirada del médico.

—¡No! Lo juro —contestó sin intentar defenderse.

—Es cierto, señor —dijo Bosco alarmado—. ¡No lo sabíamos! ¡Lo juro por la vida de nuestras hermanas! —gritó el muchacho.

Martín respiró con fuerza negándose a soltar a Gabriel mientras luchaba contra la tentación de destrozar al joven con sus propias manos en ese mismo instante. Se negó a creerlo, sin embargo la franqueza de la mirada del joven lo hizo dudar.

Alonso se acercó a él con cautela, le bastó una pequeña ojeada a los muchachos para convencerse de que decían la verdad. Cruzó una breve mirada con James sabiendo que este pensaba lo mismo.

—Suéltalo —dijo con calma—. No creo que lo supieran —continuó en un intento de tranquilizar a su tío.

Alonso estaba sorprendido por la actitud que había manifestado a lo largo de la noche. No sabía cómo podría reaccionar y eso lo desconcertaba. Jamás lo había visto así. Martín era de naturaleza tranquila y amable. Rechazaba la violencia. Las explosiones de ira eran impropias de su carácter, rara vez se enfadaba, y cuando lo hacía, desde luego no lo mostraba de una forma tan evidente, pero en ese momento estaba fuera de control, gobernado por una desconocida cólera y saber que no podría anticiparse a sus movimientos lo instó a permanecer en alerta. Se preparó para proteger al muchacho en caso de que fuese necesario.

Valeria miró con fijeza al joven que don Martín sostenía con fiereza contra la pared. Sin razón aparente Gabriel desvió la vista durante unos segundos cruzando una breve mirada con ella. Entonces la visión

golpeó su mente. El dolor de cabeza la poseyó y tuvo que cerrar los ojos apenas un instante para controlar los temblores de su cuerpo. Vio la verdad a través de sus ojos, sintió su angustia por lo sucedido, la culpabilidad que lo atormentaba, advirtió la rabia que lo recorría y la preocupación que lo consumía,... ¿Por qué le habría mentido Levi? ¿Por qué le había asegurado que mataría a don Martín? No era cierto, a pesar de la rudeza y el arrojo de su carácter jamás habría disparado. No era un asesino.

—No lo sabía, don Martín —musitó la niña impactada por lo que había visto del joven.

Martín escuchó la voz de Valeria, pero el significado de sus palabras tardó un poco más en derribar la furia que nublaba su razón hasta llegar a su mente.

—¿Estás segura, Valeria? —preguntó sin mirarla.

—Sí —respondió la niña con calma.

Solo en ese momento Martín soltó al muchacho, no sin cierta reticencia. Luego, dio un puñetazo a la pared dando rienda suelta al coraje que lo gobernaba.

—Si llego a enterarme que mentís, os mataré con mis propias manos —le susurró al muchacho con

frialdad.

Gabriel lo miró a los ojos con osadía.

–No lo sabíamos –repitió con hosquedad.

Alonso posó una mano en el hombro de su tío apartándolo del muchacho con precaución.

–Manuel, acompaña a la señorita Villalba y sus hermanas a mi casa. Martín, aquí no hay nada más que puedas hacer. Ve con ellas y tranquiliza a mi esposa –ordenó con resolución–. Volved al despacho. Aún tenemos asuntos que concretar –les dijo a los muchachos–. James, ponte en marcha con tus hombres.

El conde de Valdetorres enarcó las cejas ante el tono autoritario de su amigo, no obstante asintió.

Gabriel observó de nuevo a Valeria antes de volverse y encaminarse hacia el despacho. Se había sentido absurdamente extraño ante su presencia, había experimentado una inexplicable sensación y por un momento había creído... Cabeceó frunciendo el cejo. No sabía lo que había creído. Olvidó a la niña con rapidez mientras volvía a concentrarse en cómo rescatar a sus hermanas.

Capítulo 10

Malena caminó sin hacer ruido por el inmenso pasillo del ala que albergaba las habitaciones para invitados del palacete del marqués. Volvía de la habitación que habían dispuesto para sus hermanas. Al fin, las gemelas habían conseguido conciliar el sueño después de que María las obligase con amabilidad a tomar una tisana de tila para calmar sus nervios e inducirlas al sueño. Entró en la habitación que habían preparado para ella y dejó la lámpara junto a la mesita. Observó la tisana que la cocinera había dejado para ella. Cogió la taza y se bebió su contenido en pequeños sorbos. Quizá la ayudara a tranquilizarse como había ocurrido con sus hermanas. Se sentó en la cama y contempló el lujoso aposento. El suave azul mate de las paredes contrastaba con el blanco del hogar, de los sillones y del techo proporcionando un efecto apacible

y relajante. Las cortinas, soberbiamente elaboradas, de damasco de color azul oscuro y la suntuosa colcha del mismo tono aportaban profundidad y detalle mientras que los toques de color albaricoque en los cojines, así como el tono caoba de las mesitas de noche, la cómoda, el tocador, el armario y la cama con dosel contribuían a la calidez de la estancia. Era un aposento amplio. Malena se quitó la bata de seda de un suave tono rosa que la marquesa había insistido en prestarle junto con el camisón de seda blanca que se ornamentaba con exquisitos encajes en los puños de las mangas cortas, el cuello redondeado y los bajos. Descubrió la cama y comenzó a trenzarse el cabello ya seco. Entonces escuchó un tímido toque en la puerta. Se dirigió a ella, pero antes de llegar a abrirla Martín entró en la habitación. Ella advirtió que no se había cambiado de ropa así como el brillo de su mirada atormentada.

—Vi luz debajo de la puerta cuando me dirigía al despacho de Alonso. No puedo dormir —dijo como única explicación.

—Yo tampoco —susurró ella.

—¿Y las niñas?

–Descansando –volvió a musitar ella.

Silencio.

–María me sacaría de tu habitación a escobazos si supiese que estoy aquí, no sin antes darme un buen tirón de orejas... –sonrió con preocupación–. Necesitaba verte.

–Oh –dijo ella sin saber que más añadir.

–Apenas hemos tenido la oportunidad de hablar a solas.

Malena se dio la vuelta y se sentó en la cama.

–Hablemos entonces –dijo invitándolo a sentarse a su lado–. No le diré a María que has estado aquí.

Martín cerró la puerta y recorrió los escasos pasos que los separaban tomando asiento junto a ella.

–Lo siento –dijo con voz apesadumbrada después de unos incómodos minutos de mudez.

–¿Por qué?

Martín la miró con brevedad antes de cabecear con pesar.

–Por todo. Por poneros en peligro. Por seducirte. Por abandonarte...–musitó sin decidirse a mirarla–. Si algo os hubiese sucedido yo... –dejó la frase inconclusa al notar la congoja ascendiendo por su

garganta.

Malena respiró hondo al ver como temblaba su barbilla. Por un momento no supo cómo reaccionar. Jamás lo había visto tan abatido. Entonces tomó su mano y entrelazó sus dedos con los suyos. Ese simple gesto hizo que el corazón de él se encogiera. Martín apretó su mano.

—Martín, mírame —dijo en voz baja cogiendo su mentón para que le devolviera la mirada—. Estamos bien —susurró con sus ojos fijos en los de él.

Sin previo aviso, él la abrazó con tanta fuerza que estuvo tentada a decirle que la soltase, sin embargo le devolvió el abrazo con la misma firmeza. Cuando se soltaron se sonrieron con tristeza. En esta ocasión fue Martín quien tomó su mano para entrelazar sus dedos de nuevo mientras desviaba la vista hacia el suelo.

—Creí que alejándome os protegería. Sabía que irían a por mí, pero jamás imaginé que intentarían algo así contra vosotras.

—No tienes la culpa de lo que ha sucedido.

Martín la miró con brevedad.

—Te advierto que mintiéndome no conseguirás que me sienta mejor —dijo con una media sonrisa.

Malena apoyó la cabeza en su hombro izquierdo.

–Tú también podrías haber muerto esta noche – musitó con voz ahogada.

Él apoyó su mejilla en su cabeza.

–Sí... ahora, además de ti, le debo mi vida a Valeria. Aún me cuesta creerlo.

Malena sonrió contra la tela de su camisa.

–Lo sé.

–Te he echado de menos –musitó él de pronto.

El corazón de Malena comenzó a brincar. No obstante, en lugar de responder se tumbó sobre las sábanas descubiertas antes de obligarlo a seguirla.

–Cuéntame cómo es posible que seas tío de un marqués –dijo acurrucándose junto a su cuerpo.

Martín comenzó a acariciar su brazo con ternura.

–Es una historia larga.

–Te escucho.

–En realidad no es tan larga. Soy un bastardo – confesó con indiferencia.

Malena levantó la vista. No parecía especialmente afectado por la confesión de ese hecho.

–Su ilustrísima y tú parecéis más hermanos que sobrino y tío.

Martín sonrió al escuchar el tratamiento formal hacia Alonso.

—Quieres que te cuente la historia, ¿verdad? —preguntó haciendo una mueca mientras la miraba.

—Sí, me gustaría —contestó ella prestándole atención.

—De acuerdo. Mi padre, Joaquín Melgar de Alcázar, sexto marqués de Andrada —comenzó—, compartía una gran amistad con el tercer duque de Gor. Mi padre residía en Madrid la mayor parte del año, pero los veranos solía pasarlos en su finca de Córdoba. Uno de esos veranos el duque lo invitó a pasar una temporada en Granada, en realidad en la finca que poseía en Gor. Mi madre trabajaba en la finca como doncella y durante los dos meses que mi padre permaneció allí tuvieron una aventura. El resultado de esa aventura fui yo. Después de mi nacimiento, mi padre se hizo de una propiedad en el centro de Granada para instalarnos a mi madre y a mí. Mi madre lo quería. Fue su amante durante diez años, a pesar de la gran diferencia de edad que había entre ellos —concluyó.

—¿Te reconoció legalmente?

–Sí, casi al final de sus días. Murió de tuberculosis –aclaró.

–¿Fue un buen padre? –se aventuró a preguntar ella.

–Supongo que sí. Nombró a mi hermano, el padre de Alonso, mi tutor y dejó dispuesta una considerable cantidad de dinero para invertirla en mi educación. Además dispuso una pensión anual para que mi madre viviese sin penurias el resto de sus días.

Malena observó su semblante durante unos segundos.

–¿Tuviste una buena relación con tu hermano?

Martín esbozó una leve sonrisa.

–Teniendo en cuenta que había una diferencia de veintiséis años entre nosotros, sí. Con Alonso tan solo hay una diferencia de cuatro.

–¿Qué edad tienes? –preguntó ella con curiosidad.

–Treinta y dos... ¿y tú?

–Veinticuatro. ¿Dónde está tu madre? –continuó.

–Sigue residiendo en Granada. Se casó cuando yo tenía quince años con un abogado respetable... aún lo está. La quiere y la trata bien. Es todo cuanto me interesa.

—¿Y contigo?

—Mantenemos un trato cordial. Es un buen hombre.

—¿Tienes más hermanos?

—Carnales no, aunque el esposo de mi madre era viudo cuando contrajeron matrimonio y aportó al enlace tres niñas pequeñas. Mi madre y ellas se quieren como si fuesen realmente madre e hijas y yo las considero mis hermanas menores.

—¿Las ves a menudo?

—No como quisiera, pero nos escribimos con frecuencia.

—¿Por qué decidiste ser médico?

Martín sonrió ante su imparable curiosidad.

—Por vocación. Recuerdo que ya siendo un niño para mí era natural tratar de curar a todo animal que estuviese herido o enfermo. Cursé mis estudios de medicina en Granada y trabajé en un hospital durante dos años antes de instalarme en Madrid.

—¿Eres feliz ejerciendo la medicina?

Martín sonrió apenas.

—Creo que sí, no obstante esta profesión está ligada al dolor. A menudo, me encuentro con personas con una enfermedad avanzada o una lesión mortal, y a

veces, a pesar de todo mi empeño por salvarlas, no lo consigo –dijo con voz sombría–. Cuando una mujer me ruega que salve a su hijo, un niño me suplica que libre a su madre de la muerte o un hombre me pide que sane a su esposa experimento un sentimiento inenarrable, horrible. En esas ocasiones intento aliviar su pena de algún modo, explicar por qué suceden las cosas y brindar algo de consuelo, pero casi nunca encuentro palabras para eso.

Malena acarició su mejilla con suavidad observando la pesadumbre de su rostro.

–¿Por qué dejaste Granada? –preguntó en un intento de hacerle olvidar sus tristes pensamientos.

–Porque le prometí a mi hermano que vigilaría a Alonso antes de fallecer... Existe un gran afecto entre nosotros desde la infancia, a pesar de que no nos veíamos mucho. Más tarde, monté mi consultorio y el resto es historia –dijo dando por terminado el repaso a su vida mientras ella disimulaba un bostezo–. Estás agotada, Malena. Me iré para que puedas descansar.

Ella se apretó junto a su cuerpo.

–Quédate un poco más –protestó resistiéndose a su marcha.

–Hasta que te duermas.

–Me parece bien –musitó acomodándose entre sus brazos.

Martín la sostuvo en silencio hasta que escuchó su respiración pausada. Entonces besó su sien, la apartó con delicadeza y la arropó con la blanca sábana de hilo con puntas de encaje de bolillo, apagó la lámpara y salió de la habitación con cuidado de no hacer ruido. Se dirigió al despacho de Alonso, se sirvió una copa y se sentó en una de las butacas de piel para esperarlo restregándose los ojos con fatiga. Miró hacia el reloj. Marcaba las cinco y media de la mañana.

Bosco y Gabriel entraron en el carruaje con sus hermanas en brazos mientras Alonso le indicaba al cochero la dirección de su casa. Cuando el coche partió observó los sembrados raquíuticos, los vertederos, las casuchas de traperos, tejares y los primeros pastores conduciendo sus cabras. Se encontraban en los barrios del sur de la ciudad. Como Cánovas[10] solía decir refiriéndose al escudo de Madrid, “el oso es el Madrid que vive desde la Plaza Mayor para arriba, y

el Madroño, lo que llamamos barrios bajos”. Entonces se volvió a tiempo de ver cómo James y cuatro de sus hombres escoltaban a los delincuentes maniatados que habían intentado acabar con la vida de los muchachos a otro carruaje. Comenzaba a amanecer con timidez.

–Espero que los hombres de Pepe hayan hecho lo acordado –comentó James acercándose a él.

–Sin duda ya habrán puesto sobre aviso a su excelencia. En unas horas tendremos noticias sobre el éxito o el fracaso de sus detenciones. Nuestra parte está hecha. ¿Cómo estás? –preguntó advirtiendo la contusión de su mejilla.

–Mejor que tú –dijo con arrogancia–. Cuando Charlotte vea el hematoma de tu ojo y tu labio partido pondrá el grito en el cielo.

Alonso puso los ojos en blanco.

–Lo sé... Voy a dejarlo James –dijo de repente Alonso después de unos breves segundos de silencio–. Cuando vi esa bala pasar a escasos centímetros de mi cuerpo hace unas horas... Solo pensé en Charlotte y mi hijo. No me siento capaz de seguir haciendo esto –confesó sonriendo a medias.

James lo miró sin asombro alguno en su rostro.

–Tienes razón –dijo en tono queda.

–¿Acaso te lo barruntabas?

James palmeó su espalda con afecto.

–Lo cierto es que sí. Ya no tienes la mente fría que solías tener antes –declaró–. Y eso que nunca la has tenido demasiado fría –se burló con algo parecido a la tristeza–. Pepe tiene una nueva misión para ti; entrenar a los nuevos reclutas –le confesó en voz baja.

Alonso levantó las cejas con asombro mientras Manuel se acercaba a ellos. Tenía un aspecto lamentable. Las ropas sucias, el pelo lleno de hollín y varias contusiones en el rostro.

–Llevaremos a los detenidos a la casa del duque de Osorio para interrogarlos antes de trasladarlos a la cárcel –les informó pasándose una mano con fatiga por el rostro.

–Nos veremos allí entonces –dijo Alonso viendo cómo el coche con los delincuentes partía.

Manuel asintió, luego se dirigió hacia su grupo de hombres para subir a otro coche.

Alonso volvió a mirar a James con atención.

–¿Cómo diantres podía saber Pepe que pensaba renunciar? –preguntó retomando la conversación

mientras le hacía un gesto a su cochero para que acercara el carruaje.

—Hace unos días me reuní con él en palacio. Su majestad quería saber cómo marchaba la investigación sobre el atentado que la Garduña planeaba contra él —explicó tocándose la mejilla inflamada mientras hacía una mueca de dolor—. A la vuelta me confió que esperaba que le dieras la noticia de tu marcha después del nacimiento de tu hijo, aunque te advierto que solo aceptará tu dimisión previo compromiso por tu parte de instruir a los nuevos reclutas con las armas blancas. Después de todo, y aunque me cueste reconocerlo, eres uno de los mejores.

Alonso rio con ganas.

—Te ha costado casi toda una vida admitirlo —se burló con diversión.

James hizo una mueca de fastidio.

—Uno de los mejores, no el mejor —aclaró con rapidez—. Tu especialidad sigue siendo la negociación, no lo olvides.

Alonso sonrió entrando en su coche seguido de él.

—¿Cánovas está al tanto? —preguntó tomando asiento.

—¿Acaso lo dudas? Pepe y él son como un matrimonio bien avenido. Se cuentan todo lo que tenga que ver con su majestad y su protección. Ha dado su aprobación para que adiestres a los nuevos reclutas —contestó sentándose a su lado antes de que el coche se pusiese en marcha—. Te iniciarás en la instrucción de florete, espada y sable para fomentar la rapidez, la agudeza, la destreza, la fuerza y la percepción visual de los muchachos. Además tendrás que valorar sus aptitudes y juzgar sus cualidades psíquicas; voluntad, autocontrol, iniciativa, seguridad, inteligencia... ¿Podrás hacerlo? —preguntó con socarronería.

Alonso lo miró con la misma sorna.

—Por supuesto. Recuerda todas las ocasiones en las que te vencí cuando entrenábamos.

James sonrió con presunción.

—Me venciste en cuatro ocasiones. Yo te vencí a ti en cinco, si no mal recuerdo —apuntó.

Alonso sonrió ante la altanería de su comentario mientras abría la ventanilla del coche. Los primeros rayos de sol comenzaban a aflorar.

—Voy a acoger a Gabriel y sus hermanos, después de todo nos han prestado un gran servicio —dijo

cambiando el rumbo de la conversación.

James entrecerró los ojos, aunque no dijo que él pensaba hacer lo mismo.

—Lo he estado observando. Tiene la actitud necesaria para ser un buen agente —comentó en cambio.

Alonso lo pensó un instante.

—Tienes razón. Con el debido entrenamiento podría serlo.

James estaba a punto de responder a su comentario cuando una expresión de alarma se dibujó en su rostro al ver algo más allá de la ventanilla.

—¡Alonso!

Él ladeó la cabeza al oír su advertencia. Todo ocurrió en unos segundos. Su mente reconoció el peligro de inmediato al ver al conductor del carruaje de al lado sacar una pistola de su chaqueta. Entonces el sonido de un disparo llegó a sus oídos antes de sentir un desgarrador dolor mientras se desplomaba sobre el asiento. Escuchó la angustia en la voz de James gritando al cochero que se diera prisa, el ruido de las ruedas, el silbido del látigo... miró la sangre brotar de su herida manchando su ropa de color escarlata a su

paso.

–Aguanta Alonso –susurró James con el rostro descompuesto–. Aguanta, amigo –volvió a musitar sosteniéndolo entre sus brazos después de que cerrara los ojos–. Todo saldrá bien. Todo saldrá bien – repitió en un intento de convencerse a sí mismo.

–James –murmuró él haciendo una mueca de malestar–. Si no salgo de esta dile a Charlotte y a mi hijo que los quiero...

–Tú mismo se lo dirás –dijo James con una nota de desesperación en la voz–. Vamos Alonso, abre los ojos. Háblame.

Alonso los abrió con dificultad.

–Qué ironía del destino encontrarme en esta situación cuando decido dejarlo –comentó esbozando una pequeña sonrisa con lentitud.

–Una anécdota que contarle a tus nietos cuando seas un viejo cascarrabias.

James apretó su pañuelo contra la herida observando la palidez de su rostro.

–Eso duele –se quejó Alonso cuando el dolor se agudizó ante la presión.

–Vamos, no te consideraba tan enclenque –lo

acicateó para mantener su atención al ver que volvía a cerrar los ojos.

–Tengo frío –musitó comenzando a temblar.

James observó con horror como su sangre se extendía con rapidez sobre la ropa, sobre el pañuelo, sobre sus manos...

–Aguanta solo un poco más. Estamos cerca de tu casa. Vamos amigo, solo un poco más.

Alonso asintió haciendo un notable esfuerzo por permanecer consciente. Podía sentir como su cuerpo se debilitaba segundo a segundo mientras el feroz traqueteo del carro aumentaba sin cesar por las calles adoquinadas.

–¿Estamos cerca? –preguntó.

–Sí. Solo unos minutos más –musitó James con un hilo de temor en su voz.

Martín despertó sobresaltado cuando el anciano mayordomo entró en el despacho de Alonso llamándolo a voces.

–¡Don Martín, rápido! Su ilustrísima está herido –dijo con el rostro cargado de preocupación.

Martín se levantó de la butaca con brusquedad.

—¿Dónde está?

—Don James y el cochero lo han subido a la habitación que le preparamos anoche a usted. No querían angustiar a la marquesa.

Martín salió con premura del despacho seguido de Julio, subió las escaleras y corrió hacia el aposento con el corazón encogido. Al entrar en la habitación vio a James y al cochero instalando sobre la cama a su sobrino. Entonces cogió su maletín del armario. Gracias a Dios lo había llevado consigo.

—Acaba de perder el conocimiento —dijo James con ansiedad sin dejar de presionar la herida con el pañuelo cuando se acercó para reconocerlo.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó comprobando que respiraba con regularidad.

—Un disparo en el hombro izquierdo. Ha perdido mucha sangre —añadió James con pavor.

—Julio, necesito toallas limpias, vendas, agua caliente y una barra de jabón.

—Enseguida —dijo el anciano saliendo del aposento seguido del cochero.

Martín giró la cabeza de Alonso, comprobó que la

lengua no impedía su respiración y revisó el pulso de su garganta.

—No dejes de presionar la herida —le dijo a James comenzando a cortar la tela de su chaqueta y la camisa con rapidez—. Déjame ver —ordenó una vez que hubo terminado.

James apartó la mano sosteniendo el pañuelo ensangrentado mientras comenzaba a caminar por la habitación mesándose el cabello con nerviosismo.

Martín apartó el resto de las telas y observó la herida. La bala había entrado desgarrando la carne a su paso.

—No parece una herida mortal —dijo con seriedad Martín.

—¿Por qué se ha desmayado entonces?

—Por la pérdida de sangre —respondió concentrado en lo que hacía.

Julio entró en la estancia portando vendas, toallas y la barra de jabón. Segundos después María apareció llevando una cacerola de agua caliente que posó junto a la cama.

—Santo Dios... —susurró con angustia comenzando a retorcerse las manos en su delantal.

Martín humedeció una toalla, frotó la barra de jabón y comenzó a limpiar la herida con meticulosidad.

–María, necesito que traigas miel. En mi maletín apenas hay medicamentos para hacer una buena cura y eso servirá.

La anciana marchó con celeridad mientras James y Julio lo observaban trabajar con impotencia.

–Ahí estás –musitó Martín para sí buscando en su maletín el sacabala[11] mientras mantenía la herida abierta con la otra mano. Al encontrar el instrumento se dispuso a extraer el plomo.

En ese momento la puerta se abrió con precipitación.

–Alonso –musitó Charlotte perdiendo el color del rostro al verlo.

–Sacadla de aquí –ordenó Martín sin alterarse.

–Vamos Charlotte –dijo James acercándose para cogerla del brazo con suavidad.

–No... –protestó con la mirada fija en su esposo.

–¡Buen Dios! ¡Martín! –exclamó entonces James con angustia.

Este levantó la vista y vio el enorme charco que había a los pies de la mujer.

–Julio, avisad a la comadrona. Charlotte acabas de romper aguas, regresa a tu habitación, cámbiate de camisón e intenta tranquilizarte. Ese estado de ansiedad es perjudicial para el bebé.

–No pienso moverme de aquí, Martín –protestó ella con voz ahogada sosteniéndose la barriga sobre el camisón.

–Escúchame bien –dijo comenzando a extirpar los trozos de metal de la carne de su sobrino–. Lo mejor que puedes hacer por Alonso en este momento es prepararte para tener a vuestro hijo. Sal de aquí.

–Martín, por favor –rogó ella con ojos vidriosos.

–Vete y déjame trabajar. No lo repetiré –ordenó mirándola con seriedad mientras unas pesadas lágrimas empezaban a caer sobre las mejillas de ella–. Estaré contigo cuanto antes.

Charlotte asintió mirando por última vez a su esposo antes de salir acompañada de Julio. Segundos después María entró con un tarro de melaza en las manos.

–¿En qué más puedo servirlo, señor? –preguntó la anciana con nerviosismo mirando con extrañeza el charco del suelo.

—Hazle una tila bien cargada a la marquesa y encárgate de ella, María. El parto se ha adelantado unas semanas.

—¡Oh, Dios mío! —susurró la mujer con angustia entregándole la miel a James y saliendo de nuevo del aposento.

—Acércame el tarro, James —pidió extrayendo los últimos trozos de metal.

James acercó el recipiente de miel a su mano. Martín aplicó la melaza sobre la herida, la tapó con un apósito y comenzó a vendar con cuidado.

Julio volvió a entrar en la estancia.

—¿Cómo se encuentra? —preguntó con temor refiriéndose a Alonso.

—He retirado todos los restos de plomo —explicó terminando de vendar—. Ahora lo más importante es evitar la infección —dijo cogiendo un papel de su maletín y escribiendo algo en él antes de tenderse—. Encárgate de que alguien traiga estos tónicos de la botica. Sufrirá terribles dolores cuando despierte y esto lo ayudará.

—Mandaré a una doncella de inmediato, señor.

El mayordomo se dispuso a salir con el papel en la

mano.

–Julio, ¿cómo está la marquesa?

–Nerviosa y preocupada, pero sin dolores. Ya hemos dado aviso a la comadrona.

–Bien. El parto aún se hará esperar... ¿Y Gabriel y sus hermanos?

–La señorita Villalba se ha hecho cargo de las niñas. Está con ellas en su habitación, pero Gabriel y Bosco siguen en la cocina. Se niegan a retirarse a sus aposentos hasta saber fuera de peligro a su ilustrísima.

–Bajaré a hablar con ellos más tarde.

Julio asintió de nuevo cerrando la puerta tras de sí.

Martín volvió a comprobar la respiración y el pulso de la garganta de su sobrino, después lo arrojó con la sábana.

–Ve con Charlotte, Martín. Yo me ocuparé de vigilar a Alonso –dijo James acercando una silla al lado de la cama.

Martín observó la falta de color en el rostro del conde de Valdetorres. Era la primera vez que lo veía perder la compostura. Se lo veía realmente preocupado.

–Te ha dado un buen susto, ¿verdad?

James lo miró con un extraño gesto de culpabilidad.

–Sí. Todo sucedió tan rápido que no pude hacer nada...

Martín palmeó su hombro en un intento de aplacar su remordimiento.

–Saldrá de esta. Avísame si muestra algún síntoma de calentura o comienza a respirar con dificultad. Voy a ocuparme de Charlotte.

Alonso abrió los ojos con pesadez. La habitación estaba tranquila, en silencio e iluminada por la tenue luz de la lámpara. Su tío estaba dormido en una silla al lado de la cama. Su cabeza se apoyaba en un extraño ángulo sobre su brazo, en su rostro se evidenciaba una expresión de fatiga a pesar de encontrarse dormido y sus ropas estaban manchadas de sangre, sin duda suya.

Él se movió, pero un inesperado y sorprendente dolor en el brazo lo inmovilizó. Con cuidado, palpó el vendaje de su hombro. Lo sucedido después de que viera la pistola en la mano del conductor estaba borroso en su memoria. Recordó la angustia de James

en el carruaje mientras le hablaba, a Martín obligándolo a tomar algo, susurros de personas preguntando por su estado...

Se apoyó contra las almohadas sintiendo un leve mareo al hacerlo. Se sentía terriblemente débil. La boca y la garganta seca. Cerró los ojos con brevedad y cuando los abrió encontró a Martín contemplándolo.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó con voz áspera enderezándose en la silla.

—Dolorido —admitió con una mueca de malestar—. ¿Qué hora es?

Martín sacó de su chaleco su reloj de bolsillo.

—Las nueve menos cuarto.

—¿De la noche?

—Sí.

—¿Y mi esposa?

Martín desvió la vista con brevedad.

—Descansando.

—¿Está muy enfadada?

Martín sonrió apenas.

—Más preocupada que enfadada, créeme.

Alonso suspiró.

—Me siento extraño. Siento la cabeza como si no

estuviera del todo en su sitio. Me cuesta hasta pensar.

—Te he estado administrando láudano para el dolor y limón con miel.

—¿Limón con miel?

Martín sonrió con distracción poniéndose en pie.

—Sí, al parecer previene las infecciones. ¿Tienes sed?

—Un poco.

Alonso se echó contra la almohada enormemente cansado mientras Martín apoyaba un vaso de agua junto a su boca. Bebió con lentitud.

—¿Tienes hambre?

El gesto de desagrado en el rostro de su sobrino le dio la respuesta.

—¿Dónde está James? —preguntó en lugar de contestar.

—Le ordené que se marchara a casa hace una hora. Ha permanecido velándote en esta silla todo el día.

—Me habría gustado ver eso... —musitó en voz baja con diversión—. ¿Se sabe algo del hombre que me disparó?

—Manuel y sus hombres persiguieron el carruaje y consiguieron atraparlo. Supongo que ya estará en la

cárcel.

–Bien... ¿Por qué me encuentro tan exhausto?

–Por la pérdida de sangre. Perdiste mucha –añadió–, por eso debes intentar comer en cuanto te encuentres con ánimo.

Alonso sonrió a medias.

–María se cebará conmigo –dijo.

–Indudablemente –contestó Martín devolviéndole la sonrisa.

En ese instante un suave toque en la puerta precedió la entrada de la anciana cocinera portando una bandeja.

–¡Oh, Alonso! –gritó dejando sobre la mesita la bandeja con un plato de sopa de fideos, de solomillo asado con berenjenas rellenas de queso, un cuenco con manjar blanco, otro con crema al caramelo y dos botellas de vino; una de jerez y otra de burdeos–. Gracias al cielo. Por fin has despertado –dijo sentándose junto a él en la cama para acariciar su rostro con ternura–. ¿Cómo estás?

–Un poco dolorido María, pero bien.

–Nos has tenido tan preocupados, chiquillo –musitó ella emocionándose.

Alonso apretó la mano de la anciana con afecto.

–En unos días estaré repuesto.

–Claro que sí. Voy a traerte un caldo de pollo que hice a medio día especialmente para ti.

Alonso y Martín intercambiaron una mirada con complicidad.

–No creo que pueda comer nada aún, María – protestó.

–Comerás sin hambre. ¿Cómo piensas recuperarte sin alimentarte? No has probado bocado en todo el día.

Alonso la miró con resignación.

–No creo que un poco de caldo me siente mal...

La anciana sonrió.

–Y usted coma también, don Martín. Le he traído la cena. Iré a por el caldo y volveré enseguida.

Martín comenzó a cenar con buen apetito observando la salida de la anciana. Alonso arrugó la nariz al verlo comer.

–No me mires así. Yo sí estoy famélico –le dijo con sorna sirviéndose una copa de jerez.

–¿Crees que la herida sanará bien? –le preguntó Alonso volviendo a cerrar los ojos.

–Aún es pronto para saberlo, pero la ausencia de

fiebre es un buen síntoma.

–La ausencia de dolor sería aún mejor –se quejó.

Martín sonrió comenzando a dar buena cuenta del solomillo y las berenjenas mientras María regresaba con el plato de caldo entre las manos.

Alonso abrió los ojos al notar a la anciana sentarse a su lado. Entonces arrugó la nariz con desagrado al oler el caldo.

–No hagas eso y abre la boca –le ordenó con amabilidad ella.

Alonso abrió la boca ante la socarrona mirada de Martín.

–Tómate la mitad del plato –dijo–. Órdenes del médico –agregó ante la desagradable mirada de su sobrino.

Alonso tragó con lentitud mientras Martín comenzaba a degustar su crema de caramelo. Unos minutos más tarde, cuando este dio por concluida su cena, Alonso hizo lo mismo al ver que había ingerido la mitad del plato. María lo dejó estar un poco disconforme.

–Mañana prepararé olla podrida para el almuerzo. Tanto Charlotte como tú tenéis que recuperar las

fuerzas cuanto antes –dijo María con una extraña sonrisa. Alonso arqueó una ceja sin entender–. Aún no se lo ha dicho, ¿verdad? –le preguntó la mujer a Martín.

–¿Decirme el qué? –preguntó Alonso terminando de tragar la última cucharada de caldo.

Martín sonrió a la anciana ignorando a su sobrino.

–No, quería evaluar su estado antes de darle la noticia –le explicó.

–¿Qué noticia?

María se levantó de la cama posando el plato de caldo sobre el de la sopa de fideos vacío. Entonces cogió la bandeja para retirarse.

–Creo que ya es hora de que lo sepa. Iré a comunicarle a Charlotte que has despertado –le informó a Alonso sin añadir nada más.

–¡Por el amor de Dios! ¿Qué debo saber Martín? –preguntó con inquietud.

–Procura mantener la calma cuando escuches lo que te voy a decir.

Alonso frunció el ceño ante el risueño rostro de su tío.

–¿Qué?

–Charlotte ha dado a luz dos preciosas niñas.

Capítulo 11

–¿Qué? –repitió mientras su corazón comenzaba a galopar.

La carcajada de alegría que surgió de su garganta se mezcló con los quejidos que le provocó el dolor de la herida al reírse. Entonces apartó la sábana y se incorporó con rapidez. Se mareó al hacerlo. Martín lo sostuvo riéndose ante su ímpetu.

–Aguarda un momento. Tienes una herida de bala en el hombro, ¿recuerdas?

–Martín, por favor. Necesito ver a mi mujer y mis hijas –dijo con el rostro iluminado por la impaciencia–. Dios mío, Martín, mis hijas. ¿Dos? –musitó con incredulidad.

–Espera. Tengo que advertirte de algo.
Alonso frunció el ceño con nerviosismo.

–¿Charlotte está bien?

—Sí, no te apures. Pero debes saber que ha sido un parto largo y difícil. Las niñas venían de nalgas, tuve que darles la vuelta, pero en el último momento volvieron a ponerse de nalgas. Me vi obligado a practicarle a Charlotte una cesárea de urgencia. Perdió mucha sangre. Está débil y exhausta...

Alonso se levantó con premura.

—Ayúdame a caminar, por favor —le pidió cuando un nuevo mareo hizo presa de su cuerpo.

Martín pasó su brazo por la cintura de Alonso.

—Tranquilízate. La operación salió bien —le dijo tratando de calmar su angustia.

—Se recuperará, ¿verdad? —preguntó su sobrino con un hilo de pavor en la voz.

—La recuperación será algo más lenta y tendré que vigilar los puntos a diario, pero se recuperará —le explicó con calma abriendo la puerta para salir.

Alonso caminó con impaciencia a través del corredor, al llegar a su habitación vio a Charlotte descansando con los ojos cerrados mientras Pepa, su doncella personal, sostenía en brazos a una de las niñas. Esta le canturreaba a su hija con suavidad. La otra permanecía en la cuna junto a su esposa.

Alonso observó la escena paralizado por unos segundos.

Pepa sonrió acercándose a él para mostrarle a la niña que no dejaba de moverse levantando los brazos con los ojos cerrados.

–Son mellizas, ilustrísima. Y esta es un poco nerviosa –le dijo la doncella en voz baja.

Los ojos de Alonso se empañaron al observar a su pequeña hija. Era preciosa, a pesar de estar toda arrugada. Observó su rostro con sorpresa, la tez morena de su piel y la espesa cabellera negra que rodeaba su cabeza.

–Se parece a mí –susurró con orgullo acariciando una de sus manos con ternura.

Martín y Pepa se sonrieron.

–La otra se parece a su madre –le dijo entonces Martín ayudándolo a avanzar hacia la cuna.

Alonso respiró intentando contener la emoción que lo embargaba. La otra pequeña dormía con tranquilidad. Su tez era clara, en ese momento sonrosada, y apenas una leve pelusa cubría su cabeza. Los rasgos de su rostro sin duda eran los de su madre.

Acarició su rostro pensando si sabría cogerlas en

brazos. Eran tan pequeñas... Levantó la vista y entonces se encontró con la emocionada mirada de su esposa que lo contemplaba con una fatigada sonrisa.

–Charlotte –musitó sentándose a su lado antes de darle un breve beso en los labios.

Ella acarició su mejilla con ojos brillantes.

–¿Cómo estás? –preguntó observando la venda de su hombro.

–Dolorido, pero bien... ¿y tú? –inquirió con ansiedad.

Su esposa sonrió a medias.

–Cansada y algo molesta... pero feliz ahora que tengo al padre de mis hijas junto a mí de nuevo.

Entonces ambos se sonrieron sin dejar de mirarse a los ojos.

–Siento no haber estado contigo –susurró con pesar.

–Más te vale que no vuelvas a dejarme pasar por esto sola –le advirtió con seriedad.

–Lo prometo –dijo él volviendo a besarla con rapidez–. Gracias.

–¿Por qué?

–Por quererme y traer al mundo a nuestras hijas.

Charlotte sonrió con la emoción brillando en sus ojos antes de acariciar la mejilla de su esposo.

Entonces Pepa se acercó a la cuna y dejó a la niña dormida junto a su hermana. Luego, salió de la habitación sin hacer ruido. Martín la imitó, pero al llegar a la puerta se volvió. Observó a la pareja. No dejaban de susurrarse palabras de amor mientras se sonreían con felicidad ajenos a todo lo demás. Salió cerrando la puerta con cuidado. Ese momento les pertenecía. Se apoyó en la puerta restregándose los ojos. Estaba agotado. Realmente agotado. Apenas había visto a Malena durante el día, a pesar de que lo había ayudado durante el parto junto a María. Lo cierto era que apenas había visto a nadie. Había ido una y otra vez de la habitación de Charlotte a la de Alonso sin tregua, dividido entre la preocupación por el estado de su sobrino y el difícil parto de su esposa.

Se dirigió a su habitación, pero al pasar junto a la habitación de Malena una de las doncellas salió portando dos cubos de agua vacíos.

—Mariana, si queda agua caliente ¿podrías prepararme un baño?

—Por supuesto, señor —dijo comenzando a alejarse

por el corredor.

—¿El baño es para las hermanas de los muchachos?
—le preguntó de repente a la joven.

—No, don Martín. La señorita Villalba se encargó de asearlas antes de la cena y se quedó con ellas hasta que se durmieron en su habitación.

—Gracias, Mariana. No será necesario que me preparéis el baño —dijo entrando en el dormitorio de Malena ante la evidente perplejidad de la doncella.

Martín se descalzó contemplando la puerta entre abierta.

—No precisaré más cubos de agua, Mariana —oyó que decía Malena desde la habitación.

Él sonrió quitándose el chaleco y la camisa mientras se dirigía al baño.

Malena lo miró con sorpresa al verlo entrar antes de acercar las rodillas a sus senos desnudos y abrazarse con los brazos.

—Martín... ¿has perdido el juicio? ¡Sal de aquí!

Martín la ignoró mientras dejaba caer los pantalones y los calzoncillos al suelo. Malena desvió la vista ruborizándose.

—Señorita Villalba, quiero pedirle relaciones

formales –dijo metiéndose en la tina de agua caliente ante el estupor de ella–. Y le aconsejo que acepte porque en este instante el rumor de que estoy en su habitación mientras se asea se estará extendiendo por la casa como el fuego sobre la pólvora.

–¡Cómo te atreves! –acertó a exclamar ella llena de indignación.

–Es más –continuó ignorándola–. Estoy comprometiendo su reputación adrede. Espero que no le importe ese pequeño detalle.

Malena lo miró con el ceño fruncido.

–¡Maldito seas! ¿Por qué no has podido pedir mi mano de una forma decente? ¿Y por qué has tardado tanto? –preguntó olvidándose de su propia desnudez.

La carcajada de Martín resonó en la habitación.

–La única explicación plausible es que soy un zoquete. Ven aquí –dijo encerrándola entre sus brazos antes de capturar sus labios.

–Pensé que nunca me lo pedirías –musitó ella mirándolo a los ojos con seriedad después de devolverle el beso con reserva.

Martín sonrió extrañado.

–¿Las niñas no te han dicho nada?

Malena lo observó con confusión.

—¿A qué te refieres?

—Les hablé a tus hermanas de mis honorables intenciones antes de marcharme.

Malena agrandó los ojos.

—¿Y por qué no me hablaste a mí de esas honorables intenciones? —preguntó con enojo separándose de él.

Martín rio ante su enfado.

—Porque pensaba cortejarte debidamente cuando todo se solucionase...

Malena golpeó su hombro.

—¿Tienes idea de todo por lo que me has hecho pasar?

Él la miró con diversión.

—Creo que me hago una idea —dijo frotándose el hombro.

—¡Señor Melgar de Alcázar sin duda es usted un zoquete! —gritó a media voz.

Martín la rodeó de nuevo con sus brazos dibujando una alegre sonrisa.

—Pongo a tu disposición el resto de mi vida para que me lo hagas pagar —dijo con rapidez.

Ella lo miró con hosquedad.

–¿Me estás pidiendo relaciones formales y matrimonio al mismo tiempo?

Martín sonrió apoyando la cabeza en el borde de la tina.

–Sí.

–Pues es una forma horrorosa de hacerlo –dijo ella devolviéndole la sonrisa por primera vez.

Él suspiró con disimulo.

–Señorita Villalba, creí que sería usted más negligente con este pobre zoquete –dijo con sorna.

–Pues ya debería usted conocerme lo suficiente para saber que no lo soy.

Entonces Martín la sentó sobre su regazo y la miró con seriedad.

–¿Me harías el gran honor de convertirte en mi esposa?

–¿Y por qué debería aceptar? –preguntó ella con la misma seriedad.

–Porque te amo, porque ya no sé vivir sin ti, porque quiero que mis hijos sean los tuyos, porque deseo despertarme junto a ti cada mañana y dormirme abrazado a ti cada noche... y porque adoro a tus

hermanas –agregó con solemnidad.

Malena lo miró con muda alegría mientras la dicha azotaba su corazón. La amaba... esa era la única razón que había esperado escuchar. Martín arqueó una ceja ante su risueño silencio.

–Estoy esperando una respuesta –le recordó apremiándola con ansiedad.

–Sí –contestó antes de comenzar a besarla concienzudamente.

Martín rio contra sus labios.

–¿Y... por qué... aceptas? –preguntó entre beso y beso arqueando una ceja.

Malena sonrió con picardía rodeando su cuello con los brazos.

–Veamos... –comenzó–. Porque te amo, porque ya no sé vivir sin ti, porque quiero que mis hijos sean los tuyos, porque deseo despertarme junto a ti cada mañana...

–Muy graciosa –la interrumpió él comenzando a besar su cuello.

–Porque te quiero –susurró junto a su oído con sinceridad.

Valeria corrió al encuentro de Levi. Al llegar junto a él, el hombre dejó de cantar sus rezos y la miró con curiosidad.

–Bienvenida, Valeria –dijo–. No te esperaba tan pronto.

–Lo ha salvado, Levi. ¿Recuerdas que la primera vez que hablamos me dijiste que don Martín salvaría la vida de la persona a la que le debías la tuya?

Levi esbozó una blanca sonrisa.

–Así es.

–Pues don Alonso se está recuperando.

–No era la vida del marqués la que corría peligro.

Valeria lo miró con confusión antes de agrandar los ojos con asombro.

–La marquesa... –musitó entonces la niña.

Levi asintió con la mirada.

–Si el hombre medicina no hubiese estado allí, Charlotte no habría sobrevivido al parto –le confesó.

–¡Oh! –exclamó la niña.

–Te estaré eternamente agradecido por tu ayuda. Ahora es hora de que regreses. No volveremos a vernos, Valeria.

La niña sonrió enigmáticamente.

–Sí que volveremos a vernos, Levi –dijo con seguridad.

El hombre le devolvió la sonrisa algo intrigado.

–Entonces tu Dios ha sido más generoso contigo que el Gran Espíritu conmigo.

–Lo ha sido. Hasta que volvamos a vernos que el Gran Espíritu guíe tus pasos, Levi –dijo la niña imitándolo.

–Y a ti tu Dios, Valeria –dijo el hombre despidiéndose.

Epílogo

Sábado, 14 de agosto de 1875

Madrid

El hombre observó a los novios despidiéndose de los invitados en la puerta de la iglesia. Escupió al suelo con enojo. Reían y recibían las felicitaciones con múltiples sonrisas de agradecimiento. Observó a Malena. Estaba feliz. Maldita perra... Se caló el sombrero sobre los ojos contemplando la escena desde la esquina de la calle. Por su culpa tenía que salir de la ciudad. Casi todos sus hombres habían sido detenidos y estaba seguro que pronto lo delatarían o darían con él. Había abandonado su casa y en la cartera llevaba todo el dinero en efectivo del que disponía en ese momento. Miró su maleta y después volvió a mirar a los novios con odio. El desgraciado del médico y la zorra de la

sombrerera. Sí, que riesen mientras pudieran. Volvería a por ellos. La necesidad de venganza se había vuelto personal. Entonces vio a Gabriel y Bosco. Hijos de puta. También se encargaría de ellos. Era irónico cómo habían pasado de relacionarse con la gente de los bajos barrios a codearse con la clase alta. Puercos traidores. Volvería. Claro que volvería. Los mataría a todos... Entonces una de las gemelas se giró y miró hacia donde él estaba. Se escondió tras la esquina con rapidez. Después de unos segundos volvió a mirar. La niña parecía no haberlo visto. Echó un último vistazo para asegurarse antes de comenzar a alejarse por la calle en dirección a la estación de tren.

Valeria observó con alegría el rostro de Malena. Estaba feliz mientras comenzaba a recorrer el pasillo de la iglesia del brazo de su elegante esposo. Su vestido era una preciosidad, confeccionado en raso de color marfil. El cuerpo, muy entallado, se cerraban en el delantero con veinte botones de falsas perlas que se correspondían con ojales de hilo; el cuello era de tirilla y empleaba corchete y una presilla de hilo para

ajustarse. Las mangas al codo eran ajustadas y con sobremangas en los hombros formadas por globos abullonados. Para los adornos, se había escogido un fino encaje que escondía el abotonado delantero y los puños de las mangas compartían el mismo encaje plisado. La falda contaba con un minucioso trabajo de drapeado en el panel delantero en forma de diamante. El tableado del bajo se guarnecía con tul de algodón y la parte trasera se componía de una falsa polonesa en raso que formaba la cola rematándose en los laterales con encajes. El velo estaba realizado en muselina de seda blanca y el tocado era de flores de azahar en cera. El conjunto se remataba con un par de guantes largos realizados en cabritilla en color marfil que se abrían en la muñeca cerrándose con tres botones de nácar y ojales decorados con tres costuras. Malena estaba radiante y don Martín tan apuesto como ella con su traje de novio negro. Nora intercambió una mirada de alegría con ella mientras los veía pasar y su cuñado les guiñaba un ojo. Al llegar a la puerta de la iglesia los novios recibieron una lluvia de felicitaciones. Entonces sin saber porqué Valeria se giró y vio al hombre. La visión llegó tan inesperadamente que se

tocó la sien en un absurdo intento de contener el dolor. Fue rápida, breve e impactante. Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie más lo había visto... Al percatarse de que Gabriel miraba hacia la esquina con gesto grave, Valeria tocó su mano con la suya para llamar su atención sin que nadie más lo percibiese. La niña lo miró con intensidad negando con la cabeza. Gabriel la observó sin saber qué quería decirle, volvió a mirar hacia la esquina, estaba convencido de que le había parecido ver... Valeria tomó su mano con fuerza y le dio un tirón a sus dedos.

—Cállate —le susurró ella.

Gabriel la miró con desagrado.

—¿Tú también lo has visto? —preguntó en voz baja.

—Sí... cállate —volvió a ordenarle ella apretando su mano.

Gabriel la observó con incomodidad. Lo cierto era que, al contrario que Nora, Valeria le disgustaba. Lo había hecho desde el primer instante en que sus ojos se habían cruzado con los de ella. Lo alteraba su firme serenidad, su aplomo, su seriedad... ¡Era una niña, por Dios! En realidad, no tenía un carácter desagradable, pero sin embargo... Gabriel cabeceó. No sabía con

certeza qué era lo que tanto le fastidiaba de ella, pero su mera presencia lo irritaba... ¡y además seguía sosteniendo su mano como si fuera un perro al que hubiera que sujetar!

–Si sucede algo será tu responsabilidad –le musitó en tono amenazante antes de soltarse de su mano para acercarse a felicitar a los novios.

Valeria lo observó con antipatía. De hecho, no dejaba de observarlo cada vez que se encontraban. No entendía que podría ver en él en un futuro para convertirse en su esposa... tal vez hubiese errado en la interpretación de su visión. No. La visión había sido clara al respecto. El muchacho volvió a cruzar una molesta mirada con ella. Entonces Valeria volvió a preguntarse si no estaría equivocada. El desagrado entre ambos era mutuo. Incluso Nora le había preguntado en alguna ocasión porqué su relación con él era tan distante. Ni siquiera a ella le había confesado que Gabriel algún día, extrañamente, se convertiría en su esposo.

Valeria volvió a mirar hacia la esquina. No tendrían que volver a preocuparse; el hombre que había herido de bala a don Martín, que había provocado el fuego en

su casa y había intentado obligar a Gabriel a asesinar secuestrando a sus hermanas, moriría en una reyerta en las próximas semanas. Sí, el señor Ferrer no tendría la oportunidad de volver a dañar a su familia.

—¿Sucedo algo, Valeria? —preguntó Nora percibiendo su turbación.

—No, no sucede nada —respondió esbozando una sonrisa.

—Despidámonos entonces —dijo Nora cogiendo su mano.

Las gemelas se acercaron a los novios y los besaron sonoramente antes de que subieran al carruaje.

Valeria los observó partir sintiendo tranquilidad, al fin. Entonces volvió a mirar hacia atrás y vio a Gabriel avanzando hacia la esquina con prisa.

Este miró a lo largo de la calle, pero no vio rastro alguno del hombre.

«¡Mierda! ¿Por qué le harías caso a Valeria? Se ha escapado»

Volvió a la puerta de la iglesia con premura y se acercó a ella.

—¿Será un problema? —preguntó en voz baja

resistiéndose a mirarla.

Valeria lo miró con hosquedad ante su reticencia a devolverle la mirada.

—No. En unas semanas morirá.

Entonces la miró; sorprendido por la serenidad de la niña al decir esas palabras.

—Espero que tengas razón —masculló.

—Suelo tenerla —dijo ella con arrogancia clavando sus ojos en los de él.

«Algún día serás una preciosidad. Fría, pero una preciosidad al fin y al cabo»

El inesperado pensamiento hizo que frunciera el ceño. Gabriel asintió y se alejó de ella para acercarse a su hermana pequeña. La cogió en brazos sin vacilar cuando esta levantó sus brazos hacia él. La pequeña apenas tenía cinco años. Gabriel le dio un tierno beso en la mejilla que su hermana le devolvió sonriendo. Después se abrazó a su cuello. La expresión del rostro de Gabriel se suavizó al sonreírle con amor mientras comenzaba a hacerle cosquillas en la cintura.

Valeria observó la escena impresionada. El tiempo decidiría si su visión era correcta o no.

Martín subió a su regazo a su esposa sonriendo. Su esposa. Casi le parecía irreal que se hubiesen casado.

—¿De veras no te importará vivir en una casa de soltero durante un tiempo? —preguntó con inseguridad.

Malena lo miró sonriendo.

—¿Incluso en este instante vamos a discutir eso?

—Tal vez deberíamos haber esperado...

—No —lo interrumpió ella con decisión—. No podíamos esperar.

—Ni a Charlotte ni a Alonso les hubiese molestado que permanecierais con ellos unos meses más.

—Martín, no me importa dónde vivir siempre y cuando esté contigo. Además Madeline me ha ofrecido trabajar con ella en su nueva sombrerería —apuntó con rapidez.

Martín suspiró con resignación echando su cuello sobre el asiento. Malena sonrió imaginando su respuesta ante su expresión.

—No me gusta la idea de que comiences a trabajar cuando recién hemos contraído nupcias. Me hace sentir que no puedo manteneros.

—Esa es una idea absurda —dijo ella sonriendo.

–No lo es.

Malena apoyó la cabeza en su hombro.

–No tienes que mantenernos.

Él giró el rostro para mirarla.

–¿No?

–No, solo querernos... y prepararme café cada mañana –agregó con diversión.

Martín sonrió.

–Quizá a mi cocinera no le guste esa idea –ella comenzó a jugar con los botones de su chaleco.

–¿Qué podría hacer durante todo el día mientras tú atiendes a tus pacientes y mis hermanas asisten al colegio? –insistió.

Martín accedió de mala gana. Entonces ella besó su mejilla con agradecimiento.

–Apenas llevamos un par de minutos casados y ya dejas de besarme como es debido –le dijo él con sorna.

Malena sonrió antes de apresar sus labios con ternura para besarlos largamente.

–Mucho mejor –dijo él guiñándole un ojo.

Malena rodeó su cuello.

–Tengo que decirte algo.

–¿Qué?

–Pero no olvides que ya hemos decidido que trabajaré con Madeline.

Martín la miró frunciendo el ceño.

–¿Qué?

–Y aún no es seguro... –comenzó ella esbozando una tímida sonrisa.

El corazón de Martín comenzó a latir con fuerza anticipándose a la noticia mientras su mente comenzaba a hacer cálculos con premura. Abrió la boca para hacer la pregunta que se había instalado en su mente, pero la volvió a cerrar. No podía ser... sí, claro que podía ser.

–¿Qué? –volvió a preguntar observando la alegría en los ojos de su esposa.

–Tengo una falta –confesó ella con sus ojos fijos en los de él.

Un sonido de incredulidad subió por el pecho de Martín antes de que la carcajada surgiese de su garganta como si fuese un torrente de agua por una fuente.

Abrazó a su esposa con fuerza queriendo hacerla girar entre sus brazos, pero se encontraba sentado en un maldito carruaje que le impedía todo movimiento.

–¿Vamos a tener un hijo? –preguntó palpando su vientre con la intención de hallar alguna evidencia física.

Malena rio al ver como acariciaba su vientre con criterio médico.

–Martín, solo es una falta –le dijo manteniendo a raya su efusividad–, pero mis senos se han vuelto más sensibles de lo habitual en estas semanas.

Él la observó con adoración.

–¿Te he dicho que te quiero? –preguntó sintiendo que su corazón se henchía de dicha.

–Hoy, aún no –contestó ella con una gran sonrisa.

–Te quiero –dijo comenzando a besarla.

–Y yo a ti –musitó Malena contra su boca.

–Ya discutiremos lo de tu trabajo más tarde –susurró él entonces.

Malena rio retirándose con brusquedad.

–No, no lo discutiremos.

Martín la observó con resignación.

–Este matrimonio no funcionará si te opones a todos mis deseos –protestó con socarronería.

–No a todos –contestó ella con travesura.

Nota aclaratoria de la autora

El hijo de la derrocada Isabel II de España, Alfonso de Borbón, cumplía diecisiete años el uno de diciembre de 1874. Ese año, el príncipe se encontraba estudiando en la Academia Militar de Sandhurst, en Gran Bretaña. Como respuesta a las felicitaciones que recibió por su aniversario, publicó, bajo la indicación de Antonio Cánovas del Castillo, un manifiesto en el que anunciaba que, en caso de ser reconocido como rey de España, implantaría un régimen monárquico parlamentario, conservador, católico, pero a la vez liberal. El veintisiete de diciembre de aquel mismo año la prensa española publicó el *Manifiesto de Sandhurst*, y el veintinueve de diciembre, el general Arsenio Martínez Campos se pronunció en Sagunto

proclamando rey de España al príncipe Alfonso, que se convertía así, en Alfonso XII de España. Ni Sagasta ni Serrano, que tenían el control efectivo del ejército español, ofrecieron resistencia alguna, de modo que el pronunciamiento de Martínez Campos tuvo éxito y el joven Alfonso de Borbón se dispuso a trasladarse a España a la mayor brevedad desde París, llegó a Barcelona y el catorce de enero de 1875 entraba en Madrid, donde fue proclamado rey en las Cortes.

Con respecto a la Garduña, no es cierto que perpetrase atentado alguno contra la vida de Alfonso XII después de que subiera al trono, al menos no consta en la documentación que he podido reunir.

En cuanto a las recetas culinarias que se nombran a lo largo de la historia pertenecen, en su gran mayoría, al manual de cocina que se cita en la novela:

El libro de las familias y novísimo manual de cocina, higiene y economía doméstica. 6ª ed., rev., corr. yaum. considerablemente. Madrid: [Librería Universal de Leocadio López], 1856.

El manual puede consultarse digitalmente en la Biblioteca Nacional de España y las recetas extraídas de dicho manual, además de las estaciones del año a

las que pertenecen las mencionadas viandas, se detallan a continuación.

JUNIO

Cuidados que exige la huerta.

Los trabajos, siembra y trasplante son los mismos que en mayo. Se continúa sembrando de todo para que más tarde nada falte.

Es preciso visitar las espalderas o árboles tendidos en las paredes con mucho cuidado, siguiendo los buenos principios que debe tener el jardinero.

Se empieza a descubrir el fruto de los albaricoques precoces para que reciba los rayos del sol y tome color.

Se pellizcan las puntas de las ramas de la higuera para acelerar la madurez de la fruta. Si hay muchas, se sacrifica la fruta de una arrancándola en cuanto aparezca, y echando en la cortadura cal o yeso pulverizado, sale nueva fruta; cuando hay siete u ocho ya formados, se pellizca de nuevo, y maduran para segunda cosecha.

Productos de la huerta.

Se disfruta casi de todas las legumbres y hortalizas; se cesa de coger los espárragos a fin de mes.

Se cogen y conservan los guisantes verdes.

Se tienen las cerezas, grosellas y fresas, sangüesas y las primeras peras a fin del mes.

Pueden conservarse aun alguna pera o manzana en el frutero.

Este es el tiempo para coger, como recurso medicinal, flores de tila, camomila, malvas y malvavisco, amapolas; para aguas de olor, rosas, menta y toronjil; para licores o conservas, angélica, rosas, flor de naranja.

Cuando empiecen los calores hay que pensar en el vino que esté en la bodega, cuyos respiraderos hay que cerrar para que no penetren los rayos del sol.

Economía.

La bella estación nos da los terneros y los carneros alimentados con el verde. Nunca son más succulentos. Los pollos nuevos, que en mayo solo servían para guisados, son buenos para asados con setas; los pollos de pato y las codornices.

Los vegetales se saborean con gusto, siendo tan variados y abundantes como en este mes y el siguiente, en que se puede disfrutar de todo cuanto puede dar de sí una huerta bien cuidada y entretenida.

Las fresas, que se adelantan en mayo, vienen en junio naturalmente con su gusto y delicioso perfume.

Gastronomía.

Carnes.— Vaca, ternera, carnero, cordero.

Aves de corral.— Pollos de pavo, de pato, gallinas y pollos.

Pescados de mar.— Salmón, lenguados, rodaballos, sargo.

Pescados de agua dulce.— Sollo, tenca, anguila y carpa.

Legumbres.— Guisantes, habas, espárragos, alcachofas, ensaladas, pepinos, acederas, zanahorias, patatas nuevas, rábanos.

Frutas.— Peras pequeñas, cerezas, fresas.

JULIO

Cuidados que exige la huerta.

La siembra y plantación de todas las legumbres que pueden dar su producto antes de cuatro meses se continúan como en junio. Se siembran las cebollas blancas, para trasplantarlas en octubre.

Se circundan de tierra los apios cada quince días para que se enternezcan y tener siempre alguno pronto a emplearlo.

Se atan las lechugas para que blanqueen.

Se visitan siempre los frutales de pared, y se empalizan estrictamente; se descubren poco a poco los melocotones que se vayan madurando para que tomen color. Si se riegan los melocotoneros, y si se remojan por la tarde las hojas y la fruta con una jeringa de regar, se obtienen melocotones mucho mayores.

En julio y agosto se cogen los ajos y ajetes, cuando sus tallos u hojas están secas. Lo mismo se hace con las cebollas de flores.

Productos de la huerta.

Los melones de segunda estación o sembrados en estiércol se ponen al aire libre. Las espinacas son agrias en verano, suben mucho, y no son buenas. Sin embargo, si se siembran a menudo y se riegan bien, se

puede disfrutar aun de ellas. Se reemplazan con los berros de fuente o con los tetrágonos.

Todo cuanto hay en la huertas se encuentra en este mes en plena producción: hortalizas, fresas, higos, albaricoques, cerezas, sangüesas, moras, etc., etc.

Debe pensarse en poner los pepinillos en vinagre.

Las cerezas y albaricoques se ponen en aguardiente, y se hacen las ratafías de cerezas y de noyó.

Se hacen los jarabes de cerezas, de grosella, de moras; los dulces de almíbar y las jaleas.

Se cogen las cabezas de adormideras blancas, la flor de malva, malvavisco y todos los granos y semillas secas para sementeras.

Economía.

El alimento vegetal es, en general, de un interés secundario para el verdadero gastrónomo; en la estación de verano solo experimenta un verdadero placer saboreándose con la ternera bien nutrida por la leche abundante que adquiere su madre en las verdes praderas; los calores le hacen desdeñar las demás carnes y productos de tocinería y salchichería. Si se

tiene ocasión de cazar en sotos vedados, puede uno regalarse con buenas codornices y aves de paso, que se alejan en octubre hacia los climas más templados; después los lebratos y gazapos de que se pueda disponer.

Los pollos de pato doméstico, los pollos y pollas de corral se encuentran en su mejor estado, adornados con su adolescencia y una carne pura y tierna.

La huerta ofrece sus tesoros encima y debajo de los árboles. Las judías verdes triunfan, y las blancas vienen a ayudarlas en sus funciones. Las alcachofas, coliflores están en toda su bondad.

Las lechugas y romanas han alcanzado su madurez; los tomates tienen color, y las patatas son más harinosas.

Los melones perfuman los comedores.

Las frutas rojas están perfectamente maduras, y se cogen las ciruelas Claudias, albaricoques y almendras verdes.

Se empieza ya a aprovecharse de la abundancia de los huevos, conservando los primeros para usarlos antes que aquellos, que se conservan para el invierno.

Gastronomía.

Carnes.— Vaca, ternera, carnero, cordero.

Aves de corral.— Pollos, gallinas, pichones, pollos de pato, de ganso, de pavo.

Pescados de mar.— Sargos, lenguados, rodaballo.

Pescados de agua dulce.— Sollo, carpa, tenca, anguila.

Legumbres.— Coles, guisantes, acederas, habas, coliflores, judías verdes, setas, apio, zanahorias y patatas.

Frutas.— Albaricoques, ciruelas, peras, grosellas, cerezas, fresas, melón.

RECETAS CULINARIAS POR ORDEN ALFABÉTICO

ARROZ CON LECHE: Para cada cuartillo de leche se necesita un cuarterón de azúcar refinada y cuarterón de arroz. Se pone la leche a calentar en una olla nueva con un pedacito de canela y unas cortezas de limón o de naranja, que se atan con un hilo fuerte para sacarlas después; cuando vaya a hervir la leche se le echa el arroz, que estará ya medio cocido con

agua y sal y escurrido, y se meneará a una mano sin dejarlo, para que la leche no se corte. Se sirve con azúcar y canela en polvo.

BACALAO EN SALSA DE AJO: Moler pimientos anchos, ajos y pan remojado. Freír la mezcla. Agregar el agua en que se coció el bacalao. Así que haya hervido, añadir los trozos del bacalao ya cocido y un poco de aceite. Transcurrido breve rato, retirar el guiso de la lumbre y servirlo.

BERENJENAS RELLENAS DE QUESO: Después de cocidas con sal, se escurren y se parten por la mitad, se hace un hueco en su centro como de media nuez, se pican unas cuantas cocidas, se fríe cebolla en aceite, y se echan en ella las berenjenas picadas, un poco de yerba-buena y huevos crudos; póngase al fuego hasta que se mezcle todo y se seque, dándole vueltas para que no se pegue; se echan después en la cazuela con los huevos, pan rallado y queso, se rellenan con ello, y metiéndolas en un batido, que se tendrá preparado, de huevo y harina, se fríen en sartén con azúcar y canela.

BIZCOCHOS: Se baten claras de huevos hasta que tomen la consistencia de la nieve, aparte se baten

las yemas con azúcar en polvo, a razón de onza y media por huevo, y se mezcla con una onza por huevo de harina de flor; en esta pasta se echan las claras ya batidas como se ha dicho, meneándolo hasta que el todo se haya mezclado bien. Esta pasta sirve para hacer bizcochos en molde o en cajas de papel blanco. Si se tuviese molde para hacer un bizcocho de Saboya, no hay más que añadir a la masa un poco de azúcar y las raspaduras de cáscara de limón o cualquier otro aroma. Los moldes se untan por dentro con manteca antes de echar la masa.

CALDO DE POLLO PARA LOS ENFERMOS: Póngase un cuarto sin gordura una hora a hervir en un cuartillo de agua, con hojas de lechuga, perifollo y unos granitos de sal. Del mismo modo se hace de ternera, pero esta carne debe ser de tapa.

CALDO DE SUSTANCIAS: Pónganse manos de ternera, trozos de vaca, caza y aves viejas, con caldo del puchero; se menea y se añade con el mismo caldo del puchero, a medida que se forme la gelatina; espúmese, añáid raíces, ajo y clavo; se deja disminuir a fuego lento cinco horas, y por último se cuele.

CHOCOLATE: Aun cuando se tome el chocolate con leche se le debe cocer en agua para que conserve su sabor particular. No debe rasparse, porque precipitándose demasiado pronto al fondo, pierde su parte mantecosa; córtese cada onza en tres o cuatro pedazos. Para una onza de chocolate póngase una jícara de agua cociendo; hágasele cocer a fuego fuerte, y añádase a este chocolate una buena leche sin dejarla cocer. Es inútil menearla más de dos o tres veces durante su cocción; los chocolates que contienen harina y mucha azúcar son malos y pesados.

CREMA AL CAMELO : Póngase azúcar en polvo en una cacerola o marmita de cobre, y no de estaño; derrítase sin agua en fuego fuerte y que tome un color subido; échese, según la cantidad de caramelo, más o menos flor de naranja, garapiñada y de antemano deshecha con agua; añádase nata o leche en la misma proporción; cuélese todo después de cocido y espésese al baño de María; se sirve fría como las otras.

DULCE DE ALBARICOQUE: Córtense en cuarterones y pónganse en el perol con libra y cuarterón de azúcar por cada tres libras de fruta;

bastará igual cantidad de fruta y azúcar si los albaricoques son de superior calidad. Se cuece el todo, meneándolo sin interrupción, como se ha dicho para las ciruelas, y su punto se conoce lo mismo; concluido esto, se le añaden las almendras de los mismos albaricoques, lavadas y despellejadas, y se menea bien fuera del fuego.

DULCE DE CIRUELA DE MIRABEL:

Después de quitados los huesos, se pone la cuarta parte, o la tercera a lo sumo, a cocer sin agua en el perol solo lo suficiente para sacarlas el jugo, apretándolas enseguida en un tamiz o en un trapo limpio y claro; se echan las que han quedado en el jugo exprimido; se añade un cuarterón de azúcar por libra del total, y se cuecen, meneándolo siempre, pero con precaución. El punto de esta especie de dulce se conoce en la entera evaporación de toda humedad. A los dulces de mirabel, así como a los de la reina Claudia y a los de albaricoque, de que vamos a hablar, se les añade más azúcar, y aun con azúcar terciada no clarificada, porque no deben estar tan transparentes.

DULCE DE CIRUELAS DE LA REINA CLAUDIA: Se hace enteramente como el de ciruelas

de mirabel, y se endulzan algo menos siempre que se emplee la verdadera ciruela Claudia, es decir, las que son verdes, rojas y que estén en buen punto de madurez. Solo se tendrá cuidado de cocerlas un poco menos que las primeras.

FLAN A LA ESPAÑOLA : Se toman dieciséis yemas de huevos bien frescos y se baten con dieciséis onzas de azúcar blanca, se le añaden veintiuna onzas de almidón y se le vierte poco a poco hasta dos cuartillos de leche hirviendo; todo esto se pone al fuego en una cacerola con la corteza de un limón; cuando quiere hervir se cuele por un tamiz, y se echa en el molde que deberá estar untado de caramelo. Se pone a cocer en el baño de María, y después de frío se quita del molde y sirve adornándole antes con pedazos de jalea todo alrededor. Si el baño de María se mete en un horno de fábrica, se cocerá en menos tiempo y el flan sacará buena vista, pero metiéndole en hornillo o cociéndole a fuego libre, tarda mucho más tiempo y nunca con tan buenas cualidades.

HOJALDRE RELLENO: Tomarás masa de levadura, como para pan candeal, la sobarás, y harás de ella hojaldrado con manteca de puerco, que sea un

poco gordo: luego tomarás media libra de almendras, harás pasta de mazapán con otra media libra de azúcar, le echarás un poquito de agua de azahar, un poco de canela molida, un poquito de clavo y una migaja de nuez de especias, le darás una vuelta sobre el fuego en un cacillo, harás una hoja de hojaldrado muy ancha y gorda, teniéndola sobre el tablero con los dedos, dejándole buenos bordes, la asentarás sobre un pliego de papel, harás una torta de mazapán, casi tan ancha como la hojaldre, y la asentarás sobre ella: luego harás otra hoja del hojaldrado, se la echarás encima, mojándolos bordes con agua, cerrarás tu hojaldre, de manera que queden los bordes muy iguales y gordos, rocíala con manteca, ponla a cocer en el horno: cuando la hojaldre estuviere cocida del todo, toma un poco de miel, que sea muy buena, échasela por encima de toda la hojaldre; luego échale mucho azúcar y canela, tórnala al horno hasta que se embeba toda la miel y se enjugue el azúcar: luego sácala; y sírvela caliente.

HUEVOS PASADOS POR AGUA: Tómense huevos lo más frescos posible; póngase a hervir agua, y cuando cueza a borbotón échense los huevos enteros y con cuidado para que no se rompan; se dejan dos o

tres minutos, según se quieran de cocidos; retírese todo del fuego, dejando dentro los huevos un minuto para que se cuaje bien la clara. Se sacan y sirven.

MANJAR BLANCO: Móndense doscientos gramos de almendras, entre ellas unas cuantas amargas, y háganse ablandar en agua hirviendo. Pónganse luego en agua fría y enjuáguese. Macháquense en el mortero hasta formar una pasta, añadiendo poco a poco una cuchara de agua. Mézclense después con dos vasos de agua, cuélense en un lienzo y agréguese doscientos gramos de azúcar en polvo, un vaso de leche, agua de azahar y un poco de cola de pescado. Sírvasse frío.

PANECILLOS RELLENOS: Agujerearás los panecillos molletes por el suelo, sácales todo el migajón, échalo en un cazo, échale allí buena miel y un poco de aceite que sea bueno, harás una pasta sobre la lumbre, échale un poco de canela, tórnalos a rellenar, tapa los agujerillos con las coronillas que quitaste, ponlos en el cazo, échales por encima miel y aceite, tenlos al fuego, que estén bien calientes y cuando los sirvieres ráspales un poco de azúcar por encima.

PATATAS ESTOFADAS : Pónganse en la

cacerola unas cuantas patatas previamente cocidas, mondadas y cortadas en ruedas, con manteca, sal, pimienta, cebollas y perejil picados y un poco de harina. Agréguese caldo (de carne o de vigilia) y un vaso de vino. Sírvanse con poca salsa.

POTAJE DE GARBANZOS: Remojados y escaldados, se cuecen con un poco de aceite crudo, se les echa cebolla frita con ajo, se sazona de sal y espinacas, y después se puede espesar con una yema de huevo o una sexta parte de arroz.

COCIDO O PUCHERO DE ENFERMO: Se hace, por lo regular, con gallina o carnero, añadiendo, si ha de ser sustancioso, algunos garbanzos y jamón; debe cocerse el caldo antes de servirse; si se quiere que tenga mayor sustancia, se machaca la gallina en el almirez con miga de pan, y se deslíá en caldo, después se cuele, y sazonada se pone al fuego, pero sin que cueza.

PUCHERO COMÚN O COCIDO: En una olla proporcionada a las viandas que se han de cocer se pone agua, y luego que esté caliente, se echan los garbanzos y carne bien lavada y despellejada; por cada libra de vaca o carnero debe echarse media de

garbanzos; cuando principie a hervir se espumará, cuidando no excederse, a fin de no privar al cocido de la sustancia; dos horas después puede añadirse un poco de jamón, tocino y una cebolla pequeña; se deja hervir todo a fuego lento, sazónándolo con sal, y añadiéndole de cuando en cuando agua templada; si a este conjunto se añade media gallina, despojos de pavo, etc., se logrará con método tan sencillo y fácil lo mejor que hay en cocido ordinario; el caldo sirve para remojar todos los guisados en que se necesita emplear una sustancia líquida sin recurrir al agua. La verdura se cuece aparte con tocino añejo, chorizo o morcilla.

OLLA PODRIDA: Puestos los garbanzos y la carne como se ha dicho, se espuma, y después se añade una gallina, tocino, jamón, pies y oreja de cerdo, rellenos y despojos de aves.

ROSQUILLAS DE FUENLABRADA: Tómese una porción de masa de bollos, huevos batidos en proporción, y un poco de aguardiente; después de bien amasadas, se cuecen en el horno, poniéndolas después en una fuente, y se las baña con azúcar disuelta en agua.

SOPA DE ACEDERAS: Póngase en una

cacerola con manteca un puñado de acederas mondadas y lavadas, picadas en pedazos, y cuando estén bien rehogadas, se añade la cantidad de caldo que se crea necesaria, y luego que esté próximo a hervir, se echa el pan, dejándolo a fuego lento; viértase en la sopera con un batido de yemas cuando haya de servirse.

SOPA DE AJO : Se fríen los ajos cortados con manteca o aceite, y cuando están bien fritos, pero no quemados, se echa sal, pimienta y la cantidad de agua necesaria, dejándolo hervir medio cuarto de hora; si se quiere hacer con huevos, se echan estos encima de las rebanadas de pan y se vierte el caldo hirviendo sobre ellos.

SOPA DE ARROZ : Se debe calcular una onza por persona si es de buena calidad; después de lavado en agua tibia tres o cuatro veces frotándolo con las manos, se pone a cocer a fuego lento con caldo del cocido.

SOPA DE BERROS : Preparar una salsa rubia con ciento veinticinco gramos de manteca y otro tanto de harina. Deslérla con caldo concentrado, para obtener un fondo no muy ligado; menear hasta que

hierva, y apartarlo a un ángulo a fin de que se reduzca espumando. Blanquear en agua salada dos puñados de berros de fuente, escurrirlos, exprimirlos, majarlos con una porción de manteca; agregar tres yemas de huevo, y después pasarlo por tamiz. Poco antes de servir, incorporar este puré en el fondo, ya preparado, y verterlo en la sopera.

SOPA DE CEBOLLAS: Se rehoga una cebolla picada muy menuda; échese también un poco de harina, y cuando esté dorada y frita se añade la cantidad de agua necesaria para el caldo que haya de hacerse; sazónese con sal y un poco de pimienta, déjese hervir cinco minutos y cálese la sopa.

SOPA DE FIDEOS: Hágase hervir caldo del puchero o de sustancias; se echan los fideos después de haberlos quebrantado para que no se apelmacen; la cantidad que debe calcularse es una onza por persona; se dejan cocer diez minutos lo más, y se retiran para que sigan hirviendo lentamente al borde del alumbre, cuidando de menearlos a menudo y que no cuezan demasiado.

TARTA DE FRESAS: Bátanse más yemas de huevo que claras con una buena mermelada de fresas

bien cocida, añádase suficiente cantidad de azúcar y un poco de nuez moscada raspada, y se extiende sobre un suelo de masa en hojas de en seis o siete vueltas, se levantan los bordes como los de una torta ordinaria, y pónganse en el horno sobre una lata de hierro o una hoja de papel engrasado.

TORTILLA DE PEREJIL: Se hacen tortillas delgadas de tres huevos cada una, se sazonan con perejil, sal y pimienta; al hacerlas se van extendiendo sobre la cobertera de una cacerola, se enrollan muy apretadas, y luego se cortan cada una en dos partes, se rebozan con huevo muy batido y se empanan con miga de pan rallada muy menuda, se fríen hasta que tengan buen color en una sartén con manteca fresca, y se sirve guarnecida de perejil.

NOCIONES DE MEDICINA DOMÉSTICA

CATARRO: Póngase en infusión laurel, llamado sasafre, en agua dulce hirviendo hasta que se ponga de un hermoso color encarnado, y enseguida se le aromatiza con un poco de canela; hágase uso de esta

tintura, que cura radicalmente las fluxiones catarrales.

Notas

[1] La lucha entre Isabel II de España, hija de Fernando VII, y Don Carlos María Isidro, hermano del rey, fue realmente una lucha entre dos concepciones políticas, sociales y de clase. En el siglo xix se produjeron varias insurrecciones de los carlistas contra el gobierno de Isabel II y sucesivos, denominadas en aquella época guerras civiles.

[2] La Ley del descanso dominical, a favor de los derechos de los trabajadores, no se aprobó por el Congreso de los Diputados en España hasta principios del siglo xx. El 3 de marzo de 1904, siendo presidente del gobierno Antonio Maura, se aprueba finalmente la Ley; una ley, que con partidarios y detractores, terminaría por imponerse como algo «normal», y que en sí, recuperaba el domingo como día de descanso, ya que durante el siglo xix habían sido abolidas todas las

leyes medievales que imponían los preceptos religiosos y prohibían el trabajo en domingo.

[3] La mayoría de los burdeles se agruparon durante el siglo XIX en torno al barrio de Huertas.

[4] Situado actualmente en la calle de la Montera, número 33 y con salida a la calle de Tres Cruces, número 4 fue construido por Mateo de Murga y Michelena (1804-1857), quien formó parte de la junta de la Compañía General Española de Comercio; Sociedad para la que se abrió este pasaje, a cielo abierto, con el fin de instalar en él un gran bazar, aunque más tarde se convirtió en una vía peatonal y se instaló, entre las tiendas, un café que pronto fue uno de los mejores y más concurridos de la corte. El pasaje de Murga o del Comercio mereció todos los elogios de la prensa del momento por su innovación, ya que era el tercer pasaje comercial; tras el de Matheu y el de Iris, que se abría en Madrid a la moda europea.

[5] Tipo de sombrero femenino.

[6] Las capotas, a diferencia de los sombreros, son un tipo de tocado que envuelve totalmente la cabeza y que se sujeta con cintas por debajo de la barbilla.

[7] La fiesta de San Antonio de la Florida es una

festividad popular celebrada anualmente cada 13 de junio en honor a San Antonio en la ciudad de Madrid. Según la tradición popular la fiesta nace con la costumbre de unas modistillas madrileñas del siglo xix que vertían trece alfileres en agua bendita de la pila bautismal de la ermita, simulando el acto de las arras matrimoniales. Es tradicionalmente una de las primeras verbenas del año.

[8] Supuestamente fue una sociedad secreta criminal que habría operado en España y sus colonias desde mediados del siglo xv hasta el siglo xix. Sin embargo, las fuentes que hablan de ella son muy discutidas y la misma existencia de la sociedad es cuestionada por varios historiadores modernos. La Garduña se habría fundado en Toledo hacia 1412 bajo el manto del secretismo y el esoterismo; a sus integrantes se les conocerían por llevar tres puntos tatuados en la palma de la mano.

[9] José Isidro Osorio y Silva-Bazán, también conocido como Pepe Osorio o Pepe Alcañices, el gran Duque de Sesto, fue un aristócrata, político y militar español, destacado por el papel que jugó en la Restauración borbónica que tuvo como desenlace el ascenso al trono

de Alfonso XII de España, empresa en la que gastó gran parte de su fortuna familiar. También fue su mentor y educador, y junto a su mujer, la princesa rusa Sofía Troubetzkoy, desarrolló socialmente la Restauración acercando a la nobleza española a su causa, mientras que su amigo Antonio Cánovas del Castillo lo hacía políticamente.

[10] Antonio Cánovas del Castillo fue Presidente del Consejo de Ministros de España durante la mayor parte del último cuarto del siglo XIX, y una de las figuras más influyentes y brillantes de la política española de la segunda mitad. Fue el mayor artífice del sistema político de la Restauración convirtiéndose en el máximo dirigente del Partido Conservador. Tras la Revolución de 1868 y el fin de la monarquía borbónica se encargó de preparar la vuelta del que sería Alfonso XII, hijo de Isabel II. En 1874, tras el pronunciamiento del general Martínez Campos en Sagunto y la proclamación de Alfonso XII como rey, ideó el sistema de la Restauración siendo el redactor del manifiesto de Sandhurst.

[11] Especie de pinzas que usaban los cirujanos para sacar una bala de dentro de la herida.

Si te ha gustado este libro, también te gustará esta apasionante historia que te atrapará desde la primera hasta la última página.

HQN™

EL FUEGO ENVUELVE TU NOMBRE



Lydia Leyte

www.harlequinibericaebooks.com